



Una cenicienta moderna

Cathleen Galitz

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

El guapísimo multimillonario William Hawk se encontraba atrapado en un tornado... ¡un tornado llamado Sally McBride! Aquella maravillosa niñera había conseguido controlar a sus hijos, pero había hecho también que las emociones de Hawk se descontrolaran por completo. Un irreprimible deseo se estaba apoderando de él. Lo único que tenía que conseguir era mantener aquella lujuriosa tentación lejos de su dormitorio... ¿Pero cómo podría mantenerse alejado de aquellos ojos?

Sally se sentía transformada. Cuando Hawk la tenía entre sus brazos la hacía sentirse la mujer más bella del mundo. Con sus años de experiencia, aquel hombre había conseguido hacer de ella una verdadera mujer... ¿Podría ella hacer que él se convirtiera en un marido?

Capítulo Uno

—¿**Q**ué clase de padre es usted?!

Hawk, con la mirada nublada, levantó la vista del ordenador y se encontró con lo que parecía una mujer enloquecida delante de él. La miró de pies a cabeza y lo primero que impresionó a su sensibilidad masculina fue su figura joven y exuberante. Luego comprobó que tenía una cabellera del color de las hojas en otoño que se había soltado de un apretado moño y colgaba en un costado como un sombrero torcido. Una de las medias tenía una carrera que recorría el muslo y se escondía tras una falda desteñida que le pareció demasiado corta para lo que estaba acostumbrado en su profesión. No obstante, a él, personalmente, le pareció bastante agradable de observar. A juzgar por las chispas que arrojaban los verdes y asombrados ojos, se alegró de que la desconocida no fuese armada.

Nunca se la había ocurrido pensar que podría necesitar un guarda de seguridad en un lugar tan remoto de Wyoming.

La pregunta todavía resonaba en la cabeza de Hawk como el eco de un cañonazo sobre las paredes de una habitación vacía. Era la misma pregunta que se hacía a sí mismo desde que su mujer había muerto y él había tenido que hacerse cargo de todas las obligaciones paternales sin tener la más mínima idea de lo complicado que iba a ser. Para este respetado ejecutivo, había sido bastante desconcertante comprobar que era mucho más difícil mantener en vereda a dos hijos cabezotas que supervisar una empresa llena de empleados dispuestos a atropellarse unos a otros para cumplir sus órdenes.

Hablando de hijos rebeldes, no hacía falta ser muy perspicaz para saber quién había permitido la entrada de esa intrusa en su casa. A ambos lados de ella estaban los culpables, sus hijos, Billy, de cinco años y Sarah, de cuatro.

No era el tipo de padre que estuviese acostumbrado a que pusiesen en duda su capacidad como padre y Hawk no encajó bien una interrupción tan poco considerada; ni siquiera en esos escasos días en los que todo iba bien. Ese no era el caso. Había quemado las tostadas, había discutido con Sarah sobre la necesidad de peinarse, se había machacado un dedo del pie con un camión que estaba aparcado en medio de la cocina y había derramado el zumo de naranja sobre un contrato muy importante. Todo mientras intentaba

hacer malabarismos con una compraventa multimillonaria en el ciberespacio. Si se producía otro corte de corriente como el último, prometía tirar el ordenador por la ventana y comprar unos billetes de ida a Nueva York para toda la familia.

–Disculpe... –dijo con el tono que solía emplear con los imbéciles y los vendedores que quería quitarse de encima.

–Haría bien en disculparse –respondió la mujer desquiciada con el tacón de un zapato en la mano. Estaba claro que su aspecto de ejecutivo con zapatos italianos no la impresionaba lo más mínimo–. Estoy planteándome informar a los servicios sociales.

–¿Planteándose? –refunfuñó Hawk fingiendo asombro. Lo que hizo que la amenaza se convirtiese en una parodia del estado mental de la mujer.

Sally meditó las palabras y las pronunció lentamente, como si fuesen dirigidas a alguien con problemas de entendimiento.

–Soy Sally McBride, su vecina, y aun a riesgo de ofenderle, se lo repetiré. Quiero saber qué tipo de padre permite que sus hijos deambulen por el campo sin preocuparse de lo que pueda ocurrirles. ¿Tiene las más leve idea de lo peligroso que puede ser? ¿Tengo que recordarle que existen serpientes, osos y otros peligros?

Hawk agitó la cabeza sin comprender nada y miró a sus hijos, que rápidamente se protegieron detrás de ella. Poco a poco empezó a entender lo que ocurría y el terror apareció en sus ojos y su estómago se encogió al comprender que los habían devuelto a su madriguera.

–¿Quiere decir que habéis salido de la casa sin mi permiso?

Un rugido habría sido menos aterrador que esas palabras tan equilibradas.

Sally notó que los niños se estremecían detrás de ella.

Los niños también notaron que ella temblaba ligeramente.

Jamás en su vida le había afectado tanto una voz. Había conseguido que se sintiera mareada y que las piernas no le sujetaran, como el whisky. Él se pasó los dedos por una cabellera espesa color melaza. Tenía las sienes ligeramente plateadas. Sally decidió que tenía un aspecto muy distinguido, mientras se colocaba un mechón de la melena detrás de la oreja. Se arrepintió

inmediatamente del gesto de timidez.

No había ido a mirar como una tonta a ese magnífico ejemplar de masculinidad, sino a dejarle muy claro lo que pensaba. Sally sabía que los peores monstruos a veces tienen un aspecto maravilloso.

¡No iba a permitir que sus hormonas le sabotearan su justa ira!

A Sally le importaba muy poco que él no se pareciera al malvado ser que se había imaginado mientras se dirigía hacia allí. Tampoco tenía la nariz deformada y llena de venillas rotas típica de los grandes bebedores, ni la mirada aviesa de quien tiene algo que ocultar. La verdad era que ese hombre, rodeado de montones de papeles que parecían muy importantes, era muy atractivo. Esa observación, excesivamente femenina, no hizo sino enfurecer más a Sally. En lo que a ella respectaba, la pregunta era puramente retórica. La realidad era que él estaba mucho más preocupado por lo que le pasaba al ordenador que por lo que le pasaba a sus hijos.

–Que usted tenga dinero no le exime de sus obligaciones como padre – soltó ella.

Sally sentía una verdadera indignación moral después de haber entrado en esa casa y de haber atravesado toda una serie de lujosas habitaciones en busca de alguien que se responsabilizara de esos dos mocosos. Cualquiera que viviera rodeado de tanto lujo podría pagar para que cuidaran debidamente a sus hijos.

–Vosotros, salid de ahí detrás –dijo Hawk mientras se levantaba de la silla– y contadme lo que ha pasado.

Le irritaba ver que Billy y Sarah se ocultaban detrás de una completa desconocida como si fuese el arcángel San Miguel que había ido expresamente a defenderles de su ira. Hawk sabía que lo que pretendían era que esa joven pensase que además de un padre negligente era un ogro.

La pareja salió tímidamente del escondite para enfrentarse a su padre. Sally pasaba una mano por los hombros de cada niño.

Si bien la preocupación que se reflejaba en los ojos de ese hombre hacía que creyera que jamás les había puesto una mano encima, Sally recordaba que a ella, por mucho menos, le habían dado unas buenas palizas en nombre de la disciplina.

–Quizá fuese preferible que lo comentara con la madre de los niños –

propuso Sally.

Hawk no podía estar más de acuerdo.

–Estoy seguro de que lo sería, pero, dado que su madre ha muerto, me temo que no va a ser posible.

Sally se quedó de una pieza.

–Lo siento, ¿hace mucho?

–Apenas un año.

Se arrepentía de haber preguntado. No era de su incumbencia y no podía hacer nada salvo agacharse y darles un abrazo a los niños. Vio que los ojos de Sarah se llenaban de lágrimas y notó que los suyos también lo hacían. Sabía por propia experiencia lo que era perder una madre siendo tan joven.

Por mucho que le hubiese gustado consolar a los niños, el tiempo era un lujo que no podía permitirse. Miró el reloj y deseó poder parar las manecillas con solo pensarlo. Sin embargo, el tiempo se resistía a satisfacer sus deseos. Quizá otro día habría disfrutado con una excursión al otro lado del bosquecillo para conocer a sus vecinos ricos, pero en ese momento tenía una entrevista e iba a llegar tarde. Y aunque no era el trabajo más seductor del mundo, era el que necesitaba desesperadamente. El creciente montón de cartas de rechazo le confirmaba la triste realidad de que la creatividad oculta no se cotizaba nada.

Sally volvió a mirar el reloj.

Si la furgoneta decidía colaborar, el viaje a la ciudad le llevaría por lo menos veinte minutos, lo cual apenas le dejaba tiempo para adecentarse antes de afrontar la posibilidad de otro trabajo de camarera sin futuro. Ese margen de tiempo no le permitía volver a la casa donde esa mañana habían aparecido esos críos.

La pareja estaba tan sucia como los pobres gatitos que alguien había arrojado «amablemente» a su parcela la semana anterior. Y a Sally, que también era huérfana, se le ablandaba el corazón ante cualquier criatura abandonada.

Por mucho que se dijera que esos niños no eran responsabilidad suya, su conciencia no se quedaba tranquila. Cuando vio cómo la miraban esas caritas manchadas de chocolate, se sintió incapaz de no ayudarlos en todo lo que

pudiera.

–Hemos vivido con el abuelo y la abuela –dijo Billy.

–Hasta que pude organizar el traslado de toda la familia –intervino Hawk.

No quería que esa joven pensase que era el tipo de padre que descarga sus responsabilidades en los familiares ancianos. Familiares que ya no podían soportar físicamente la responsabilidad de educar a unos niños.

–Creía que un cambio de sitio nos vendría bien –continuó Hawk–. Por desgracia, no valoré bien la posibilidad de arruinar una empresa mediante un ordenador. Los cortes de corriente son tan frecuentes por estos parajes que tengo que reconocer que me lo he vuelto a pensar.

El aire de desilusión que se dibujaba en el atractivo rostro hacía que pareciese mucho menos impresionante que hacía unos minutos. En realidad, Sally tuvo que reprimir el impulso de rodearlo con sus brazos para consolarlo. La idea hizo que se ruborizara y se encontró como si volviese a tener dieciséis años.

–Encima, la mujer que había contratado como niñera se fugó hace dos días con un camionero y me ha dejado en la estacada.

Sally tenía que reconocer que esa excusa era de primera categoría. Ella había llegado allí dispuesta a poner a ese hombre en manos de los servicios sociales y se encontraba arrepintiéndose mentalmente de todas las cosas que había pensado de él.

–Hace una hora, puse a los niños un vídeo con la esperanza de que me diera tiempo de terminar una transacción vital. No se me ocurrió que pudieran salir de la casa. Ya sé que no me excusa –se regañó a sí mismo.

Se agachó para mirar a sus hijos directamente a los ojos e hizo algo que sorprendió a Sally. Los rodeó con los brazos.

–No sé en qué estaríais pensando, pero nunca, nunca volváis a hacerlo. No sé qué sería de mí si os pasase algo.

Sally estaba segura de que, de no haber estado ella allí, ese hombre de pelo en pecho habría derramado un par de lágrimas. Al observarlo, no podía evitar pensar en lo diferente que habría sido su vida si su padre hubiese mostrado alguna vez la preocupación que estaba mostrando ese hombre en

ese momento.

De repente, Hawk la miró y adoptó un aire mucho más profesional.

–Siento mucho haberla molestado, señorita McBride.

–Por favor, llámeme Sally –quería que los niños tuviesen claro que no los estaba abandonando–. Puesto que soy vuestra vecina más cercana, me gustaría mucho llevaros de paseo de vez en cuando para que vuestro padre pueda trabajar. Solo tenéis que avisarme y que os lleve él.

Volvió a mirar el reloj y tuvo que aceptar que ya era irremediablemente tarde. Parecía poco probable que algún superhéroe estuviese por esa zona, por lo que podía olvidarse de la entrevista.

–Siento mucho todos los inconvenientes que te hayamos causado –dijo Hawk con un arrepentimiento sincero–. Te estoy profundamente agradecido. Mis hijos significan todo para mí.

A pesar de todo, a Hawk le espantaba la idea de estar agradecido a alguien. Si había alguna forma de arreglarlo, Hawk prefería terminar con el asunto antes de que esa joven se diese cuenta de lo rico que era en realidad. A lo largo de su vida se había encontrado con más gente dispuesta a aprovecharse de su fortuna de los que podía contar con la ayuda de una calculadora y era muy reacio a aceptar favores de nadie. Hacía mucho que había desechado la idea de que alguien fuese a hacer algo desinteresadamente.

–Me gustaría mucho poder pagarte por las molestias –le ofreció Hawk mientras sacaba la cartera del bolsillo.

Sally se quedó boquiabierta. Herida.

–Desde luego que no –respondió ella secamente–. Pero le agradecería que me permitiese hacer una llamada para volver a concertar una entrevista que estoy perdiendo en estos momentos.

Volvió a notar que aquel hombre analizaba su aspecto. Sally frunció el ceño, consciente de que estaría espantosa después de haber cruzado todo el bosque. En definitiva, era culpa de él si estaba despeinada y hecha un desastre. Había destrozado sus mejores zapatos, que no estaban pensados para excursiones entre matorrales, y al pasar delante de un espejo había podido comprobar que tenía arañazos en la cara y los brazos. Cuando entró en esa casa tan lujosa, parecía que iba a solicitar un puesto de guía de safaris en vez de uno de camarera.

Lo que menos necesitaba en ese momento era que un tipo así la hiciese sentirse menos atractiva de lo habitual. A Sally le había abandonado su padre al nacer y se quedó huérfana de madre con diez años. Cuando entró en el sistema de adopción ya era muy mayor. Todo el mundo quería un bebé, un niño pequeño o una niña rubia y con los ojos azules. Ella estaba convencida de que sus pecas y su pelo rojo, la maldición de su existencia, impedirían que llegara a ninguna parte en esta vida. De modo que se dedicó a cultivar otras virtudes como la diligencia, la seriedad, la fidelidad y una imaginación que le permitía volar más allá de las paredes de cualquier institución.

El padre de los niños no le respondió con el ceño fruncido. Por el contrario, su rostro se iluminó con una sonrisa. Casi se podía ver una bombilla encima de su cabeza.

–Tengo una idea mejor –se acercó a ella y la miró con unos ojos que se podrían calificar de depredadores.

Sally dio un paso atrás y chocó con el brazo de una butaca.

Hawk alargó una mano y la sujetó.

Sally notó que se quedaba sin respiración. Un ¡Oh! se escapó de sus labios y flotó por toda la habitación. Un chispazo pasó de la mano de Hawk a la de ella y los dejó pegados con una corriente de pura energía sexual. Ella perdió el pulso y abrió los ojos de par en par. Pudo comprobar que los ojos de él eran dos destellos grises con ribetes amarillos cargados de virilidad en estado puro. Si no estaba equivocada, él tampoco era inmune a la tensión que ella había liberado.

No estaba segura de conocer lo que se había apoderado de ella. Nuca le había afectado un hombre de forma tan inmediata. Tan plena.

–¿Estás bien? –preguntó él con una sonrisa maliciosa.

Ella intentaba recomponerse mientras se preguntaba por qué no le sujetaban las piernas. La situación era bastante embarazosa.

–Sí, estoy bien, gracias.

Separar las manos fue como separar dos imanes. Sally, aliviada por haber podido romper el contacto físico con él, rodeó la butaca y la utilizó como parapeto. Hawk reprimió una sonrisa. No podía creerse que esa deliciosa jovencita creyera que la iba a perseguir alrededor de los muebles. Era un empresario internacional, viudo y padre de dos hijos que estaba por

encima de esos juegos ridículos. ¡Por amor de Dios!, Sally McBride era una niña y, probablemente, virgen; a juzgar por la forma en que había reaccionado al contacto.

–No tienes por qué asustarte. No tengo intención de acosarte. Solo quiero ofrecerte un empleo.

Sally entrecerró los ojos.

–¿Qué clase de empleo?

–Ninguno que te exija vestirme con liguero, si eso es lo que temes – respondió Hawk con una sonrisa irresistible.

Sally, con las uñas clavadas en el terciopelo de la tapicería, intentó parecer distante y sofisticada. Estaba claro que ese hombre la consideraba una niña tonta e ingenua. Y tenía razón. ¿Qué podía querer alguien tan rico y atractivo de una muchachita torpe y fea como ella? Desde luego, no el coqueteo que ella se había imaginado al sentir la corriente que le atravesó todo el cuerpo.

–Me siento culpable porque has perdido la entrevista por mi culpa, es verdad, pero también creo que podría utilizar tus servicios. Está claro que los niños se llevan bien contigo. Y necesito tu ayuda.

–¿Me estás pidiendo que sea tu niñera?

¿Qué tenía ella que transmitía unas sensaciones tan maternas? Era demasiado joven como para que la encasillaran definitivamente como una cuidadora. Acababa de descubrir lo plena que puede ser la vida sin nadie alrededor y no quería renunciar tan pronto a esa libertad.

Billy, que no había entendido nada, saltaba muy agitado.

–¡Sí, puedes ser otra mamá!

Sarah se contagió y también empezó a bailar y dar vueltas.

–¡Mamá!, ¡mamá!

Hawk notó que la situación abrumaba a Sally e intentó quitarle hierro.

–La palabra niñera tiene cierta connotación servil. ¿Te parece mejor si te pido que ayudes a un padre desesperado y a sus hijos?

Desesperado era poco para describir cómo se sentía. Después de que Lauren muriera, Hawk se había dado cuenta de la distancia que había puesto

entre él y su familia por culpa del trabajo. Hubo una época en la que, más que un padre, se sentía un desconocido. Los niños habían tardado mucho en abrirse a él y, al trabajar en casa, tenía la posibilidad de ahondar esa relación. Si, además, había alguien que los vigilara mientras él intentaba llevar los negocios, todo sería perfecto.

El precio no sería un obstáculo y él no estaba acostumbrado a aceptar un no por respuesta.

Sally rechazó la oferta con un gesto de la mano.

–Eres muy amable, pero creo que no puedo aceptar.

–Por favor... –suplicó la pequeña Sarah con una mirada llena de esperanza.

Sally gruñó. Sabía perfectamente lo que significaban las palpitaciones que sentía en el ojo derecho: excesivas obligaciones.

Conocía la sensación de tener que anteponer las necesidades de los demás a las propias; lo había hecho durante muchos años. Había pasado en adopción por muchas casas que solo querían unos brazos fuertes y una niñera gratis. Sus amigos la llamaban hermana Mac por su entrega a los hijos de los demás. Esa experiencia le había enseñado que era estúpido ponerse al servicio de otros más afortunados.

–Por favooooor... –repitió Billy.

–¿Te importaría decirme cuánto pensabas ganar con el trabajo que querías hacer en el pueblo? –preguntó Hawk antes de que su hijo se callara del todo.

La mirada ofendida de Sally indicaba que sí le importaba. Sally dijo una cifra en la que incluyó un cálculo aproximado de propinas. Quizá no fuese la chica más hermosa que George Adams podía contratar para el Watering Hole, pero sabía tratar a los clientes y hacer que se sintieran cómodos y se olvidaran de sus problemas.

Hawk no parpadeó ante la cifra.

–La doblo. E incluyo alojamiento, alimentación y un generoso anticipo a la firma del contrato. ¿Cuándo te trasladas?

–¿Trasladarme? –dijo Sally con un chillido–. Ni siquiera sé cómo te llamas.

–William Fawson Hawk III –dijo él con un tono formal mientras sonreía y le alargaba la mano–. Pero puedes llamarme Hawk.

Sally retrocedió como si hubiese visto una serpiente. No pensaba volver a tener contacto con alguien que tenía un efecto tan extraordinario sobre su sensibilidad.

–Si además sabes cocinar aceptablemente, triplico la cantidad. Los niños pueden testificar que soy capaz de estropear un emparedado de mantequilla de cacahuets y mermelada, y han perdido bastante interés por los macarrones con queso al microondas.

–Puedo cocinar y darte referencias –reconoció Sally a regañadientes.

Se sentía como si estuviese cayendo en el ojo de un huracán que ganaba velocidad. La cabeza le daba vueltas. ¿Hablaban en serio ese hombre? La decoración de la casa era exquisita y también era evidente que no estaba tratando con un chalado. Daba la impresión de que era un hombre de negocios de primera, como el bourbon que había visto en el mueble bar. Sin embargo, no se daba cuenta de que le estaba dando la oportunidad de juntar suficiente dinero en un año como para poder pagar la universidad que había tenido que posponer desde que dejó el instituto.

No entendía por qué no daba saltos de alegría ante la oferta que acababa de recibir.

Desde luego no era porque le asustara hacer un trabajo honrado todos los días. Lo había hecho toda su vida. Tampoco tenía nada que ver con los dos pequeños diablillos que se habían comido una caja de galletas entera en su casa. Eran adorables. Además, serían el público perfecto al que exponer sus historias. Sally no estaba dispuesta a renunciar a su sueño de ser una escritora e ilustradora, aunque, por el momento, no había conseguido que nadie le publicara nada.

Quizá fuera que, como aspirante a artista, se resistía a renunciar a su soledad. O que ya había limpiado demasiados mocos y traseros durante su vida. O que la mirada de ese hombre era tan impresionante como el contacto con él.

–¿Cuándo puedes empezar? ¿Necesitas ayuda para el traslado? –insistió Hawk.

La sonrisa torcida que había transmitido a su hijo acentuaba el hoyuelo

de la barbilla que tanto fascinaba a Sally. Habría que embotellar tanto encanto, pensó ella.

–Yo puedo ayudar –se ofreció Billy sacando pecho como un hombrecito.

Solo una mujer de mármol se habría resistido a tanta caballerosidad.

Sally cedió con un suspiro que reflejaba el arrepentimiento que ya sentía.

–El traslado no es ningún problema, no tengo muchas cosas, pero si voy a trabajar aquí, tendremos que fijar algunas normas –señaló Sally con autoridad.

Hawk intentó no soltar una carcajada. Le iba a costar mucho reprimirse si ella empezaba a fijar condiciones para salvaguardar su castidad.

Ella no lo hizo. En cambio, le sorprendió con un discurso que no tenía nada que ver con la protección de su tierno cuerpo.

–Acepto tus condiciones si: uno, puedo tener libre la noche de los miércoles para asistir a una clase de la universidad en la que me he matriculado; dos, aceptas no minar mi autoridad de ninguna forma. Quiero carta blanca para tratar a los niños como considere conveniente. Te lo advierto –lo miró como si fuese a desvelar unos terribles antecedentes penales–, mis métodos no son nada convencionales.

–No esperaba otra cosa de alguien con un pelo tan extraordinariamente rojo como el tuyo –declaró Hawk entre risas.

Capítulo Dos

El día siguiente, mientras cerraba la maleta, Sally seguía furiosa con el comentario de Hawk. La vieja maleta amarilla estaba arañada y abollada después de tantos años de idas y venidas, pero era una de las pocas cosas que había conservado para recordar a su madre. Al dejarla en la entrada, pensó que era una suerte que ser niñera no exigiese un vestuario muy amplio. Se arreglaría con un par de vaqueros, un par de camisetas, su jersey rojo favorito y un par de zapatillas deportes. Como se había arreglado con la cabaña que había llamado casa durante un año y medio. En la única habitación cabían una cama, un par de sillas, una mesa y una cocina de gas que servía para cocinar y como calefacción. También había un caballete junto a la ventana con una caja llena de tubos de colores perfectamente dispuestos y una obra a medio hacer. Las paredes de madera estaban decoradas con coloristas pinturas de castillos y personajes de fantasía que usaban los últimos modelos de calzado deportivo.

Quizá hubiera quien despreciara la forma de vivir de Sally, sin comodidades tan modernas como el agua corriente o la electricidad. Ella lo llamaba su estudio. Se encontraba en buena compañía con otros artistas que aceptaban los sufrimientos como una carga necesaria para poder conservar la libertad de una vida poco convencional. Naturalmente, también había días, como cuando aparecieron esas dos criaturas, en los que habría dado cualquier cosa por tener un teléfono y no tener que cruzar el bosque. Su vida sería mucho más fácil si no se hubiera encontrado con esos ojos grises hipnotizadores. Un color que era un desafío para una artista.

Sally, que nunca se encontraba sola en compañía de su imaginación, estaba contenta de pasar la vida bajo la protectora sombra de las montañas Wind River. Quizá su nuevo jefe tuviese un auténtico palacio en comparación, pero ella seguía dudando si debía abandonar ese lugar. Después de años de servidumbre, disfrutaba plenamente del lujo de solo tener que ocuparse de sí misma.

Se prometió que no se entregaría demasiado a Billy y a Sarah, ya sabía por experiencia lo que era entregar el corazón a una familia para que apenas se lo devolvieran cuando terminaba el contrato. Además, no le sorprendería que su padre ricachón se fuera de Wyoming antes de que terminara el

invierno cansado de la dureza del clima, del aislamiento y de la falta de cultura urbana. La sofisticada decoración de su vecino le hacía suponer que encajaba mejor en celebraciones de la alta sociedad que en rodeos y faenas del campo. Suponía que, como muchos ricos que viven lejos de la ciudad, Hawk consideraría que trabajar en el campo es algo que se hace por afición.

En realidad, a ella le daba igual. El exorbitante sueldo que le ofrecía ayudaba bastante para olvidarse de cualquier escrúpulo que pudiera sentir hacia su «bombonazo» de jefe nuevo. Se acordó de su amiga Phoebe, con quien siempre hablaba de los hombres que le gustaban. Sospechaba que Phoebe se había apuntado al curso de dibujo con ella solo para poder ver los modelos masculinos desnudos.

Dejó la caja de pinturas en la parte trasera de la furgoneta y se dispuso a recoger los restos dejados por los gatitos abandonados que, a pesar de las caricias, protestaron al verse metidos en una caja de cartón. Entró en la furgoneta, puso el motor en marcha, se despidió de su casa con cierta melancolía y se dirigió hacia su nuevo trabajo.

El Red Feather Ranch de Hawk estaba relativamente cerca de su cabaña en línea recta. Ella podía recorrer la distancia, andando entre álamos y riachuelos, en unos quince minutos. Por desgracia, las carreteras no podían seguir el trazado que ella habría querido y tenía que rodear toda la finca de Hawk. Bajó la ventanilla y disfrutó del aire en el rostro.

Las praderas se resistían a perder el color verde del verano que se extinguía. Dentro de poco, las hojas de los álamos cubrirían las laderas con colores ocres y rojos. Estuvo tentada de parar para captar el halo que la luz de la mañana proyectaba sobre Gannet Peak. Era la cima más alta de Wyoming y se elevaba majestuosa sobre Wind River Range.

Un gatito con manchas blancas y negras se asomó de la caja y la miró con curiosidad. Ella lo tomó y lo puso sobre el regazo advirtiéndole de que no debía molestarla mientras conducía.

—Ahora que vuelvo a depender del reloj, no hay tiempo que perder —dijo al gatito.

Tomó el camino que llevaba a Red Feather Ranch y media hora después estaba llamando al timbre de la inmensa puerta delantera de su nuevo jefe. Cuando su dedo y su paciencia se habían agotado, decidió entrar sin más explicaciones.

Estaba segura de que no se había confundido ni de día ni de hora. En el momento en que puso un pie dentro de la casa comprendió por qué nadie había oído sus llamadas. Era imposible oír nada con el volumen al que estaban puestos los dibujos animados de la televisión. Se quedó horrorizada ante la gigantesca pantalla. No podía entender que alguien quisiera que una pantalla de cine dominara su cuarto de estar. A ella, la televisión le parecía una pérdida de tiempo al servicio del consumismo que solo pretendía convencernos de que nuestras necesidades y caprichos son lo mismo.

Atravesó la habitación, llena de juguetes por todos lados, y apagó el aparato que nadie miraba. Siguió el sonido de otro aparato y llegó al refugio de Hawk donde lo encontró delante del ordenador. Necesitaba un corte de pelo, pensó ella. Su melena oscura empezaba a rizarse por encima del cuello de la carísima camisa. Desde el umbral de la puerta podía observarlo sin que él lo supiera. Daba la sensación de que se podía caer la casa y él no apartaría la mirada de la pantalla.

A Phoebe le decepcionaría que un hombre tan maravilloso como ese fuese un adicto al ordenador, pero no estaba dispuesta a discutir esos detalles. Ni a reconocer cómo le alteraban el pulso los atributos físicos de su jefe. Ella entendía y admiraba que alguien pudiese concentrarse de esa forma con su trabajo. Nunca se había imaginado que los negocios pudiesen tener la misma capacidad de absorción que tenía el arte para ella. Decidió no molestarlo y, silenciosamente, siguió la búsqueda de Billy y Sarah.

Los encontró en el cuarto de juegos orientada por el sonido de un artefacto destructor de alienígenas. Estaban tumbados delante de un videojuego manejando los mandos y murmurando incongruencias.

–Creo que por hoy ya habéis hecho bastante para salvar el universo – dijo Sally mientras apagaba el juego.

Ellos reaccionaron como si les hubiesen cortado el suministro de oxígeno.

–¡Estamos a mitad del juego! –se quejó Billy con un tono de voz desolador.

–¡Sí! –reafirmó Sarah con los brazos en jarras.

Billy se levantó para volver a encender el juego y se quedó perplejo al ver que la pantalla seguía apagada. Sally agitaba el cable de contacto con la

intención de dejar muy claro quién mandaba. Les pidió que le ayudasen a deshacer su maleta. Ellos gruñeron y Sarah dijo que si no volvía a enchufar el juego se lo iba a decir a papá.

–Díselo –contestó Sally.

No estaba dispuesta a que dos mocosos la manipularan, le daba igual lo precoces que fueran. Naturalmente, tampoco quería empezar con un enfrentamiento.

–Tengo una sorpresa para vosotros –dijo con la intención de que se olvidaran de la tensión del momento.

–¿Qué es? –preguntó Billy.

–¿Un juguete? –anticipó Sarah.

–No, no es un juguete –se rio Sally acordándose de todas las cosas que había diseminadas por la casa–. Me parece que ya tenéis bastantes juguetes. ¿Os gustan los animales?

Los dos asintieron enérgicamente con la cabeza.

–¿Qué os parecería haceros responsables de un animal que dependiera de vosotros?

–¿De verdad? –preguntó Sarah entusiasmada.

–De verdad –confirmó Sally mientras le apartaba un mechón de la cara–. Pero solo si creéis que sois lo suficientemente mayores y responsables como para cuidarlo.

Los niños, incapaces de aguantar la curiosidad, se levantaron de un salto y le pidieron que les enseñara el animalito que les había traído. Billy dijo que esperaba que no fuesen peces porque ya había tenido unos y se habían muerto todos. Lo siguiente que supo ella fue que Billy le había arrastrado la maleta hasta su habitación y que Sarah le ayudaba a transportar las cajas. No había tenido tiempo de colocar las cosas en su sitio cuando los dos niños ya estaban tirando de ella para que les enseñara lo que había en la caja de cartón que quedaba en la furgoneta.

Ella sabía perfectamente que debería de haberle pedido permiso a Hawk antes de llevar una camada de gatitos a su casa, pero se dijo que todos los niños y niñas deberían tener un animal de compañía del que ser responsables. Además, ¿qué habría hecho si Hawk llega a decir que no? No era capaz de

dejarlos en la puerta de la casa de alguien como habían hecho con ella. Pensó que era mucho más fácil conseguir el perdón que el permiso y decidió aprovecharse de la situación desesperada de Hawk para que todo fuese más fácil. Comprendió que había hecho bien al observar cómo reían y jugaban los niños con sus nuevos amigos. No habría crecido con todas las comodidades que tenían esos niños, pero su madre, antes de morir, había plantado en ella la semilla de la imaginación y el buen corazón. El goce que proporcionaba un gatito era infinitamente mayor que el que proporcionaban todos los vídeos del mundo.

Hawk se sorprendió al ver el reloj de la pared. No podía creerse que hubiese podido hacer tanto trabajo sin las interrupciones que tanto le desesperaban. Consiguió separarse del ordenador e intentó oír algún ruido que le indicase que los niños estaban jugando; aunque fuese que estaban tirándose de los pelos. Sintió un escalofrío al comprobar que el silencio era absoluto. ¿Qué ocurría? ¿Dónde estaban los niños? ¿Qué demonios estarían haciendo? Miró su reloj de pulsera. La joven que había contratado de niñera debería de haber llegado hacía un buen rato. Si bien a primera vista le había parecido un poco impertinente, tenía algo en la mirada y en su actitud que le hicieron pensar que era de fiar. ¿Dónde se había metido? Salió corriendo del despacho y entró en el salón. Lo que vio, o mejor dicho, lo que no vio, le dejó de una pieza. Tardó un buen rato en comprender cuál era la diferencia. Los juguetes estaban recogidos, la ropa sucia no estaba tirada y la pantalla estaba apagada. Los dormitorios y el cuarto de juego estaban en un estado parecido. Puesto que parecía casi imposible que un secuestrador se hubiese entretenido en ordenar la casa, solo cabía pensar que la niñera había llegado como un hada y había dado un toque con su varita mágica. La tranquilidad con la que tanto había soñado le resultaba algo aterradora y comprendió que la vida sin sus hijos sería silenciosa y vacía. De repente, sintió la necesidad de encontrarse rodeado por las risas de sus hijos. ¿Dónde estaban? Por fin los vio al mirar por la ventana del salón. Desfilaban hacia la sombra que había debajo del manzano con unos palos a los que habían atado unos pañuelos. Les seguía un batallón de gatitos. Uno agitaba un pañuelo que llevaba atado a la cola. Eran casi tan graciosos como las deliciosas posaderas de la nueva niñera que se contoneaban al ritmo de la música que tocaban con unas cacerolas. Le habría encantado tener una cámara para poder plasmar sobre papel ese momento. Sarah y Billy parecían dos vagabundos que seguían a un flautista de Hamelin pelirrojo. Ella estaba extendiendo una manta para hacer un *picnic*

improvisado. Todos sonreían y disfrutaban muchísimo. Al verlo sintió algo en su interior que se parecía a los celos. No había visto una expresión de júbilo como esa en el rostro de sus hijos desde mucho antes del entierro de su madre. ¿Lo había hecho tan mal que la primera desconocida que se cruzaba en su camino podía robarles su afecto con poco más que un emparedado y una bolsa de golosinas? ¿Por qué nadie le había propuesto participar en esa celebración repentina? Por un lado, agradecía mucho a Sally su habilidad e inventiva para entretener a sus hijos y recoger todos los restos del fin de semana pero, por otro, visceralmente, sentía miedo al observar los rostros radiantes de sus hijos a través del cristal de la ventana. Miró más atentamente a la joven que había contratado como niñera de sus hijos. Llevaba unos vaqueros y un jersey amarillo claro y unos espesos mechones rojos le caían sobre los hombros. Tenía un aspecto mucho menos ridículo que el día anterior. Era como Ann Margret o cualquier otra mujer con la que sueñan los jóvenes para que les acompañe a su baile de graduación.

Sintió cierto remordimiento al comprobar que sentía un cosquilleo en la parte inferior del cuerpo cuando vio cómo se tumbaba sobre la manta para enseñar a Billy y a Sarah el arte de observar las nubes. ¡Si no era más que una cría! Demasiado joven e ingenua como para que la figura de un padre adulto la espiera como un mirón imbécil sin nada mejor que hacer. Como alguien a quien no le habían destrozado el corazón hasta que casi dejó de palpar. Esperó no haberse equivocado al llevarla allí. La verdad era que en ese momento no necesitaba una complicación tan apetitosa. Había enterrado la pasión a la vez que a su mujer y no quería volver a resucitarla. Y menos con una empleada tan joven.

Una de las prioridades que había apuntado ella en la lista de compras era una caja para que durmieran los gatitos. Había superado la primera noche en la casa, y si bien el jefe había mostrado su descontento porque la niñera había llegado con una camada de gatitos, no había insistido en que tuvieran que marcharse. Haberlo hecho habría supuesto enfrentarse a la ira de sus hijos que se habían enamorado de los animalitos a primera vista. Holstein y Sly se mantenían fieles a ella, pero Chin y Chilla parecían haber entendido instintivamente dónde podrían sacar mejor partido de la nueva situación. Ronroneaban dóciles en los brazos de sus pequeños amigos y la miraban como diciéndole que no volverían a ser un cero a la izquierda nunca más.

También estaba Hissy Face, una esponjosa bolita blanca que exigía su

parte de comida sin permitir que nadie la tomara en brazos o la acariciara. Si alguien se atrevía a intentarlo, sacaba las uñas y gruñía asustada. Sin embargo, por algún motivo inexplicable, se había encariñado con la única persona de la casa que había dejado muy claro que no quería tener nada que ver ni con ella ni con sus hermanos. Hawk juraba que se le cruzaba en el camino intencionadamente cada vez que cruzaba una habitación. Ella le decía que era amor de gatita y que sería mejor que no se enfrentase con ella. Al decir eso, él entornó los ojos grises y la miró. Esa mirada intimidadora no la impresionó lo más mínimo. Se limitó a sonreír y a guardar la libreta en el bolsillo trasero de unos pantalones vaqueros cortados que permitían ver la curva y longitud de unos muslos que permanecían blancos con independencia del tiempo que estuviesen expuestos al sol.

–¿Seguro que me confías unos cheques firmados en blanco? –preguntó Sally.

Él se planteó la pregunta desde un punto de vista financiero. Al fin y al cabo, si se escapaba con su dinero, o se lo gastaba en caprichos para ella, no sería la primera vez que alguien intentaba aprovecharse de su generosidad y sus recursos. ¿Qué tenían esos ojos color esmeralda que le animaban a depositar su confianza en esa descarada e indomable jovencita?

–Si te confío a mis hijos, ¿por qué no iba a confiarte mi dinero cuando es infinitamente menos importante que ellos? –respondió Hawk con sinceridad.

Ella se quedó sin palabras ante la sinceridad y sensatez de su respuesta. ¿Lo habría menospreciado injustamente? Había tenido la impresión de que estaba desesperado y que habría contratado a cualquiera que hubiese aparecido en ese momento. Quizá el instinto que hacía de él un hombre de negocios especial también le permitía juzgar a las personas. Nunca se había podido imaginar que los capitalistas se rigieran por algo que no fuesen los resultados tangibles.

–Quiero que compres lo que consideres necesario –dijo Hawk sin hacer caso del gesto de sorpresa de ella–. Por favor, no te preocupes por el dinero. Compra todo lo que se pueda meter en el horno. Comemos de todo. Facílitate las cosas.

Ella se guardó los cheques en el bolsillo de la camisa. Jamás había tenido carta blanca con el dinero de otro.

–Llévate mi coche.

Sally lo miró desconcertada. Había visto el coche de importación aparcado en la entrada y no estaba muy segura de querer asumir esa responsabilidad. Sin embargo, no dijo nada al pensar que, probablemente, él consideraría que su furgoneta costrosa no era el vehículo adecuado para transportar a sus hijos. Seguramente tenía razón. Según su mecánico, si ese trasto seguía funcionando era gracias a un milagro divino.

–No te preocupes, tiene un buen seguro –la tranquilizó Hawk.

Ella sonrió agradecida. El coche rojo deportivo era un último modelo capaz de llevar cómodamente a cuatro personas. Montó a los niños, les abrochó los cinturones de seguridad y puso el motor en marcha. Rugió como solo sabía hacerlo Hissy Face cuando estaba inspirada. Los asientos estaban muy cerca del suelo y había que acostumbrarse a ellos. Él se acercó dispuesto a explicarle lo que quisiera sobre la conducción de los BMW. Enseguida aprendió la función de todos los botones e indicadores que había en el salpicadero. Ella bajó la ventana mientras los niños le mandaban unos besos a su padre e intentó parecer cómoda al volante de un coche de cincuenta mil dólares. Él pensó que ella podría haber posado para un anuncio. Era como si hubiese nacido para ese tipo de extravagancias. Parecía una típica muchacha americana con vaqueros cortados y camisa de algodón remangada. Atributos físicos aparte, decidió que el atractivo de Sally estaba en la desenfadada forma de reaccionar ante la vida. Sonrió contento de contar con ella.

Ella le devolvió la sonrisa al comprobar el afecto sincero que había entre Hawk y sus hijos. Había estado en muchas casas y sabía lo poco frecuentes que eran esas demostraciones de cariño. La experiencia le había demostrado que muchas veces las familias más inexpresivas vivían en las casas más elegantes.

Sin embargo, no pudo reprimir un gesto de disgusto cuando él dio un billete de veinte dólares a cada niño para que se compraran las chucherías que quisieran. Tenía muy claro lo que significaba malcriar a unos niños y lo que era trabajar como una mula para ganarse el dinero. En su opinión, la mayoría de los padres debían gastar menos dinero con sus hijos y estar más tiempo con ellos. Aunque para él fuesen calderilla, los cuarenta dólares que acababa de darles era más dinero del que ella tenía en los bolsillos. Por suerte, su jefe le había dado un cheque por adelantado y estaba deseando poder ingresarlo en el

banco antes de que llegaran las facturas.

Sonrió ante la idea de parar frente al apartamento de Phoebe montada en ese extraordinario coche. Para que la escena fuese perfecta, solo le faltaban los zapatos de cristal y un elegante traje de baile. Cuando él se despidió de Sarah con un beso en la frente, Sally no pudo evitar imaginarse que también se detenía junto a su ventanilla y se agachaba para darle un beso de despedida. La simple idea hizo que una oleada de sangre ardiente recorriera todo su cuerpo y le produjera un rubor imposible de disimular y que alcanzó un tono muy parecido al de su pelo cuando él se acercó para darle los últimos recados. Solo podía esperar que los comentarios de los niños le distrajeran y no notara la situación por la que estaba pasando ella.

Hawk se quedó junto al camino hasta que desaparecieron de su vista. No sabía cómo lo hacía, pero ella podía conseguir que hasta un viaje a la frutería fuese una aventura apasionante. Siempre había esperado ansioso el día de la semana en que la niñera anterior iba a la tienda con sus hijos para hacer la compra semanal. Sin embargo, esa vez volvió a su despacho con una sensación de desconsuelo bastante extraña.

La casa estaba tranquila y silenciosa. Nada le impediría quitarse de en medio una buena cantidad de trabajo. Nada, salvo la sensación de que le estaban apartando de sus hijos y el vago recuerdo de cuando era capaz de entrenarse solo.

Capítulo Tres

Sally se dio cuenta enseguida de que comprar, cuando se tiene dinero, era mucho más divertido que sus habituales inmersiones en el mundo de las oportunidades y rebajas. Lo normal era que saliera de las tiendas abatida y con el ánimo por los suelos. En esa ocasión, sin embargo, pasaba de largo ante las ofertas del día y llenaba el carro con productos que le parecían casi exóticos, como una enorme botella de espuma para el baño y un frasco diminuto del perfume más sensual que había olido jamás. Aunque esos dos caprichos los pagó de su bolsillo para que el jefe no pensara que no era merecedora de su confianza.

Su primera noche en el Red Feather Ranch fue como una estancia en un hotel fastuoso. Su colchón era un paraíso si se comparaba con el que había usado hasta entonces. Sin embargo, lo mejor de su nueva vida, junto con la calefacción por aire que la mantendría caliente durante las largas noches invernales, era el cuarto de baño incorporado a la habitación con ducha y bañera, que ya había llenado hasta el borde con agua ardiendo.

«¡Ah, las comodidades que muchos consideran normales!», pensó mientras olía ensimismada la espuma de baño que había comprado. Pero es difícil quitarse de encima las viejas costumbres y no consiguió comprar ninguno de los centenares de productos de *gourmet* que siempre le habían fascinado. Sí consintió que los niños eligieran los cereales que quisieran y sucumbió a la tentación de comprar unas flores recién cortadas para la mesa de la cocina. Antes de irse, montó a Billy y a Sarah en el caballo mecánico que estaba en la puerta de la tienda desde que ella podía recordar. El pobre Bullet se mantenía renqueante y su desgastada silla daba testimonio del paso de varias generaciones. Una ridícula moneda te permitía cabalgar a rienda suelta.

Como había previsto, los niños se gastaron el dinero en unos trastos inútiles que estarían rotos antes de llegar a casa. Fue sencillamente imposible convencerles de que ahorraran el dinero para algo más caro que mereciese la pena o que lo invirtieran en algo útil para cuando se tuvieran que quedar en casa. Acabó sometiéndose a sus caprichos mientras se decía que no eran sus hijos ni su dinero.

Lo primero que hizo, una vez cargado el coche con las compras, fue parar en casa de Phoebe. El coche y la suerte de su amiga abrumaron a la vivaracha rubia. Phoebe le dio a entender que esos coches solo los tenían algunos viejos que se resistían a perder la juventud y que era bastante escéptica sobre la identidad verdadera del dueño. Se montaron todos en el BMW deportivo y se dirigieron a tomar un helado. Phoebe insistía en que le tenía que presentar a ese aristócrata que tenía de jefe. Si William Fawson Hawk III estaba obsesionado con los negocios y era demasiado pesado para el gusto indisciplinado de Sally, ella no tendría reparos en enamorarse de un magnate rico y atractivo. Llegaron a la heladería y aparcó el coche lejos de cualquiera que pudiera rozarlo lo más mínimo. El sol todavía calentaba y no había viento. Se sentaron en la terraza a ver el tráfico cubiertos por un toldo blanco y amarillo y gozaron con la sensación de estar en un lugar que parecía olvidado en el tiempo.

Phoebe hizo un gesto de disgusto.

No se esforzaba por disimular que estaba deseando salir de su pueblo natal. Phoebe Tyler tenía otras metas para cuando consiguiera el título en informática y, convencida del talento de su amiga, la animaba para que la acompañara. La verdad era que tenía las mismas posibilidades de que el mundo del arte la descubriera en Lander, Wyoming, como de que le tocara la lotería del estado; sobre todo cuando ese estado no tenía lotería.

Sally estaba disfrutando del helado de frambuesa y no estaba dispuesta a que nadie le estropeará un momento tan maravilloso. En el fondo, era una chica del campo y no sentía la necesidad de salir corriendo a la ciudad en busca de fama y fortuna. No necesitaba nada más cosmopolita que ese pintoresco pueblo.

Limpió los bigotes de chocolate de los niños, que no opusieron mucha resistencia cuando dijo que había llegado el momento de irse a casa.

Las dos amigas se despidieron hasta la clase de arte del miércoles. El sol se estaba ocultando y puso un CD con la intención de que los niños se calmaran después de la agitación del día. No tardaron mucho en caer rendidos. Estaban guapísimos mientras dormían. Billy tenía una espesa mata de pelo negro y unos ojos grises idénticos a los de su padre, aunque ella dudaba de que Hawk hubiese tenido alguna vez la naturaleza revoltosa y juguetona de su hijo. Seguramente, William Fawson Hawk III habría sido un

niño serio y formal cuyo juego favorito habría sido el Monopoly. Daba por supuesto que Sarah debía a su madre los rizos dorados y los ojos azules. Había visto algunas fotos por la casa y daba por sentado que esa mujer maravillosa era la madre; o una estrella de cine. Comprendía que ella les pareciera insulsa y mediocre en comparación con ese personaje. A pesar de que Phoebe estuviera empeñada en convertir su vida en un cuento de hadas, ella tenía mejores cosas que hacer que perder el tiempo esperando que un hombre como Hawk le prestara la más mínima atención que no fuese la estrictamente laboral. Suspiró y, cegada por el sol, se prometió que la próxima vez que fuese al pueblo se compraría unas gafas de sol.

Después de haber pasado un día entero sin interrupciones, Hawk estaba sorprendido de lo difícil que le había resultado concentrarse en medio de tanta soledad. Había conseguido trabajar a fondo durante un par de horas, pero luego se encontró encendiendo la televisión para sentirse arropado por el ruido. Era un mal sustituto de las conversaciones de sus hijos pero, al menos, era preferible al silencio que tanto y tan estúpidamente había deseado. Llegó a colocar el ordenador frente a una pared vacía para evitar las distracciones, pero después de una deprimente comida a base de patatas fritas y palomitas, lo volvió a poner delante de la ventana que daba al jardín con la esperanza de poder ver a sus hijos y a la niñera. Durante todo el día se le habían aparecido imágenes de Sally en pantalón corto que le habían desconcentrado y agitado. Esperaba sinceramente que hubiese invertido parte del cheque que le dio en comprarse algún atuendo más apropiado. Había estado tan aburrido y solo, que incluso buscó la incierta compañía de Hissy Face como consuelo. El esfuerzo le costó un par de arañazos en el brazo. No estaba seguro de por qué, en el fondo, le gustaba la compañía del maldito bicho; a no ser que fuese porque se sentía cerca de otra criatura que buscaba desesperadamente el cariño de los demás, pero que temía que alguien se lo demostrara.

A última hora de la tarde vio llegar su BMW deportivo cubierto de polvo y su ira alcanzó límites inimaginables cuando vio que se bajaban los tres, tostados por el sol y comentando las mil y una aventuras del día. A pesar de que Sally le aseguró que podía con todas las compras, solo le permitió que llevara un par de bolsas pequeñas. Ella se ofreció a calentarle la comida en el microondas mientras los niños le ponían al día de todos los acontecimientos.

A juzgar por lo excitados que estaban, parecía que habían estado en un parque de atracciones y no de compras en el pueblo. Hacía mucho tiempo que

los niños no estaban tan deseosos de compartir algo con él, y estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad de tenerlos cerca. No podía quitarse de encima la idea de que los niños desconfiaban de él desde la muerte de su madre. No era que lo culparan por su desaparición ni nada por el estilo, simplemente parecía que un desconocido había entrado en sus vidas intentando usurpar el puesto de su madre. Él se arrepentía infinitamente de haber puesto tantos límites a su vida antes de la muerte de Lauren. Había sido una decisión de ambos, pero en ese momento le resultaba un esfuerzo enorme tener que recomponer un rompecabezas formado por tantos años de errores. Lauren no era una mujer especialmente cariñosa, pero había querido a sus hijos a su manera y les había proporcionado todo lo mejor que tuvo a su alcance, desde ropa de buenas marcas hasta las mejores guarderías. También había insistido en que Hawk debía dar prioridad a obtener el dinero suficiente para poder satisfacer sus gustos, lo cual le había producido un desasosiego considerable en el pasado. Creía que había hecho un trabajo magnífico al inscribir a Billy y Sarah en todo tipo de actividades destinadas a que molestaran lo menos posible a sus padres. Antes de morir, estaba decidida a matricular a sus hijos en los internados más selectos que hubiera. Seguramente se habría espantado si supiera que él había contratado una niñera que jugaba con ellos y los animaba a que se ensuciaran. Como lo habría hecho al ver la vestimenta de Sally y la exuberancia con la que se enfrentaba a todo. Hawk sonrió. Era lo opuesto a su difunta esposa; sus padres la adorarían. Ya habían empezado a quitarles capas de inhibiciones a los niños durante el poco tiempo que pasaron con sus abuelos mientras él intentaba poner en orden su vida. Sus padres, igual que Sally, no seguían la teoría de que se puede ver a los niños, pero no oírlos. Hawk estuvo tentado a dejarlos con los abuelos durante más tiempo, pero tampoco quiso que supusieran una carga para sus menguantes fuerzas y, además, quería sinceramente compartir la vida de sus hijos. Por desgracia, desde que los desarraigó y se los llevó al interior de Wyoming, donde Hawk se había criado, tenía la sensación de que preferirían estar en cualquier parte menos pasar todo el día con él. Quizá se habían acostumbrado a la imagen del padre que solo aparece de vez en cuando y los llena de regalos para intentar compensar el tiempo que no les dedica. Se sentía culpable por muchas cosas.

—¿Le apetece a alguien jugar al parchís? —preguntó Sally mientras entraba con una bolsa gigante de palomitas y unas empanadillas recalentadas para Hawk.

Inmediatamente los niños empezaron a hacer sitio en la mesa. Hawk,

muerto de hambre, atacó las empanadillas.

–¿Puedo jugar?

Los niños lo miraron como si fuese otra persona, un desconocido.

–Desde luego –intervino Sally para romper el silencio–. Pero te lo advierto, soy la campeona mundial de parchís.

Los niños la abuchearon y prometieron dar una paliza a los dos adultos. Sally estaba encantada de que Hawk quisiera jugar. Le encontró muy paciente con el juego de los niños y le pareció que tenía una sonrisa preciosa cuando la mostraba. Estaba impresionada de que hiciera ese esfuerzo por acercarse a los niños.

La madre de Sally aseguraba que su padre era un mago que desapareció en cuanto le dijo que estaba embarazada. Ella admiraba a los hombres que permanecían junto a sus hijos en los momentos difíciles. Se preguntaba si lo que le ocurría a William Fawson Hawk III no era que fuese distante, sino que estaba desacostumbrado al papel que le había reservado el destino. También se preguntaba si su maravillosa mujer le habría incluido alguna vez en esos entretenimientos tan sencillos. La idea de ver a los cuatro felices delante de un fuego le revolvió el estómago. Tiró los dados intentando que no se le notara el temor a no disfrutar nunca de una escena tan familiar y se comió una ficha de Hawk.

–Te dije que tenía suerte –le dijo con un guiño.

Notó algo muy peligroso en los ojos color pizarra.

–Yo creo que los afortunados somos nosotros –le replicó él.

Sally se maldijo por no poder evitar el ruborizarse.

–Tenéis mucha suerte de teneros los unos a los otros.

Sally ganó claramente aunque intentó por todos los medios que lo hiciera alguno de los niños. Billy y Sarah se fueron para lavarse los dientes mientras los mayores recogían el juego. En ese momento, Sally rozó accidentalmente una mano de Hawk. Dio un respingo como si le hubiese dado una descarga eléctrica, pero la sensación le recorrió todo el cuerpo, hasta sus rincones más íntimos.

–No tienes por qué tener miedo de mí –la regañó Hawk con delicadeza–. No muerdo.

«No me importaría que lo hicieras», pensó ella. Inmediatamente, se recordó que su jefe estaba tan interesado por ella como lo estaba por el cartero. Sin embargo, Sally no se amilanó, a pesar de que una voz en su interior le decía que se estuviera callada.

–¿Por qué piensas que tengo miedo de ti? –preguntó con las manos llenas de fichas de colores.

Hawk se apartó un mechón de la frente.

–Por la expresión que pones cuando estoy cerca de ti. Porque actúas como si el contacto conmigo fuese tóxico. Porque me esquivas si crees que voy a acercarme demasiado.

–¡Eso es ridículo!

Fue un grito agudo y penetrante.

–¿Lo es?

Hawk le levantó la barbilla con el dedo índice para que lo mirara a los ojos. Eran dos ascuas ardientes solo comparables al fuego que transmitía su dedo. Se le escapó un leve gemido.

–Desde luego –dijo ella mientras intentaba controlar el pulso que se había desbocado. Tenía la necesidad imperiosa de desabrocharle la camisa y pasar las manos por la mata de pelo que podía entrever–. ¿Por qué iba a tener miedo de ti alguien como yo?

No necesitaba un espejo para comprender que era casi imposible que un hombre como ese se fijara en alguien tan vulgar como ella.

Hawk sonrió enigmáticamente y se inclinó hacia ella.

–Porque es usted mucho más dulce de lo que le conviene, señorita McBride.

No había duda. Iba a besarla. Sally se puso a temblar solo de pensarlo. El deseo que podía ver en los ojos de Hawk hacía que se sintiera repentinamente tan hermosa como la princesa de una historia creada por ella. Cerró los ojos y separó los labios. Cada célula de su cuerpo era un volcán de anhelo. Notó el ansia de Hawk cuando, por fin, posó sus labios sobre los de ella. Sally, lejos de retirarse, se deleitó con la apasionada precipitación del beso. Nunca la habían besado así. Abrumada por la fuerza imparable que le separaba los labios, permitió que Hawk le alcanzara el centro del corazón con

la lengua. La besaba con una intensidad que la debilitaba y le hacía querer más. No se resistía a la pasión que iba a hacerle explotar o enloquecer. Hawk la atrajo hacia sí. Ella, rendida, le abrazó el cuello desesperadamente dispuesta a ofrecerle todo lo bueno que tuviera. Él soltó un ronco gemido que convenció a Sally de que le gustaban tanto sus besos como los de él a ella. Se estremeció con una oleada de sensaciones femeninas y dedicó todos sus sentidos a gozar del cuerpo de Hawk. Era evidente que encontraba tiempo para utilizar el gimnasio que tenía junto al cuarto de juegos. Era todo músculos. Con un suspiro adaptó sus formas redondeadas a los ángulos de él y se dejó arrastrar por un torbellino de placer.

Cuando volvió a abrir los ojos comprobó que Hawk había desaparecido tan repentinamente como lo hizo su padre hacía muchos años.

Capítulo Cuatro

Esa noche, Sally se dio un baño interminable intentado borrar el recuerdo indeleble que el contacto de Hawk había dejado sobre todo su cuerpo. Era una ingenuidad pensar que había dejado de besarla por un arrebatado de sentimientos nobles. La cara pecosa y el pelo rojo que veía en el espejo le recordaban que esa belleza tan especial que Phoebe decía que tenía no era sino una mera amabilidad de su amiga. Era un patito feo que nunca se convertiría en cisne.

No le podía extrañar que Hawk no tuviera problemas en abandonarla antes de que ocurriera algo que los comprometiera más seriamente. Sabía que tenía que estarle agradecida por ser capaz de dominarse. Lo único que le faltaba era poner en riesgo su empleo por un coqueteo con el jefe. Le perjudicaría a ella y sería devastador para los niños. Se sentirían traicionados si se enteraran del beso. Siempre tenía presente que adoraban y añoraban a su madre. El hecho de que su instinto de conservación, tan arraigado en ella, no hubiese dado una señal de alarma le hacía pensar cómo sería que la trataran, por una vez en la vida, como un objeto de deseo sexual en vez de serlo como alguien con un gran corazón y capaz de aguantar todo lo que echaran sobre sus espaldas. Se secó el rostro con una enorme y esponjosa toalla y se tumbó en la cama. Habría sido lo mismo si se hubiese tumbado sobre una tabla con clavos. Hawk se había metido en cada poro de su cuerpo. Sally, en un intento inútil por sentirse cómoda, apiló las almohadas, apartó las sábanas y se dejó llevar por la compañía de su cuaderno de dibujo. De madrugada, había dibujado el rostro sonriente de un demonio con ojos grises. Todavía no estaba claro si era el caballero o el malvado de alguna de sus historias.

Cuando comprendió lo peligroso de la situación, decidió que trataría el desliz de la noche anterior como lo que era, un mero desliz. Si a Hawk no le importaba fingir que esos besos abrasadores no habían existido nunca, ella estaba dispuesta a intentar olvidarlos también. Ese día iba a tener que demostrarse que podía ser inmune a él. Ese día y durante el tiempo que durara su empleo.

Había sido un error besarla. Lo supo en el mismo instante en el que se apoderó de él un deseo irreprimible. Lo que había esperado que no fuese sino un «gracias por ocuparse tanto de mis hijos» había despertado en él un deseo

que creía enterrado hacía mucho tiempo. Había besado a bastantes mujeres, pero ninguna le había alterado como Sally. Nunca pudo imaginar que la Mary Poppins pelirroja que había contratado sin meditarlo pudiera resucitar en él unos sentimientos tan fuertes con la misma facilidad con la que arrancaba una sonrisa a los niños.

Sus hijos significaban para él más que nada en el mundo. No podía permitir que se echara a perder su felicidad asustando a lo mejor que se habían encontrado desde la muerte de su madre. Hawk se jactaba de tomar las decisiones después de meditarlas cuidadosamente, y eso le había permitido ascender toda la escala jerárquica hasta convertirse en el consejero delegado de su propia empresa. No podía encontrar ninguna excusa para tentar a una joven deliciosa y correr el riesgo de que abandonara el empleo.

Solo podía decir que ese par de ojos como caleidoscopios le habían hecho creer que ocultaban el secreto de la felicidad en lo más profundo de su verde mar.

Lauren tenía razón cuando decía que la felicidad se podía comprar con dinero y posición y, en consecuencia, había muerto buscando algo más que lo que Hawk podía ofrecerle con una cuenta sin límite y la perspectiva de tener más dinero del que podría gastar. La sensación de fracaso amargó el gesto de Hawk. Tenía la sensación de que su incapacidad para hacerla feliz la había llevado al lugar equivocado en el momento equivocado. Le abrumaban las escenas de su maravilloso cuerpo mutilado dentro de un coche destrozado. No se libraría de la sensación de culpa solo porque una joven vivaracha había alterado su corazón con el beso más estremecedor de su vida. Era demasiado mayor y estaba demasiado cansado como para compensar sus errores con un sueño sin sentido. Los hombres sensatos con hijos, responsabilidades y una empresa que dirigir no sucumbían ante esas tonterías hasta que llegaban a la crisis de la madurez. Hawk tenía treinta y cuatro años y sentía lástima por esos hombres que empezaban a engordar y a perder pelo y que perseguían a mujeres mucho más jóvenes que ellos para intentar aferrarse a la juventud. Qué pena daba verlos correr por la autopista de la vida montados en descapotables nuevos con las píldoras de Viagra en la guantera.

Si tenía en cuenta esa línea de pensamiento, debió de sentirse muy complacido la mañana siguiente al ver a Sally con una camiseta amplia y unos vaqueros. Sin embargo, ese evidente el intento de ocultar sus tentadoras curvas le pareció muy gracioso. No le estaba tomando el pelo lo más mínimo

con ese aire de buena chica. Hawk había sentido el cuerpo de Sally contra el suyo y sabía perfectamente lo que se ocultaba tras tanta tela.

–Buenos días –dijo él como si no hubiese pasado nada.

–Buenos días –respondió ella intentando fingir que su presencia en la cocina no le había causado una impresión que casi la tumba.

Lo habría conseguido si no llega a ruborizarse hasta la raíz de los pelos.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó Hawk.

–¡No! –soltó como un misil–. No hace falta, pero gracias.

Sally, al ver sus burlones ojos grises dejó los fuegos y se dirigió hacia el cajón donde guardaba la cubertería.

–Estás haciendo que me sienta como un monstruo –dijo él refiriéndose al empeño de Sally en poner distancia entre los dos.

Se acercó y la arrinconó contra la encimera. Sally notó una punzada agrisada en medio del estómago. La tensión sexual entre los dos alcanzó más temperatura que el beicon en la sartén. Hawk, aunque trabajara en casa y en medio de un bosque de Wyoming, no bajaba nunca a desayunar sin haberse afeitado. Sally tenía debilidad por los hombres recién afeitados, creía que decía mucho sobre su disciplina. Estaban tan cerca que podía ver las gotas que todavía le colgaban del pelo negro y espeso y aspirar su profundo y masculino aroma. Era una mezcla sutil de jabón y loción que le removía los recuerdos de la intimidad que la había dejado perpleja la noche anterior.

–¿Serviría para algo que te pida disculpas por el beso de anoche?

La pregunta pilló desprevenida a Sally. La verdad era que habría preferido que se disculpara por desaparecer sin decir palabra después de haberla excitado de aquella manera. Estuvo tentada de asentir elegantemente con la cabeza y seguir haciendo la masa de las tortitas; resignada por saber que para ese hombre era tan fácil olvidar sus besos como dejar una propina por el buen servicio.

–A una mujer nunca le gusta oír que un hombre se arrepiente de haberla besado, independientemente de cuál sea su posición en la vida –dijo mirándolo a los ojos y con un tono más remilgado del que se proponía.

Hawk arqueó una ceja impresionado por su sinceridad. Era la persona más deliciosamente impredecible que había conocido en su vida. Era singular

hasta en la forma graciosa y envarada de decir las cosas. Había esperado que fumase la pipa de la paz con un suspiro de alivio, y, en cambio, se enfrentaba a él con una espátula de remover la masa y la sinceridad más estimulante que había visto jamás.

–Entonces, ¿qué propones? –preguntó esbozando una sonrisa–. ¿Aceptarías un duelo con la vajilla?

Lo último que esperaba Sally era que tuviese sentido del humor. Lo había considerado como un hombre de negocios o un adicto al ordenador sin otras virtudes. Sin embargo, agradecía cualquier intento de quitar hierro al asunto.

–Personalmente prefiero los cuchillos cebolleros –replicó ella mientras pensaba lo bien que le vendría uno para arrancarse el corazón, cocinarlo y servirselo al jefe en una bandeja de plata–. Aunque dudo que estés dispuesto a exponer a tus hijos a un baño de sangre, de forma que casi lo dejamos para otra ocasión.

–Completamente de acuerdo –aceptó él con la frente fruncida fingiendo estar meditando–. Si aceptas la tregua, me ofrezco a poner la mesa.

Sally aceptó las condiciones del alto el fuego entre risas y Hawk la rodeó para abrir el cajón de los cubiertos. Una de las manos rozó levemente la cintura de Sally y la dejó paralizada como si hubiese sido un rayo. Cuando se recuperó, se giró para evitar que él adivinase la impresión que le había producido. La mera presencia de esos brazos cerca de ella le disparaba todo tipo de desvaríos eróticos. Sentirse abrazada por ellos... las poderosas manos acariciándole los pechos... sus cuerpos adaptados el uno al otro como las dos cucharas que acababa de sacar del cajón...

–Hueles muy bien –dijo él mientras le pasaba un mechón por detrás de la oreja.

No tenía ni idea de por qué la amenaza de una espátula le había llevado a ese estado imposible de dominar.

Las cucharas cayeron al cajón en medio de un estrépito.

–Mmm –titubeó ella sintiéndose ridícula–. Es sirope de arce.

Lauren prefería el Opium de Christian Dior. A él siempre le había parecido que el nombre de ese perfume era turbador. El sirope de arce era mucho más dulce, aunque en ese momento no podía asegurar que no fuese

mucho más peligroso. Es más, si se hubiese puesto un poco detrás de la oreja, estaría encantado de lamérselo. La idea lo dejó desconcertado. No podía comprender que se hubiese producido en ese cerebro consumido por los negocios, los hijos y el esfuerzo permanente para olvidar todo lo que le recordase a Lauren.

Hawk recordó la tregua que habían acordado y quitó las manos de la encimera de mármol; lejos de esa fascinante criatura que se ruborizaba cada vez que estaba cerca.

–¿A qué huele? –preguntó Billy con la nariz fruncida mientras entraba en la cocina.

Llevaba el pijama arrastrando por el suelo.

El beicon había pasado a ser una masa negra que ni siquiera los gatos aceptarían después de haberse acostumbrado a los nuevos manjares. Sally se lanzó a por la sartén sin siquiera preocuparse por hacerlo con un paño. Hawk le rodeó la cintura para detenerla.

Ella empezó a disculparse atropelladamente y soltó las mismas palabras que dijo una vez en una casa de acogida antes de recibir una paliza.

–Lo siento. No hay excusas para estropear la comida. Por favor, descuéntala de mi sueldo.

Hawk se asustó por el terror que se reflejaba en la voz de Sally.

–No seas tonta –dijo él mientras agarraba la sartén con un guante de horno.

Tiró todo el contenido a la basura.

–Dejaremos que se enfríe en el fregadero y no pienses más en ello. Además, yo también he tenido la culpa por ponerme en medio.

Sally había estado en casas donde no se era tan indulgente con los descuidos. Cada día apreciaba más cosas de ese hombre. Era un hombre que arropaba a sus hijos por la noche y les leía un cuento. Un hombre que hacía que se derritiera cuando les deseaba buenas noches a sus hijos antes de apagar las luces. Su amabilidad en un asunto tan trivial como un desayuno calcinado le hacía un nudo en la garganta. Lo miró agradecida y se volvió hacia Billy.

–¿Me ayudas a hacer tortitas? Soy una artista de la masa, si me dices cuál es el animal que más te gusta puedo hacerte una tortita con su forma.

Billy no se lo pensó.

–Un gatito.

–Muy bien, ahora vete a preguntárselo a Sarah.

–¿A mí no me lo preguntas? –preguntó Hawk.

La serena fuerza de su voz le quemaba como el whisky en una noche de invierno. Le sudaban tanto las manos que no se atrevía a agarrar nada por temor a que se le cayera.

–¿Tú que quieres? –murmuró con una voz temblorosa.

–Un oso.

Sally frunció la frente desconcertada.

–¿No puedes hacer una tortita con forma de oso?

Sally notó que no había rastro de malicia en el rostro de él, pero se limpió las manos en los vaqueros y lo miró con altivez. ¿Cómo se atrevía a tomarle el pelo como a una niña? Decidió que lo trataría como a los clientes pendencieros que solían ir al Watering Hole.

–¿Prefieres un oso de peluche o un oso grizzly?

Se lo preguntó como si fuese una de esas preguntas que hacen los tests de personalidad de las revistas femeninas.

–Prefiero los de peluche.

Sally se preguntaba si estaría intentando evocar en ella la imagen de una ropa interior seductora. Fingió que su voz no le impresionaba.

–Tendrás tu osito de peluche –replicó con una frialdad que no sentía.

Los dos se sintieron aliviados cuando Sarah entró, se sentó en un taburete e hizo su pedido. Lo quería con forma de mono.

Diez minutos más tarde todos desayunaban sin beicon. En cada plato había una criatura perfectamente reconocible. Billy tenía un gatito, Sarah un mono con una larga cola y Hawk un oso de peluche con ojos de chocolate.

–Delicioso –dijo Hawk con un guiño que hizo que Sally se atragantara.

Hawk estaba sorprendido de lo dispuestos que estaban los niños a ayudar con las tareas de la casa. Cuando terminaron de recoger la cocina, Sally los convenció para que hicieran las camas y recogieran los juguetes de

forma que se pudieran ir a dar un paseo por el bosque y dejaran tranquilo a su padre durante un rato. Cuando se fue a trabajar allí, el estilo autoritario de Hawk había conseguido que esa misma escena acabase frecuentemente con los niños llorando y él desesperado. Tenía que reconocer los meritos de los demás, y esa niñera tenía la facultad de hacer divertido lo que era una obligación.

Al parecer, le había abandonado el autocontrol que le había hecho famoso. Primero se reprochaba ser peor educador de sus propios hijos que ella y al minuto siguiente la besaba insensatamente. Evitar volver a cometer ese error estaba resultándole mucho más difícil de lo que había previsto. Desde que el huracán Sally entró en su vida, tenía los sentimientos hechos un lío absoluto. Le parecía tan desconcertante encontrarla atractiva con esas camisetas holgadas como darse cuenta de lo mucho que le disgustaba el silencio que se creaba cuando se llevaba a los niños a dar un paseo para que él se pudiese concentrar en su trabajo. Le parecía que él era rico, pero que ella era divertida. Y que los niños preferían la compañía de Sally a la suya.

No era justo si se tenían en cuenta todos los sacrificios que había hecho por ellos. Cuando Sally se los llevaba para que él pudiera trabajar tranquilo, se quedaba como inmerso en una espesa niebla de silencio y soledad. Se preguntaba si Lauren habría sentido lo mismo durante los años en los que él había trabajado día y noche para que la empresa tuviera éxito. Se preguntaba si su ausencia habría sido un factor que contribuyera a su muerte.

Hawk, decidido a ganarse un lugar en el corazón de sus hijos, se prometió que no permitiría que la empresa le absorbiera como antes. Si quería que su familia fuese lo que se había propuesto, tendría que ofrecer algo más que una mera presencia física. Decidió observar la natural camaradería de Sally con la misma resolución que le había ayudado a esquivar agresiones contra su empresa. Todo lo que tenía que hacer era observar y aprender. Aunque no encontraba una analogía adecuada para comparar a Ella con su empresa. Observarla se parecía más a mirar a las estrellas; un ejercicio de percepción de las fuerzas universales que se fundían en forma de juventud, exuberancia y una sensibilidad abrumadora. Además, cada día estaba más hermosa. El pelo, que en un principio le pareció demasiado rojo y asilvestrado como para encajar en su esquema de belleza refinada, en ese momento le despertaba el deseo de sentirlo contra su piel. Durante todo el día tenía destellos en los que veía esos hilos cobrizos diseminados sobre su almohada,

y se censuraba por tener tales pensamientos. No podía evitar comparar esa belleza terrenal con la sofisticada elegancia de Lauren. La sangre azul y el cabello rubio de su mujer habían significado un magnífico trofeo para él, pero todo ese atractivo dorado resultó ser muy frío en la cama. Por lo que había podido deducir del beso de Sally, sospechaba que dentro de ella había un volcán de pasión que podía volver loco a cualquier hombre para el resto de sus días.

En ese momento sonó la puerta y oyó a su familia. Trabajó durante quince minutos más y bajó con el pretexto de que tenía que comer algo para tranquilizar a su estómago. Quería aprender cómo se las apañaba Sally para mantener silenciosos a sus hijos sin la ayuda de la televisión. Sally, en medio del salón, se inclinaba sobre una tabla de planchar que había estado apoyada en la pared del cuarto de la lavadora como poco más que un objeto decorativo. La última persona que le había planchado la ropa había sido su madre. Lauren no habría sabido distinguir una tabla de planchar de una tabla de surf. Habría levantado desdeñosamente la nariz ante la idea de hacer una tarea como esa por sí misma. A él, el olor de la plancha caliente y del vapor que producía le traía recuerdos de la infancia. Su madre decía que planchar era un acto de amor para demostrar a su familia cuánto la quería.

Los niños rodeaban a Sally como si estuviese haciendo un truco de magia en vez de una tarea aburrida y vulgar. Les contaba una historia mientras deslizaba la plancha sobre una camisa. A Hawk, como observador, le daba la sensación de que el propio acto de planchar le ayudaba a sacar a la luz una creatividad que tenía muy en su interior y se encontró atrapado por la historia que estaba contando. Era un cuento sobre un dragón que había perdido el gusto por las doncellas de azúcar y solo quería hamburguesas dobles con patatas fritas. De vez en cuando subrayaba algún comentario con un chorro de vapor para crear la sensación de que el dragón estaba cerca. Hawk intentaba analizar la escena desde un punto de vista profesional. Le gustaría ser capaz de asimilar esa capacidad para transformar lo rutinario en excepcional. Cuando terminó la historia, Sally parecía verdaderamente interesada en que los niños le dieran su opinión, algo que le maravilló.

–Invéntate otra –le pidió Sarah.

Hawk estaba impresionado de que hubiese creado un cuento tan original y divertido. La fantasía era algo que no se apreciaba en el mundo de los negocios, pero era fundamental para cualquiera que quisiera captar la atención

de los niños.

–¡Bravo! –exclamó.

Sally se ruborizó deliciosamente cuando lo vio apoyado en el quicio de la puerta. En ese momento no se iba a parar a pensar por qué le agradaba tanto ese efecto que tenía en ella, pero tampoco iba a negar que todo su cuerpo vibraba al comprobarlo.

–Contar historias es una de mis aficiones favoritas. Con la colaboración de los niños –quiso dejar muy claro que ellos también ayudaban mucho a pulir la historia.

Sally no quería contar a nadie que soñaba con ser escritora e ilustradora de cuentos infantiles. Se había acostumbrado a proteger sus ideas para evitar que alguien pudiese chafar su creatividad. Temía que alguien con una mentalidad tan centrada en los negocios como Hawk pudiera reírse de sus modestos sueños.

–Es una afición maravillosa. No me importaría cultivarla. Me resultaría muy útil en el momento de acostarlos.

Sally sonrió sorprendida. El momento de acostarlos era un asunto espinoso. Había podido comprobar cuánto le costaba llevarlos a la cama y que se quedaran tranquilos. Ella consideraba que su jornada terminaba en el momento de ponerse el pijama, y dejaba que él se ocupara de los niños con su estilo torpe, aunque adorable. Billy y Sarah siempre querían quedarse levantados hasta más tarde de lo que Hawk había decidido que era la hora de acostarse. Le pedían vasos de agua, daban paseos inútiles al cuarto de baño y hacían todo lo posible por jugar al ratón y al gato con él. Cuando estaba a punto de decidir que Hawk era incapaz de manejar la situación, empezaba la lectura de las aventuras del doctor Sessus. Lo que la transportaba a recuerdos de su infancia. La lectura iba seguida de las mismas oraciones que ella había rezado con su madre. Sabía que cualquier padre era mejor que el que la abandonó. Hawk lo intentaba y eso era maravilloso.

No podía evitar el añorar a alguien que le arrojara a ella. Alguien con una voz sensual, con unos ojos tan insondables como el pozo más profundo y un corazón más tierno de lo que uno se imaginaba a primera vista.

Capítulo Cinco

Las noches de los miércoles empezaron a ser una pequeña tortura. Era el día que ella dejaba sus responsabilidades a Hawk para ir a las clases de arte. Puesto que las clases habían sido una de las condiciones de Sally y puesto que él no quería negar a nadie la posibilidad de sacar partido de sus talentos, les pedía a los niños que pusieran buena cara al ver cómo se iba su niñera sin ellos.

Sin embargo, era imposible no sentir una punzada al ver la cara de felicidad que tenía Sally ante la idea de pasar un tiempo sin ellos. Parecía radiante ante la perspectiva de pasar la noche con gente interesante de su edad. Lo cual le hacía sentirse mayor de lo que era en realidad. Él intentaba aprovechar esa noche para estar cerca de sus hijos sin la competencia de la imaginación desbordante de Sally. Estaba decidido a demostrar a Billy y Sarah que podía ser tan divertido como esa casi desconocida que había contratado. Creía que podía aplicar el método de gestión de una empresa a esa noche familiar y programaba cuidadosamente todo tipo de actividades educativas para aprovechar el tiempo de la forma más productiva posible.

–He comprado unos juegos nuevos –les dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Qué juegos? –preguntaron ellos con escepticismo.

–Unos muy divertidos –contestó él solemnemente.

Billy y Sarah pasaron por delante de la televisión con aire de mártires.

–¿No podemos ver los dibujos animados? –preguntó Billy.

–No.

Fue una respuesta seca e incontestable. Le importaba muy poco que Sally hubiese limitado el tiempo de televisión para que pudiesen apreciar mejor la enorme pantalla. Lo único que había sentido era que sus hijos preferían ver la televisión a estar con él. Sacó el primer juego de la noche con la decisión de un padre herido.

–Ya veréis, va ser muy divertido y educativo.

Por desgracia, la lección se la llevó él. Enseguida se dio cuenta de que el

juego que había comprado estaba pensado para adultos.

–Pero Sally no lo hace así –le dijo Sarah a su padre por enésima vez cuando éste intentaba proponer algo para que la tarde fuese más agradable.

–¡No me importa cómo lo haga Sally! –explotó Hawk–. ¡Yo hago las cosas así!

Lo que en un principio era una forma de unir a la familia se convirtió en un castigo. Las palomitas se pasaron en el microondas y nadie, ni siquiera él, fue capaz de comérselas. El tablero de juego acabó en la basura después de que Billy y Sarah se quejaran insistentemente de que aquello era una bobada. Si hubieran sido sus empleados, los habría puesto de patitas en la calle. Como no lo eran, pensó en presentarles su dimisión.

Resignado y derrotado, se dirigió hacia la televisión. Recordaba lo cómoda que era su vida cuando la tenía perfectamente diferenciada entre trabajo y hogar. Desde luego, la mentalidad de hombre que se limitaba a proveer alimento que había dirigido casi toda su vida era mucho menos estresante que el intento de manejar solo un hogar con dos hijos tercos como mulas. Hasta la muerte de su mujer, todo lo que sabía de la paternidad se limitaba a cubrirles las necesidades. Estaba claro que el destino tenía medios para hacer que las personas se replantearan la existencia. Sobre todo, cuando estaban basadas en mentiras.

Hawk agarró una revista económica y esperó resentido la llegada de Sally.

–¿Por qué está la televisión tan alta? –preguntó ella tres horas más tarde.

Lo que realmente quería saber era por qué estaba encendida. ¿Acaso no había conseguido transmitirles su preferencia por las actividades creativas?

Nadie respondió. Fue de puntillas hasta donde dormían los niños cubiertos por unas colchas de punto que había hecho su abuela. Al parecer, Hawk también se había dormido viendo los dibujos animados. Parecía un guerrero derrotado iluminado por la pálida luz de la pantalla.

La visión le hizo un nudo en la garganta. Deseó acariciarle el cabello para comprobar que era tan suave como recordaba. Se acordó del cuento de la bella durmiente y se preguntó si ya que los papeles entre los sexos habían cambiado, el beso de una princesa tendría el poder de despertar a un príncipe durmiente. La idea hizo que sintiera un escalofrío en todo el cuerpo.

Estaba magnífico con una camiseta y unos vaqueros. Estaba descalzo y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Ni siquiera dormido podía disimular los músculos de los brazos. A su lado, el modelo de las clases de arte quedaba como un alfeñique. Cómo le gustaría pintar a Hawk en esa posición. Los rasgos cincelados del rostro perdían toda mordacidad. La sombra que empezaba a aparecer sobre la mandíbula y el labio superior, mezclada con la camiseta ajustada al pecho le daba un aire a James Dean que le hacía suspirar. Era el ejemplar de hombre más magnífico que había visto desde tan cerca.

Como le parecía que esos pensamientos lujuriosos tenían algo de inmoral, decidió que lo mejor era acostarse y hacer lo propio con los hijos de ese hombre. Tomó el mando a distancia, que estaba tirado entre los almohadones del sofá, y apagó la televisión. Sin previo aviso, una mano la agarró de la cintura. Ella dio un brinco.

«¿Desde cuándo llevará despierto?», pensó asustada.

–No pretendo asustarte –dijo amablemente él.

Era una voz profunda que surgía de la oscuridad y era tan cautivadora como la mano. Tuvo una visión en la que él la atraía hacia sí y le daba un beso de esos con los que se prodigaba tan poco.

–Suéltame –dijo ella rotundamente.

Él lo hizo y la dejó con la sensación de que le faltaba algo. Le apuntó con el mando a distancia como si fuese el arma de una película de ciencia ficción.

–¿Te importa si le quito el sonido?

–Por mí puedes hacerlo –respondió él.

Ella criticó que utilizara la niñera electrónica cuando se quedaba solo. Él habría querido preguntarle por qué llegaba tan tarde, pero no lo hizo. Al fin y al cabo, lo que hiciese durante su noche libre no era de su incumbencia.

–¿Qué tal la clase? –preguntó como quien no quiere la cosa.

Ella no pudo disimular una fugaz expresión de felicidad.

–La verdad es que fue maravillosa –reconoció ella mientras recordaba las alabanzas que le había prodigado el profesor delante del resto de los alumnos.

Al parecer, el señor Jenkins pensaba que tenía talento; algo que apenas

se manifestaba en el curso por temor a que se echara a perder el espíritu artístico. Sin embargo, para ella era como las gotas de lluvia sobre una flor a punto de marchitarse. Siempre había recibido más reproches que halagos. Tantos, que solía recelar de quienes la alababan.

Hawk quería que aclarara esa respuesta tan entusiasta. ¿Había sido maravillosa porque le gustaba el profesor? ¿Porque algún joven compañero le había robado el corazón? ¿Porque le parecía maravilloso estar lejos de esa casa? Se preguntaba cuánto tiempo hacía que algo le parecía maravilloso a él. Daba la sensación de que últimamente estaba en manos de la empresa en vez de ser al revés. No recordaba la última vez que hizo una excursión que no fuese ir al cuarto de baño para dar un vaso de agua a alguno de sus hijos en medio de la noche. Estaba claro que se había olvidado de lo que significaba la palabra diversión. Sintió una opresión en el pecho cuando vio que Sally intentaba llevarse a Sarah envuelta en la colcha.

–Déjame –dijo él mientras le quitaba a la niña de los brazos.

–Espera, la arroparé un poco –dijo ella con un hilo de voz para no despertarla.

Hawk estaba más seductor que nunca a la luz de la televisión. Tenía el pelo revuelto y el botón de los vaqueros desabrochado. Ella intentaba por todos los medios no mirar donde no debía. Que tuviera una niña en brazos no hacía que el corazón le latiera más despacio. La verdad era que esa demostración de instinto paternal hacía más profunda la atracción que había sentido por él desde que lo vio por primera vez.

Hawk besó a su hija en la frente, apagó la luz de su cuarto y volvió para recoger a Billy. Sally les llevó sus animales de peluche favoritos y les deseo felices sueños. Hawk permaneció un rato junto a la cama de su hijo. Creía que les había fallado en el pasado y pretendía protegerlos de cualquier daño que les acechase.

–Es guapísimo –dijo Sally mientras le apartaba de la frente un mechón de pelo negro–. Los dos son fantásticos; por dentro y por fuera.

«Como lo eres tú», pensó él. Se enfadó consigo mismo por tener esos pensamientos. Una noche había sido suficiente para recordarle lo inútil que era sin la ayuda de Sally. Buscó un terreno más seguro.

–Por si no te lo había dicho, creo que eres fabulosa para ellos –dijo él

sinceramente—. Quiero agradecerte lo que haces por todos nosotros.

Sally sonrió aturdida por el halago.

—Es un placer. Son una compañía maravillosa.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que le habían reconocido su trabajo.

Hawk esbozó una sonrisa. Estaba agotado después de una noche luchando con las palomitas de maíz y Popeye.

—Eres demasiado modesta.

Estuvo a punto de decirle que si su talento artístico se parecía en algo a su destreza con los niños, le auguraba un gran porvenir, pero en ese momento, Billy estiró un brazo y dio un grito dormido. Sally pudo oír la palabra con toda claridad.

—¡Mamá!

Hawk se quedó tan petrificado que Sally no se agachó para consolar a Billy como habría hecho en otra circunstancia. No hacía falta recordarle que era una intrusa. Quizá Hawk temía que Billy pudiera confundirla con su madre. Sabía perfectamente que sería un desastre. En realidad, ya estaba bastante preocupada porque los niños pudieran proyectar en ella la necesidad de una madre. No quería herirles sus tiernos sentimientos el día que tuviera que abandonarlos durante más tiempo que la noche de los miércoles. Algún día tendría que marcharse y ella tampoco quería dejar detrás su corazón destrozado.

—Shh... —Hawk se agachó y abrazó a Billy—. Soy yo, papá. No pasa nada, estás soñando.

Billy abrió los ojos y ella se retiró a la penumbra. Le apenaba ver al niño sufriendo. La visión de Billy agarrado al cuello de su padre le rompía el corazón. Quizá Hawk no supiese jugar con sus hijos. Quizá dudase entre ser demasiado duro con ellos o demasiado indulgente, pero se comportaba como un verdadero padre. Ni los había abandonado ni los había mandado a un internado. Intentaba por todos los medios evitar que la familia se rompiera.

Estaba claro que añoraba a su hermosa mujer tanto como sus hijos añoraban a su madre. Ella no esperaba tanto amor ni en el mejor de sus sueños. Solo sabía que ser el centro de una familia que te quisiera tanto tenía

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

que ser el sentimiento más gratificante del mundo. Lauren había desaparecido demasiado pronto, pero, de alguna forma, había sido una mujer muy afortunada.

Sally tenía la extraña sensación de ser una mirona al observar la escena. Como si estuviese separada del mundo real por un grueso cristal. El vacío le dolía entre los brazos y salió del cuarto para que Hawk pudiera disfrutar de la intimidad.

Capítulo Seis

A la mañana siguiente, Hawk parecía cansado cuando se sentó para desayunar. Durante los primeros meses tras la muerte de su madre, los niños la habían llamado en sueños. Desde la llegada de Sally, Hawk había notado que ya no se producía esa situación y lo consideraba una buena señal de que empezaban a superar el dolor y a seguir adelante con sus vidas.

El incidente de la noche anterior con Billy había producido una mezcla de sentimientos en Hawk que le tuvieron despierto durante muchas horas intentando discernirlos. No sabía qué le había hecho pensar que podría hacer de padre y madre y, además, llevar una empresa con bastantes empleados que dependía de él para poder seguir dando buenos resultados.

Bendita fuese Sally. La miraba ir de un lado a otro de la cocina canturreando una cancioncilla. La verdad era que si los niños tenían algo de estabilidad, que tanto necesitaban, se debía a esa criatura encantadora que, además, había encontrado un rato para poner en marcha la cafetera que él no había conseguido usar desde que la sacó de la caja.

El aroma fuerte y profundo del café era un buen estimulante después de una noche tan agitada. Agradecía a Sally la sensibilidad que demostró al dejarle solo con su hijo y sus recuerdos. La mirada de lástima que vio en los ojos de Sally antes de que se retirara era más de lo que podía soportar. Ya había tenido bastante con la lástima que todo el mundo sintió a la muerte de Lauren. A decir verdad, ese había sido uno de los motivos por los que se había trasladado a Wyoming donde casi nadie conocía su pasado.

Hawk extendió el periódico en la mesa de la cocina y se puso a leer las páginas económicas. Murmuró un agradecimiento a Sally por haberle preparado el desayuno y se concentró en las cotizaciones de la Bolsa.

A ella le parecía que esa obsesión por los negocios era tan aburrida como unas gachas frías, que era lo que iba a servirle el día siguiente visto el interés que ponía en la tortilla especial que le había preparado. Miró por la ventana y comprendió que el día iba a ser complicado. Se había levantado un vendaval y las gotas de lluvia golpeaban contra la ventana. Sabía que iba a ser difícil mantener tranquilos a los niños mientras Hawk trabajaba, así que empezó a darle vueltas a la cabeza para encontrar algunas actividades.

Después de recoger la mesa confió en la fiel tabla de planchar para contarles algunas historias. Los niños seguían en pijama, porque había acabado sucumbiendo a la lógica de Billy que decía que para qué iban a vestirse si no podían salir. Puso una de las carísimas camisas italianas de Hawk en la tabla y empezó a contar la leyenda india del Cazador de Sueños. Era la historia de un valiente niño al que las pesadillas le dejaban temblando como las hojas de los álamos movidas por el viento. El bravo indio salió en busca de un talismán que le protegiera durante el sueño, cuando el arco y las flechas no servían de nada. Lo encontró y lo cosió al escudo que colocó encima de la puerta de la tienda. A partir de entonces solo pudieron entrar los sueños buenos y los recuerdos agradables. Las pesadillas quedaban atrapadas como moscas en una tela de araña.

–¿Sabes dónde podríamos comprar un cazador de sueños? –preguntó Billy con los ojos como platos ante la perspectiva.

–No, pero estaré encantada de enseñaros a fabricar uno.

Todos estuvieron de acuerdo en que era una idea muy buena y ayudaron a Sally a llevar su bolsa mágica desde el dormitorio al cuarto de juegos. Era una bolsa de tela llena de utensilios de pintura y trozos de tela e hilos. Les enseñó a tejer sus propios cazadores de sueños y a añadirles sus talismanes personales para que tuvieran poderes mágicos. Sarah eligió unas conchas que había recogido con el abuelo y una joya que le había regalado la tía Frannie. Billy puso un pequeño marco con la foto de su madre y Sally una pluma como símbolo de la libertad, un pincel seco por la creatividad y un anillo de plástico para que invocara la esperanza.

A mediodía los cazadores de sueños estaban terminados y colgados encima de las camas. La lluvia no cesaba. Hawk se tomó un descanso y los niños le sorprendieron con una comida que sirvieron ellos mismos. Lo recibieron con un espantoso acento francés y un paño colgado del brazo.

–Bienvenido al Mountain View Bistro –le dijeron mientras lo acompañaban a la mesa decorada con un florero.

Hawk miró la comida que habían servido sin consultarle y le dio las gracias a Sarah cuando le ofreció un menú. Unas temblorosas letras decían que de primero había «Rollitos de cerdo», que resultaron ser unas salchichas envueltas en hojaldre precocinado; la «Brocheta Aromatizada» era unos trozos de naranja atravesadas por unos palillos con trozos de zanahoria y

tallos de apio; el postre era «Helado con Burbujas», es decir, un refresco de uva con dos bolas de helado de vainilla flotando encima. A Hawk le recordó al Titanic antes de hundirse.

Les alabó el esfuerzo con una sonrisa de oreja a oreja. Ellos permanecieron a su lado para ver su reacción. No hubo forma de que se apartaran ni un segundo y él pudiera tirarlo a la basura y fingir que le había encantado.

–Mmm..., bueno, muy bueno –dijo mientras intentaba pasar la salchicha con un sorbo de un brebaje morado–. Excelente, para ser exactos.

Dos besos pringosos hicieron que la experiencia hubiese merecido la pena. Estaba seguro de haber oído las risas descontroladas de Sally en la cocina. Le ajustaría las cuentas más tarde.

A lo largo del día, los niños empezaron a estar más inquietos. No estaban acostumbrados a estar tanto tiempo encerrados sin ver la televisión o jugar a los videojuegos. Sally les aseguró que conocía la actividad perfecta para un día de lluvia hasta que se fueran a echar la siesta. Extendió unas hojas de papel sobre el suelo de madera del cuarto de juegos y les pidió que se remangaran los pijamas. Así descubrieron el placer de pintar con los dedos y empezaron a crear todo tipo de obras de arte felices de sentir los brillantes colores que se les escurrían entre los dedos.

Sally también disfrutó mucho y pintó un sol con cara bondadosa y un torbellino de rojo, amarillo y naranja. Era consciente de que pintar con los dedos no era una actividad muy silenciosa, pero le inspiró una historia para niños.

En Hawk tuvo un efecto completamente distinto. Entró como una furia en el cuarto, llevaba un teléfono móvil en una mano y un gesto de desesperación en el rostro. Estalló cuando vio el desorden y los niños manchados de pies a cabeza.

–Intentaba hablar por teléfono –dijo con un tono cortante– y no he podido oír nada con el follón que estáis organizando.

El primer instinto de Sally fue disculparse por haberle molestado. Se había disculpado muchas veces a lo largo de su vida. Sin embargo, había algo en la expresión de los niños que le hizo cambiar de opinión. Ellos también habían participado y no podía esperar que se comportaran como adultos.

–La creatividad no es siempre una actividad silenciosa –le dijo Sally rotundamente–. Tampoco es tan inmaculada como un informe financiero. La diversión no tiene por qué estar en las casillas de una página sacada del ordenador –sacudió la melena roja–. ¿Es mucho esperar que un hombre como tú lo comprenda?

Hawk la apuntó con el teléfono.

–Lo que un hombre como yo comprende y agradece es un poco de tranquilidad mientras intenta trabajar.

Billy y Sarah los miraban asombrados. Habían oído a su padre y a su madre discutir por algo que llamaban internado, pero nunca habían visto a dos personas mayores pelearse por el concepto de diversión. Eran como dos niños que se pelean por una caja de pinturas en la guardería.

–Voy a llevar a los niños a que se echen la siesta. Cuando vuelva hablaré con usted, señorita McBride –dijo Hawk al ver cómo lo miraban sus hijos.

–Creo que es una idea excelente, señor Hawk tercero, pero mientras arropa a sus hijos recuerde que acordó no cuestionar mis métodos, por muy poco convencionales que fuesen –dijo ella parodiando el tono de Hawk.

Si bien el tono le había parecido impertinente, las palabras de Sally le recordaron algo. Claro que había aceptado esa estúpida condición cuando la contrató, pero en ese momento estaba desesperado.

Se llevó a los niños al cuarto de baño. No se quejaron lo más mínimo, estaban agotados después de pasar todo el día con Sally. Se quedaron dormidos antes de que él volviera al cuarto de juegos.

Sally había recogido casi todo, lo que hizo que se sintiera un poco más idiota por el jaleo que había montado. El suelo de madera estaba perfecto y ella estaba de rodillas pasándole una esponja. Él se quedó paralizado ante el erotismo de la escena. Sabía que el arrebató de ira tenía menos que ver con el estado de la casa que con el estado de su libido.

Había perdido las ganas de volver a trabajar después de la horrible, aunque adorable, comida que había tomado. Lo cual era algo extraordinario en él. Era famoso por su adición al trabajo, era el tipo de hombre que utilizaba el trabajo como una forma de evitar la reflexión personal. Sus rivales y compañeros se quedarían atónitos si se enteraban de que le había distraído el

ruido que hacían sus hijos y la niñera. También se quedó perplejo al pensar que estaba celoso de la joven que había contratado para cuidar a sus hijos.

–Tenemos que hablar –dijo él como introducción.

–¿De qué? –preguntó ella mientras contoneaba las caderas intentando limpiar una mancha de la madera.

–Sobre mantener algo parecido al orden en mi casa –dijo él secamente.

–¿Como el que había antes de que yo llegara?

Sally decidió ser franca ante la imposibilidad de conservar el trabajo si él no aceptaba sus métodos. Dejó la esponja y se sentó en los talones.

–Mira –dijo ella tranquilamente–. Sé que es difícil que una persona lógica y acostumbrada a los negocios como tú me entienda.

Hawk, ofendido por la descripción, pensó que se le había olvidado añadir histérica.

–¿Y cómo dirías que eres tú? –preguntó sobriamente.

–Creativa y abstracta, desde luego.

Hawk tuvo la sensación de estar en una de esas revistas femeninas que siempre califican de parejas inadecuadas a los hombres estables como él.

–Dedícale un minuto a mirar esto –dijo Sally mientras le enseñaba un papel con una pintura que empezaba a arrugarse por los bordes–. Míralo de verdad.

Hawk se acercó para verlo mejor. No tenía ni idea de lo que podía ser. Sally se lo dio.

–Creo que muestra un talento asombroso para una niña de cuatro años. Son dos dragones voladores –le explicó Sally mientras daba la vuelta al dibujo.

Hawk sonrió.

–Ya sé dónde lo voy a poner.

Sally esperaba que no se refiriera al cubo de la basura.

–¿En la nevera?

–No. Encima del ordenador.

–Espero que quieras decir encima de la pantalla –aventuró ella en voz

baja.

Hawk se puso de rodillas junto a Sally.

–¿Se hace así? –preguntó él con la esponja en la mano.

Sally se admiraba de esos antebrazos y del efecto que tenían sobre las manchas del suelo. Un efecto tan devastador como el que tenían sobre sus sentidos.

–¿Qué querías decir con el último comentario?

Sally, que se había pasado la vida haciendo equilibrio en la cuerda floja, consideró las posibilidades de contestar a esa pregunta. Si era sincera, todo lo que podía pasar era que perdiera el mejor trabajo que había tenido jamás.

–Estoy segura de que eres un consejero delegado fantástico dijo ella mirándolo a los ojos, pero me da la sensación de que a veces te olvidas de que tus hijos no son tus empleados.

–¿Te olvidas de que tú sí lo eres? –preguntó Hawk intencionadamente.

Hizo la pregunta para recordarse que la posición de Sally debería excluir los pensamientos lascivos que tenía en ese momento. No tenía intención de molestarla.

–Ni por un segundo –contestó ella con una sonrisa candorosa–. Lo único que quiero decir es que lo estás haciendo muy bien para estar solo.

Los ojos de Hawk se suavizaron ante el halago. No era lo que esperaba.

–Pienso que podría venirte muy bien si te aflojaras la corbata, por decirlo de otra forma.

Hawk se tocó el cuello del polo.

–¿Lo piensas de verdad?

Sally asintió con la cabeza y se arrepintió de haber entrado en un terreno tan personal.

–¿Y si resulta peligroso?, señorita McBride.

Sally frunció el ceño desconcertada.

–¿Peligroso?

Hawk metió un dedo en un frasco de pintura y le pintó la punta de la nariz a Sally. La mancha roja hacía que pareciese un payaso. Un payaso muy

seductor.

–Como si soltases a un tigre de su jaula –dijo Hawk con una especie de rugido de depredador.

–O como si abriese la caja de Pandora –añadió ella.

Los verdes ojos de Sally se abrieron al comprenderlo y trazó una línea amarilla en la nariz de Hawk. Parecía un guerrero temible.

La verdad era que la sangre le fluía tan ardiente y veloz como si estuviese preparándose para una batalla. Solo que no quería que Sally fuese una baja de la batalla de los sexos. De la guerra que estaba librando en su interior.

La tomó de la muñeca cuando intentó apartar el brazo.

–Jugar conmigo puede ser peligroso. Podías pensar en la posibilidad de salir corriendo mientras siga dispuesto a permitirte.

El recuerdo de sus besos era suficiente como para que se quedara clavada en el suelo.

–Soy mayorcita –le aseguró en un susurro gutural.

Recorrió el brazo de Hawk con la mano libre y se lo embadurnó de pintura. La sensación de la pintura despertó en él unos anhelos masculinos que había reprimido hacía mucho tiempo. No necesitó más autorización que el deseo que vio reflejado en los ojos de Sally.

Hawk tomó entre los dedos el último botón de la camisa de Sally, lo abrió y le pintó de amarillo la base del cuello. El pulso de Sally se desbocó.

–¿Estás segura?

–Afirmativo.

Sally tomó la poderosa mandíbula de Hawk entre sus manos y lo besó. Tenía los labios firmes y cálidos. La lengua hambrienta. Se apartó abrasada por el calor de su necesidad. En lugar de recomponerse, acarició la imponente cabellera negra y se abandonó a la sensación de ser devorada por el fuego del deseo.

Hawk tomó el segundo botón, pero se dio cuenta de que no tenía paciencia para abrirlos todos de uno en uno y los arrancó como si fueran corchetes. Oculto por la holgada camisa había un sujetador de encaje que

daba forma a los pechos más hermosos que había visto en su vida. La respiración entrecortada de Sally hacía se subieran y bajaran de una forma irresistible. Hawk volvió a introducir el dedo en un frasco de pintura y lo pasó por el contorno de los pechos. Sally temblaba. Él se inclinó y lamió los pezones a través del sujetador que los apresaba.

Sally gimió al oír que Hawk decía que era hermosa. Sabía que no podía fiarse de los halagos dichos como producto de la pasión, pero le gustó oírlo. No era una virgen timorata, pero hasta ese momento, sus experiencias sexuales habían sido escasas y un poco raras. Nunca había estado tan cerca del cielo. Hawk tenía la cabeza entre sus pechos y la hizo gemir cuando soltó el cierre con los dientes.

Sally se tumbó y arrastró a Hawk con ella. Había pintura por todos lados. Hawk se irguió para rezar en ese altar. Pensó que esa debía ser la forma en que Dios quería que se mirase el cuerpo de una mujer. Redondeado, voluptuoso, acogedor. Recorrió con los dedos el torso de ella hasta detenerse en el botón de los vaqueros.

–Lo siento –dijo ella con una sonrisa temblorosa–. Después de todo vas a tener que enseñarme algo sobre cómo pasarlo bien.

–No prometo nada –dijo Hawk en un susurro.

Sally no estaba para charlas y se quitó ella misma los vaqueros.

–¿Serviría de algo decir que no busco una unión duradera sino un corazón desvalido?

Eso era mucho pedir para un hombre como Hawk que tenía el corazón blindado. Sally alejó los vaqueros y las diminutas bragas. Al darse cuenta de que estaba completamente desnuda con un hombre vestido de rodillas entre sus piernas, se incorporó y le tomó de la camisa. Hawk estaba deseando ayudarla a desvestirle. Se quitó los pantalones y los calcetines y los arrojó lejos. Sally le bajó los calzoncillos y lo tumbó de espaldas.

–Me toca a mí –dijo Sally con un tono de voz tan profundo que no lo reconoció como suyo.

Empleando el torso de Hawk como lienzo pintó un arco iris salpicado de pelos. Era como una escultura griega de carne y hueso, era un tributo glorioso a la belleza mortal. Sally pagó su tributo con las manos y los ojos. Hacía mucho tiempo que Hawk no hacía el amor. Desde mucho antes de la muerte

de Lauren, y nunca lo había hecho de una forma tan desinhibida.

Le besó todo el cuerpo, abandonándose al placer de sentir el roce de los cuerpos embadurnados de pintura. La colocó debajo de él, pero descubrió que era muy difícil mantenerla quieta en un sitio. Habían empezado sobre la madera, pero cuando Hawk consiguió apartar las piernas de Sally con sus rodillas estaban sobre la alfombra. Ajenos a las rozaduras, se agitaron hasta que se fundieron en cuerpo y alma.

Sally jadeaba cuando él entró en ella. A ella le había parecido enorme en ese estado de excitación, tan grande que llegó a temer que la hiciera daño, pero estaba tan húmeda y receptiva que todos los temores resultaron infundados. El placer fue tal que tapó cualquier rastro de dolor que, seguramente, le quedaría como recuerdo de que la habían amado intensamente. Ninguno se dio cuenta de la mesa que cayó arrastrada por la pasión. Una lámpara y algunos marcos de fotos se estamparon contra el suelo. Sally no podía dejar de gritar cada vez que él la llevaba hasta el borde del éxtasis y podía ver el gesto de satisfacción en el rostro de él cuando sentía en sí mismo el clímax de ella. Tembloroso, acabó por derramar todas sus esencias dentro de ella mientras decía el nombre de Sally como una letanía. Sally, que había sentido más placer que el que creía que podía sentir una mujer, lo acogió entre los brazos y en el corazón.

Estaban completamente pintados. Tenían pintura en el pelo y entre los muslos. Las paredes y el suelo estaban pintados; incluso había algunas manchas en el techo. A Hawk no le importaba lo más mínimo, aunque hubiese sido el primero en quejarse.

–Prepararé una ducha, acompáñame –le dijo Sally.

Sally recogió la camisa y la extendió delante de ella. Por primera vez desde que la pasión se apoderó de ellos, se acordó de los niños. ¿Qué pensarían si entraran en ese momento y les pillaran desnudos y sentados en el suelo?

–Espera un segundo –dijo ella.

Se puso la camisa y se agachó para recoger la lámpara. En el suelo había una fotografía. La cara de Lauren la miraba acusadoramente desde detrás de un cristal roto.

Sally sintió una punzada de culpabilidad y de resentimiento.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

¿Cómo podía alguien tan vulgar como ella competir con tanta perfección?

–Cállate –le dijo a esa cara mientras la dejaba boca abajo.

Dicho eso se unió a Hawk para limpiar todos los rastros de la flagrante indiscreción.

Capítulo Siete

Limpiarse resultó casi tan divertido como ensuciarse. Después de comprobar que los niños seguían durmiendo la siesta, Sally se metió en la ducha con Hawk. A él le gustaba el agua caliente. Las duchas calientes e interminables eran otro de los lujos a los que se tendría que acostumbrar ella. Tenían ventajas muy claras sobre los baños en el riachuelo que se daba. Se untó las manos con un jabón espumoso y aromático y limpió la pintura de los rincones donde no llegaba Hawk.

–Tú me limpias la espalda y yo te limpio la tuya –dijo él con una voz tan cálida como el agua de la ducha.

Sally se sintió feliz de tener que cumplir esa obligación y recorrió toda la musculatura de Hawk con las manos enjabonadas. Una vez limpia la espalda, le pasó las manos por debajo de los brazos y se abrazó a él. Notó los músculos pectorales duros y perfectamente marcados debajo de la mata de pelo. Le restregó el cuerpo contra la espalda mientras él gemía complacido por el contacto con los pechos y el vello púbico.

El agua caliente había aliviado el dolor que Sally había sentido en los músculos y entre los muslos, pero el contacto con Hawk era más curativo. Al comprobar el placer que él sentía al enjabonarle los pechos, Sally agradeció, por primera vez en su vida, que la naturaleza hubiese sido tan generosa. Siempre había deseado tener una figura esbelta y delicada como la que mostraba Lauren en las fotografías. Sally había maldecido muchas veces ese botón de la camisa que parecía que iba a saltar. En ese momento no envidiaba a nadie y se estremecía por otros motivos. Se sujetaba a la alcachofa de la ducha para mantenerse estable mientras Hawk jugaba con sus pezones y conseguía que se endurecieran. Parecía dispuesto a que alcanzara otro orgasmo antes de salir de la ducha. Sally se dejó caer dentro de la inmensa bañera, exhausta y entregada. El agua caía sobre ella como una cascada de vapor. Hawk cerró el grifo y la tomó en brazos.

–Eres la mujer más extraordinaria que he conocido en mi vida.

Esas palabras estuvieron a punto de conseguir que se desmayara.

–Eso lo dices porque he sucumbido fácilmente a tus encantos, canalla –

le susurró ella al oído.

Hawk se rio. Sally esperaba que no hubiese interpretado que era una mujer fácil. Nada más lejos de la realidad. Había tenido pocas experiencias sexuales y muy distanciadas entre sí. La primera fue con un batería de diecinueve años que fue el primero en prestarle una atención verdaderamente romántica y en enseñarle que el sexo no implica necesariamente amor. Cuando el grupo dejó el pueblo y ella se quedó con la sensación de ser fácil y haber sido utilizada, se prometió ser más selectiva en el futuro. La última fue con un cliente muy generoso con las propinas que le había defendido galantemente cuando otro cliente le había dado un pellizco en el trasero que hizo que tirara la bandeja llena de pedidos. Sally se enteró más tarde de que el valiente caballero tenía mujer e hijos en Seattle.

Sally rezó para que hubiera cambiado la pauta de relaciones destructivas mientras se dejaba envolver por la toalla más grande, mullida y blanca que había visto en su vida. Al abrir la puerta del cuarto de baño vio a Sarah que se dirigía hacia el vestíbulo. Si bien era una especialista contando historias, no quería verse en la situación de tener que explicarle por qué salía del dormitorio de su padre vestida con una toalla.

–Si me esperas en la cocina te prepararé una merienda –gritó ella.

–Muy bien –contestó la niña.

Ojalá todo lo relativo a Hawk fuese tan fácil de arreglar. Al ver que él había recogido todo el desorden del cuarto de juegos, no pudo evitar pensar que además de querer hacer desaparecer todo rastro del apasionado episodio también quería borrarlo de su mente. Hawk se parapetó en el ordenador durante el resto de la tarde y durante la cena apenas le dirigió la mirada. Cuando terminó de cenar, se encerró en el despacho con el periódico y no quiso jugar con ellos como había hecho la noche anterior. Simulando un bostezo se despidió de ellos antes de lo normal y permitió, por primera vez, que fuese Sally quien arrojara a los niños.

Sally hizo un repaso de los daños. Si bien eran abundantes, esperaba sobrevivir gracias a su proverbial capacidad para tener fe en encontrar una relación que fuese satisfactoria emocionalmente. Sin embargo, le revolvía el estómago pensar que lo que para ella había sido el momento más glorioso de su vida era un motivo de vergüenza para él. ¿Cuándo se convencería de que los hombres prefieren las mujeres complicadas?

Hawk se enteró del artículo que había intentado leer, lo mismo que si hubiera tenido el periódico boca abajo. Le distraían las risas de Sally y los niños que jugaban a las cartas y en vez de evaluar la evolución de la Bolsa evaluaba la evolución de los acontecimientos en su vida. Había obtenido mucho de sus sacrificios y trabajo, pero el dinero tampoco había sido una solución para Lauren, que insistía en que se había casado por debajo de sus posibilidades para garantizar su flujo continuo durante el resto de su vida. Hawk, al revés que su padre, que tenía prestigio pero carecía de dinero, no tenía categoría, pero era dueño de la habilidad para hacer dinero.

Si el error de Lauren fue casarse con alguien inferior a su linaje, el de Hawk lo fue intentar comprar el prestigio que se les niega a los trabajadores. Por desgracia, la fortuna reciente de Hawk no agradaba a los amigos de Lauren tanto como lo hacía los montones de dinero heredado que esos jóvenes dilapidaban en juergas en vez de crear más patrimonio. Al oír las risas de sus hijos, Hawk se preguntaba si no habría sido más feliz si se hubiera casado con alguien menos arrogante, exigente y preocupado por lo que pensaban los demás de ellos. Alguien como Sally. Hawk quería atribuir la frescura de Sally a la edad. Había sobrevivido a un matrimonio que distaba mucho de ser perfecto y no tenía muchas ganas de embarcarse en otro inmediatamente. Le producía sudores fríos la sola idea de criar a otros hijos que no fuesen los que ya tenía.

Que esa tarde hubiese disfrutado del sexo más cariñoso y apasionado de su vida no quería decir que tuviese que perder la cabeza y empezar a soñar despierto con casarse con la mujer tan poco convencional que estaba en la otra habitación. Sabía que no le haría ningún favor. Esa criatura tan encantadora y joven no tenía el más mínimo interés en atarse a un hombre tan agotado como él. Tenía treinta y tantos años y todavía no había llegado a la cima, pero la década que les separaba parecía insuperable para un hombre que luchaba por poner orden en su complicada vida. Conociendo a Sally, sabía que querría tener varios hijos y dudaba mucho que se quisiera quedar para siempre con alguien tan vulgar como él. Lauren no lo quiso.

Hawk ya sentía una sensación de posesión cada vez que Sally estaba cerca y eso le asustaba. Dejó el periódico y volvió a la ducha. Esta vez se bañaría solo y con agua muy fría, con la esperanza de que podría disipar todos los pensamientos que había despertado en él esa criatura sensual.

Hawk se despertó antes de lo normal al oír a Sally que recogía semillas

y daba de comer a los pájaros en el jardín. Luego se sentó en una silla con un cuaderno de dibujo. Estaba preciosa a la luz de la mañana y disfrutando de una taza de café antes de empezar sus obligaciones diarias. No sabía que tuviera esas costumbres matinales, pero se prometió que se pondría el despertador más temprano si con ello podía presenciar una escena tan deliciosa. Se puso una camiseta y unos vaqueros y decidió posponer la ducha para disfrutar de unos minutos de intimidad con ella antes de que los niños se despertaran.

En el momento en el que Sally intentaba captar el rayo de luz que rozaba una manzana, un dios griego apareció ante ella. Hawk le dejó sin respiración. Estaba tan seductor con una sombra de pelo en la mandíbula como sin ella. Pero ese aire de chico malo le trastornaba. Siempre había soñado con un hombre como él montado en una Harley-Davidson.

–¿Te importa si te acompaño? –preguntó Hawk con un tono profundo que asustó a todos los pájaros.

–Puedes ser mi invitado –contestó ella mientras dejaba el cuaderno de dibujo y le prestaba toda su atención.

Hawk se aclaró la garganta mientras miraba con envidia la taza de café humeante. Era evidente que estaba nervioso porque creía que ella empezaría a hablar de la tarde que habían pasado juntos. Se adelantó.

–Tenemos que hablar –dijo él hipnotizándola con los ojos grises.

–¿Tú crees?

No estaba dispuesta a facilitarle las cosas después de cómo se había comportado al salir de la ducha. Se había pasado toda la noche dándole vueltas e intentando encontrar una veta de oro en un guijarro que había desechado. Había abandonado la idea de ser inmune a Hawk y sabía que era inútil desear que no hubiese ocurrido aquello. Suponía que había llegado el momento de la despedida, del despido, mejor dicho. Y, como se había temido, era demasiado tarde para irse con el corazón intacto. Sarah y Billy se iban a quedar en el pueblo, y su atractivo padre también. Malditos fueran por ello.

–Sí, lo creo.

Estaba tan desconcertado por la indiferencia de Sally que, por un momento, pensó que había soñado todo lo que había ocurrido, pero podía recordar cada curva del cuerpo de esa mujer contra el suyo como si lo

estuviese sintiendo en ese momento.

–¿Debo disculparme? –preguntó Hawk mientras intentaba reprimir el deseo de arrancarle la ropa y volver a vivir la locura del día anterior sobre los tablones que tenían bajo sus pies o en la piscina de agua caliente que tenían a su lado o allí donde ella quisiese entregarle ese cuerpo voluptuoso.

–Espero que no– respondió ella secamente y preparándose para las excusas de rigor.

–No debí aprovecharme de ti de esa manera –continuó Hawk sin dejar de mirarla–. Eres joven e influenciable. Me comporté mal.

Ella sonrió ante una actitud tan caballerosa.

–No soy Lolita precisamente, si es lo que quieres decir, y tú no eres un anciano que intenta vanamente conservar la juventud.

Sally se negó a que el gesto de sorpresa de Hawk le impidiera decir lo que pensaba. Lo que iba a decir le podía costar el puesto, pero no estaba dispuesta a que ese hombre hiciese suposiciones falsas sobre ella. Si había algo que no soportaba era que la gente supusiera que era tonta por su edad.

–Soy muy madura para tener veintiún años y llevo cuidando de mí misma desde mucho antes de que este estado lo permitiera según su sistema legal. De modo que, si crees que te has aprovechado de una colegiala estúpida que espera una proposición tuya, estás muy equivocado. Sé que estás pasándolo mal por la muerte de tu mujer y respeto los sentimientos que tienes por ella. Tampoco voy a negar que disfruté de cada segundo que pasamos juntos ayer. Intensamente, si quieres que te diga la verdad, y volvería a hacerlo si tuviese la más mínima ocasión. Es más, yo intentaría darle una oportunidad a la relación. Creo que no estamos hechos el uno para el otro, pero tampoco estoy preparada para renunciar tan pronto. Naturalmente, comprendo que puedo resultarte incómoda, de modo que si quieres despedirme quedaremos como amigos.

Por un momento, Hawk pensó que iba a estrecharle la mano. ¿De dónde había salido una mujer con unas ideas tan extravagantes? Su descaro estaba muy lejos de las estiradas convenciones a las que había estado sometido hasta entonces. Quizá hubiese subestimado su papel en todo lo que había llevado al apasionado encuentro. Desde luego no pensaba despedirla. Iría contra su sentido de la decencia y sus hijos no se lo perdonarían.

–Eres una mujer admirable –dijo intentando tranquilizarse–. Por supuesto, tienes el trabajo mientras lo quieras.

Casi le preocupaba que Sally no se considerase hermosa, como lo hacía que creyera que no se merecía de él otra cosa que un revolcón en el granero. También daba por supuesto que si la situación se presentaba en las mismas condiciones a cualquiera de sus compañeros varones, a ninguno de ellos le parecería tan inmoral como le parecía a él. Sin embargo, Sally tenía razón en una cosa: no estaba preparado para volver a hincar la rodilla y cometer el mismo error dos veces.

Era discutible que él se abriera alguna vez y le hablara sobre su desconfianza en el sexo contrario, por no mencionar de su inseguridad por la forma en que le había utilizado Lauren. En ese momento salió Billy frotándose los ojos y buscando el desayuno. Él, como los pájaros, también quería que Sally lo alimentara.

–Tú termina el dibujo, hoy preparo yo el desayuno.

Sally, verdaderamente emocionada por el ofrecimiento, se recriminó a sí misma ser tan necia.

El desayuno resultó ser un poco de leche fría con cereales y unas tostadas, pero el gesto había sido digno de agradecer.

El día era precioso, uno de esos días que invitan a estar fuera, a disfrutar del sol, las flores y la compañía de la gente. Sally estaba a punto de tirar el periódico a la basura cuando algo le llamó la atención. Se había olvidado de que era el Festival Anual de las Ranas en Deer Valley, un pueblecito cercano donde casi todos trabajaban en una acería. Todos esos trabajadores estaban plenamente convencidos de que para que sus hijos tuvieran un porvenir mejor que el suyo necesitaban una buena formación. Sin embargo, la escuela no se podía permitir actividades fuera del programa con sus propios recursos, por lo que todos los años se juntaban para conseguir fondos con algún objetivo concreto. Ese año sería hacer obras en el gimnasio y, si quedaba algo, comprar un marcador nuevo. No en vano, los Deer Valley Wranglers habían estado a punto de ganar el torneo estatal de baloncesto el año pasado y toda la comunidad estaba muy orgullosa.

Desde hacía diez años, el Festival Anual de las Ranas era una de las atracciones favoritas de los lugareños y de los turistas. Otros años Sally había estado de voluntaria en distintas casetas. Sería divertido disfrutar de las fiestas

como participante esa vez. Cuando preguntó a los niños si les gustaría acompañarla, respondieron que sí muy divertidos. No se podían imaginar lo que ofrecía un festival de ranas, pero iban a disfrutar mucho después de haber pasado un día encerrados en casa.

Hawk decidió invitarse a sí mismo ya que nadie se acordaba de él. No le importó que los niños le miraran como si se hubiese vuelto loco. Estaba cansado y aburrido de pasar cada segundo del día trabajando y necesitaba un descanso. Además, le horrorizaba la idea de pasar otro día solo en casa hablando con amigos electrónicos mientras sus hijos pasaban otro día de excursión con Mary Poppins. Por no hablar de la curiosidad que le producía la sugerencia que había hecho Sally sobre dar una oportunidad a su relación. No le sorprendía que esa vez se dirigiera a un festival de ranas, hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que cualquier destino que ella eligiera sería mágico.

Capítulo Ocho

El Décimo Festival Anual de las Ranas se celebraba en el parque de Deer Valley. El parque era poco más que un solar vacío con algunos juegos para niños bastante estropeados. Sin embargo, tenía un aire festivo con las casetas de colores y los carteles hechos a mano que anunciaban todo tipo de productos. En la entrada había un panel en el que se daba el horario de los distintos acontecimientos.

Hawk compró un puñado de boletos y siguió a Sally a la caseta central donde estaba a punto de empezar la célebre carrera de ranas. Los participantes apostaban por su batracio favorito y se colocaban alrededor de un círculo pintado en el suelo. Desde allí animaban a su rana para que fuese la primera en saltar fuera de los límites. Hawk apostó doce billetes a la Rana de Patas Ligeras, mientras que Sally lo hizo por Fuerza Anfibia. Sarah eligió a Polly Wog y Billy a Jeremías, la Rana Toro. Polly Wog derrotó por media cabeza a Pipirrana y de premio dieron una tarta de grosellas hecha en casa para sus seguidores. Los vencedores se sentaron en una mesa cercana para disfrutar de su botín. La tarta estaba tan maravillosa como el día. Cuando terminaron, los niños, con las caras más moradas que blancas, se fueron a jugar a los columpios y prometieron que volverían en cuanto lo dijese su padre.

Sally se estiró en el banco y se dio unas palmadas en el estómago. Las nubes eran rostros de dioses bondadosos que se complacían de ver cómo los humanos dejaban por una vez sus preocupaciones cotidianas para concederse un poco de diversión. Sally parecía estar en casa, iba vestida con los vaqueros cortados y una camiseta de un festival anterior con todo tipo de ranas disparatadas.

Los niños volvieron, sin que nadie les llamara, ansiosos por demostrar sus habilidades en otras casetas. Todo el mundo parecía conocer a Sally. Hawk estaba impresionado de su naturalidad y de su memoria para acordarse de caras y nombres; hasta que un fornido muchacho se acercó por detrás y la levantó del suelo.

–¡Buzzzz! –gritó ella.

A Hawk le pareció que era un nombre muy apropiado para un tipo que llevaba un sombrero de rana toro que le daba un aspecto ridículo. Además de

ser joven, divertido y sin la carga de las preocupaciones que le abrumaban a él. Mientras Sally les presentaba, él se preguntaba si habrían salido juntos en el pasado. Se sintió amenazado por esa posibilidad, aunque no tuviera fundamentos racionales.

–Necesitamos a alguien en la caseta de los besos –le dijo Buzz a Sally con un guiño. Parecía como si pasara por alto intencionadamente la presencia de Hawk–. Y puesto que conozco personalmente el valor de tus besos, esperaba que no te importara ayudar a la causa.

Hawk intervino cuando observó el amistoso puñetazo que Sally le dio en el hombro.

–Ciertamente le importa bastante –dijo con un tono gélido.

«A mí me importa mucho», se corrigió mentalmente. Avergonzado de haber hablado por Sally como si ella no fuese capaz de pensar por sí misma, se preguntó qué había en la actitud juvenil y arrogante de Buzz que le provocaba esos deseos de estamparle un puñetazo en su sonriente rostro. Buzz, como si hubiera leído el pensamiento de Hawk, susurró algo en el oído de Sally.

–¿Por qué no te deshaces de ese viejo y te acercas al lago esta tarde? Vamos a llevar un barril e irán muchos de tus amigos del instituto. Phoebe va a ir.

Hawk pensó que la sutileza no era uno de los fuertes de Buzz y que el jovenzuelo quería que le oyeran. No quería ni comentar por qué le resultaba tan perturbador que Sally acudiese a una fiesta con sus amigos del pasado. Quizá fuese egoísta, pero tenía la remota esperanza de que ella prefiriera pasar la tarde cuidando a los niños y en su compañía. Por otro lado, era injusto que él esperara que una mujer joven y hermosa renunciara a una tarde con gente de su edad a cambio de prolongar una relación sin porvenir con él.

–Estaré en la catapulta de globos si quieres encontrarme más tarde –añadió Buzz elevando la voz más de lo que era cortés–. Ha sido un placer conocerle –dijo a Hawk como si se hubiese dado cuenta de su existencia de repente.

–Lo mismo digo –replicó él secamente.

Hawk se sintió muy animado, no sabía si porque le habían hablado de usted o por el aire festivo. Recorrió todas las casetas, con Sally pegada a su

lado y con los niños disfrutando de todo lo que querían: galletas con forma de ranas, cometas como ranas, sombreros de ranas y zapatillas con membranas. Incluso les compró unas ranitas. Los pobres animalitos, más pequeños que un dedo pulgar, estaban metidos en frascos con las tapas agujereadas. No quería ni pensar lo que harían los gatos en cuanto los vieran.

Cuando llegaron a la catapulta de globos, Hawk ya había demostrado su fuerza al hacer que sonara una campanada después de haber dado un martillazo en una plataforma con cara de rana, lo cual le daba el título de rana toro. Mientras recogía el trofeo, vio cómo Buzz llamaba a Sally a su caseta. Ella pagó el precio de cinco boletos para tener el privilegio de que él la empapara con unos enormes globos llenos de agua. Cuando cambiaron los papeles, sus proyectiles se quedaron cortos y Buzz, muy sonriente, siguió tan seco como estaba al principio. Sally aseguraba que había sido por diversión y que Buzz le había agradecido mucho que promocionara su caseta. Hawk pensaba que el pervertido de Buzz había organizado un espectáculo de camisetas mojadas a costa de Sally y que ella no se daba cuenta de lo increíblemente hermosa que estaba con el rostro radiante y la camiseta pegada a sus voluptuosas curvas.

Hawk se empeñó en jugar también a la catapulta de globos y enfrentarse a Buzz con un arsenal de proyectiles.

–Déjame que le demuestre de lo que es capaz un viejo.

No falló ni un disparo y alcanzó a su desventurado adversario tres veces de tres intentos. Él, por su parte, consiguió esquivar dos de los tres proyectiles que le arrojaron. Los niños saltaban felices de que su padre hubiese vencido en el combate, pero también de que estuviera mojado. Sally encabezó los aplausos mientras los empapados guerreros hacían una reverencia al público.

Cuando Hawk miró a la caseta del beso de la rana, observó que Buzz tenía razón cuando dijo que todos los hombres disponibles no mostraban ningún interés. Algo que no podía sorprender a nadie si se tenía en cuenta la doncella con cara de cardo que les esperaba dentro. Se sintió culpable por sus pensamientos tan poco caritativos y arrastró a Sally hasta allí, luego depositó todos los boletos que le quedaban y un billete muy considerable en el cubo. Esperaba que Buzz estuviese mirando.

–Recuerda que es por solidaridad –le dijo.

La agarró y le dio un beso de película que la dejó temblando. La falta de

intimidad no hizo que ese beso demasiado público perdiera la más mínima intensidad y consiguió que la tierra, de repente, girara en sentido contrario. Sally perdió la noción de la realidad. Fuera en público o en privado, siempre le parecía que los besos y la presión del cuerpo de Hawk contra el suyo eran insuficientes. La pasión que pudo observar en los ojos de Hawk hizo que su corazón se llenara de esperanza.

Sally, por su parte, escudada en la posibilidad de que pareciera que era un juego para el público, respondió al beso con toda su alma. Abrió la boca e introdujo la lengua hasta casi desmayarse en los brazos de Hawk. Esperaba, confusamente, que Hawk no lo considerara un caso de solidaridad.

Desde luego, la muchedumbre no lo hacía.

–¡Maldita sea! –gritó alguien–. ¡No ha funcionado, princesa, sigue siendo una rana!

–Yo pagaría un dólar por un beso como ese –comentó otro.

Una mujer, que solo podía ser su mujer, le pegó un codazo en el costado. Sally sonrió amablemente después de la actuación. Nadie se daría cuenta de que ella se sentía más como una rana que como una princesa. Era una realidad que él estaba fuera de su alcance. Las niñeras que vivían en cabañas sin agua corriente ni electricidad solo se buscaban problemas si pretendían cambiar de posición social mediante algo tan voluble como el amor. Solo podían confiar en el trabajo y en adquirir conocimientos.

Nunca se había imaginado que sería tan difícil deshacerse de las fantasías que le habían ayudado a sobrevivir durante la infancia. Seguía prefiriendo ser como Don Quijote que veía la vida como debería ser y no como era. Sin embargo, en ese momento, se recordaba que tenía que conformarse con compartir algunos momentos agradables con Hawk y sus adorables hijos. Si asociaba sus esperanzas a los sueños de su infancia, solo conseguiría que le destrozaran el corazón.

Si tenía en cuenta que esa relación era beneficiosa para ambos, no veía la necesidad de volcar una barca que ya se tambaleaba bastante. Hawk le ofrecía la posibilidad económica de conseguir una formación y alcanzar el sueño de convertirse en una artista, por no hablar de formar parte de una familia que no la trataba solo como una asalariada.

Además, se sentía contenta de poder ayudar a Hawk para que fuese más

espontáneo y se diese cuenta de lo que era verdaderamente importante en la vida. Era como un acto de amor.

¡Amor!

Esa palabra de doble filo la tenía acorralada. Si miraba hacia atrás, solo podía decir que el amor le había roto el corazón cada vez que lo había expuesto. El amor le había parecido sospechoso desde que tuvo uso de razón. Sin embargo, llamaba a su corazón y reclamaba un lugar dentro de él y, aunque dudaba que tuviese la intención de quedarse definitivamente, tampoco tenía la fuerza de voluntad de negarle la entrada. Caminar por el Festival de la Rana de Deer Valley del brazo de un auténtico príncipe encantado hacía que creyera en hadas madrinas que harían que las personas buenas consiguieran todos sus deseos.

Los gritos de Sarah le despertaron del sueño. Al parecer, se había soltado la tapa de su frasco y la rana se habían escapado entre la hierba. La desolada niña estaba de rodillas intentando encontrar alguna pista que le dijera dónde estaba el animalito.

—¡Cuidado!, ¡no pisen! —ordenaba Sarah a cientos de pies que caminaban por allí.

La oferta de Hawk de comprarle otra rana no hizo sino aumentar la desesperación de la niña que agitaba la cabeza con furia ante tanta insensibilidad. Sally se unió a la búsqueda y el anuncio de Billy de que su rana estaba a salvo no ayudó a rebajar la tensión. Hawk también se puso de rodillas para ayudar en la operación de salvamento, aunque confiara poco en su éxito.

—No lo entiendes —gimió Sarah—. No quiero otra rana quiero a Kermit.

Era el tipo de situaciones que hacía que Hawk se tirara de los pelos. Era evidente que la niña no podía distinguir a su Kermit de cualquier otra desdichada rana que hubiese ido a caer en ese festival. También sabía que Sarah solo tenía cuatro años y medio, pero no se le ocurría otra solución que el soborno para evitar una situación que un observador pudiera calificar de maltrato infantil.

—Sé que no te va a gustar lo que te voy a decir —le dijo Sally a Sarah con un tono que era a la vez suave y juicioso—, pero quizá haya sido por su bien. A las ranas no les gusta la cautividad, como no les gusta a los demás animales

salvajes. Es posible que el destino de Kermit sea asustar a algún niño malo o encontrar una princesa que le dé un beso y le convierta en príncipe o enamorarse de una rana guapa para formar una familia feliz como la tuya.

Sarah se secó las lágrimas con una mano mugrienta.

–¿Tu crees? –dijo con un hipido.

–Sí, lo creo. Y también creo que Dios estará muy contento de saber que has dejado libre a una de sus criaturas. Estoy muy orgullosa de ti.

–¿De verdad?

Hawk intervino al percibir un posible cambio de rumbo en lo que un minuto antes parecía abocado al desastre.

–Yo también lo estoy, cariño.

Hawk miró a Sally por encima de la cabecita de su hija y le hizo un gesto de gratitud y respeto. Tenía mucho que aprender de ella, de su capacidad para evitar una catástrofe con una palabra amable y un tono delicado. Tenía que aprender a comunicarse si quería que sus hijos llegasen a ser unos adultos bien educados y con confianza en sí mismos.

–¿Yo no tengo que dejar libre a Rover, verdad? –dijo Billy mirando nerviosamente a los dos adultos.

–No, salvo que quieras hacerlo –respondió Sally.

–¡Vale!

Suspiró aliviado y apretó el frasco contra el pecho. Además, seguía en pie la oferta de su padre de comprarles un helado doble cuando Sarah dejase de llorar.

–¿Podrás volver sola a casa esta noche?, ¿o quieres que venga a buscarte? –preguntó Hawk bruscamente.

Aunque le resultaba difícil concentrarse en algo que no fuese la tensión erótica que le producía la lengua de Sally lamiendo el helado, no se había olvidado de la invitación de Buzz.

–¿De qué hablas? –preguntó ella.

La sincera sorpresa de Sally era un bálsamo para su ego pero, si por alguna remota casualidad se había olvidado del plan de Buzz en el lago y él se lo había recordado, iba a darse de cabezazos contra la pared.

–Hablo de la invitación de tu amigo Buzz para que fueras al lago después de que cerraran las casetas.

–Ah, eso...

–Sí, eso.

Estuvo apunto de añadir: «Ese mamarracho que dejó caer que había disfrutado de tus magníficos besos en el pasado. Esa repugnante y peligrosa oferta de mezclar bebida y conducción con hormonas desatadas y total falta de sentido común».

–Creo que no iré, si no te importa.

«¿Si no me importa?» Tuvo que hacer un esfuerzo por no estallar en una sonora carcajada.

–He ido a unas cuantas fiestas en mi vida y casi siempre me parecieron bastante aburridas –explicó un poco cínicamente.

La verdad era que el grado de inmadurez que solía exhibirse en ese tipo de reuniones molestaba bastante a Sally.

–Bueno, en ese caso... –dijo Hawk antes de que cambiara de opinión–. Nos podemos ir cuando quieras.

Nadie se opuso. Había sido un día completo, un día maravilloso que habían pasado todos juntos.

Hacía mucho tiempo que Hawk no se encontraba tan a gusto. No había pensado en la empresa más que un par de veces. Ni siquiera se molestó por la terrible noticia de que Rover, la rana de Billy, había protagonizado una audaz huida y estaba perdida en algún recóndito lugar del coche. Se limitó a parar en el arcén de la carretera hasta que el pobre animal volvió a su reclusión. Todos perecieron aliviados, salvo Sarah. Sostenía que Rover también tenía derecho a la libertad, como Kermit, lo que hizo que Billy sospechase que ella había sido la artífice de su liberación.

Mientras Hawk intentaba razonar con sus hijos, Sally volvió a imaginarse lo que sería formar parte de una verdadera familia. Ser una esposa y una madre.

Los rayos rojos del atardecer dieron paso al tinte púrpura de una noche de verano perfecta. Hawk, sin aviso previo, tomó la mano de Sally. Los niños estaban demasiado enfrascados en una conversación sobre la necesidad de

darle un entorno seguro a Rover como para fijarse en esas menudencias. Además, no era muy probable que les hubiese importado a juzgar por la entusiasta reacción que tuvieron a la escena del beso en la caseta. Eran felices si su padre lo era. Aunque fuese triste, pronto los niños no recordarían de su madre nada más que lo que les hubiesen contado.

Sally apretó la mano de Hawk. En cierta forma ese gesto era más íntimo que todos los besos, públicos o privados, que se habían dado. El simple hecho de entrelazar los dedos transmitía un afecto sincero al margen del sexo. No era que Sally tuviese nada en contra del sexo, era que muchas veces el acto sexual obedecía solo a una necesidad física en la que no se podía confiar. ¿Qué mujer no sabía que las promesas hechas al calor de la pasión no eran un indicador fiable de la sinceridad de un hombre?

Para ella tomarse de la mano era increíblemente romántico. Hacía que se derritiera.

Hawk soltó la mano y le pasó los dedos a lo largo de todo el brazo. Sally no sabía que algo tan inocente podía ser tan sensual. Solo sabía que los latidos de su corazón no podía pasar desapercibidos para nadie y que lamentaba ver el resplandor de las luces del rancho.

Recordaba haber dejado encendidas las luces del porche, pero aborrecía que se malgastara electricidad en otras partes de la casa. Sabía que Hawk no abordaría nunca el asunto con los niños. Prefería que crecieran sin que les faltara nada a enseñarles el valor del ahorro. Sally no estaba segura de que no fuese un error; a veces no tener algo es una motivación.

Cuando llegaron, los niños estaban dormidos en el asiento trasero. Hawk la miró y se aclaró la garganta, era una gesto que Sally empezaba a reconocer como síntoma de nerviosismo porque iba a tocar un asunto espinoso.

–Sobre Buzz... –empezó Hawk.

–¿Qué pasa con Buzz?

–Ya sé que no es de mi incumbencia, pero...

Esa repugnante conjunción se pegó a ellos como un trozo de quesoapestoso.

Hawk lo volvió a intentar.

–Es que... me preguntaba si... –se pasó los dedos por el pelo–. Ya sé que los celos no tienen sentido en una relación abierta como la nuestra, pero ese chico dijo algo que me ha tenido preocupado todo el día y creo que es mejor preguntártelo a darle vueltas una y otra vez. ¿Qué quiso decir exactamente cuando dijo que conocía personalmente el valor de tus besos?

Sally, aliviada por la nimiedad, soltó una carcajada. Hawk podía decir lo que quisiera sobre lo abierta que era su relación, pero los celos que notó en el tono hicieron que el corazón le saltara de alegría. Nunca había pensado que pudiese inspirar espíritu de posesión en nadie y se encontró en una posición de ventaja.

–La última vez que Buzz me besó –dijo completamente seria–, me tiró y, literalmente, me lo robó.

Los ojos de Hawk se ensombrecieron peligrosamente. Durante un instante mágico, ella pensó que iba a dar la vuelta para buscar a Buzz y hacerle pagar su ofensa a las mujeres.

–Si no recuerdo mal fue en primaria. Fue durante la Fiesta de mayo. Por si no lo sabes, aquí, la costumbre es que si recibes una cesta de alguien del sexo contrario tiene derecho a recibir un beso. Es la típica tradición machista. Yo me resistí a seguirla y salí corriendo todo lo rápido que pude. Buzz necesitó más de una manzana para alcanzarme.

–Pobrecito –dijo Hawk sin sentir la más mínima compasión.

No pudo evitar una sonrisa al imaginarse a Sally, poco mayor que Sarah en ese momento, obligando a todos los chicos a correr detrás de ella para recibir su recompensa.

–Me imagino –continuó Hawk– que tu padre estaría muy ocupado engrasando la escopeta para mantener a raya a todos esos gamberros.

–Lo único que mi padre hizo por mí fue marcharse.

Hawk se quedó planchado. No podía imaginarse lejos de sus hijos. Sally era tan buena con ellos que había dado por supuesto que había crecido con el ejemplo de dos padres maravillosos.

–Nunca me habías hablado de tu familia –dijo con delicadeza.

–Es porque no hay mucho que decir –replicó ella impertinentemente con la esperanza de dejar la conversación en ese punto. Sin embargo, la expresión

de desconcierto de Hawk hizo que le resumiera su penosa vida.

–Mi padre biológico nos abandonó cuando mi madre le dijo que estaba embarazada. No teníamos dinero, pero nos teníamos la una a la otra y un mundo lleno de esperanzas y sueños. Pasamos unos años maravillosos hasta que le diagnosticaron cáncer. Murió pronto y a mí me internaron en un orfanato.

Hawk no era un hombre dado a los sentimentalismos, pero notó un nudo en la garganta. Tragó saliva e intentó seguir.

–Seguro que una niña tan mona como tú no tendría problemas para encontrar una buena familia que la adoptara.

La risa amarga de Sally le indicó que no había dado en el blanco.

–Pues sí, pero aprendí mucho en todas las casas que me adoptaron para cuidar de sus hijos y hacer la limpieza gratis.

Al ver la cara de horror de Hawk, Sally intentó suavizar el tono. Lo último que quería era que sintiera lástima por ella.

–Ha resultado ser para bien. Ese aprendizaje me ha sido muy útil.

Incapaz de articular palabra, Hawk alargó una mano y tomó la de Sally. Tenía el corazón encogido de imaginarse a Sally huérfana desde tan pequeña. Tampoco quiso insistir al notar que Sally suavizaba deliberadamente los momentos más dolorosos de su pasado. Sabía que cada persona tenía su forma de asimilar el dolor.

Hawk despertó suavemente a sus hijos, se bajó del coche y le abrió la puerta a Sally. Ese gesto hizo que se sintiera como una princesa descendiendo de un carruaje de oro. Sabía lo peligroso que eran esas fantasías, pero no podía evitar mantener la esperanza.

Esos castillos de arena que se había fabricado cayeron por tierra en el preciso instante en que abrió la puerta y comprendió por qué estaban encendidas todas las luces.

Capítulo Nueve

–¡ **T**ía Frannie! –gritaron los niños sacudiéndose de encima el sueño y pasando como una bala junto a una Sally ruborizada.

Recostada en el sofá del salón, estaba la mujer más hermosa que Sally había visto en su vida. Se había hecho una imagen mucho más maternal de ella por las veces que Sarah la había mencionado en sus conversaciones. Sin embargo, esa mujer fatal le recordaba a una Cleopatra rubia recibiendo a su corte. Dejó el vaso de vino y abrió los brazos de par en par. La bienvenida de los niños expresaba el sincero afecto que le tenían.

Hawk también recibió a su cuñada con una franca sonrisa y un abrazo que a Sally le pareció demasiado largo. Estaba claro que conservaba su posición de favor después de la muerte de Lauren. Era baja, alrededor de un metro sesenta, y no llegaba a los hombros de Hawk. Quizá por eso no vio que Sally esperaba que les presentaran.

–No me estrujes, a veces los hombres tan grandes no os dais cuenta de vuestra fuerza –dijo con un tono muy femenino.

Aunque Sally no la conocía, también quería estrujarla, del cuello.

–¿Por qué has venido? –gritaban los niños muy excitados–. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Sonreía beatíficamente mientras contestaba las preguntas con un aire teatral.

–Vuestra tía Frannie ha venido para ser vuestra niñera todo el tiempo que queráis.

Sally sintió que se le revolvió el estómago. Era una crueldad que le sustituyera una criatura tan encantadora. ¿Por qué no pesaría ciento veinte kilos y tendrá una voz chillona?, ¿por qué no se quedaba en Nueva York o en París o donde demonios comprara esa ropa tan sofisticada?

¿Por qué la vida siempre le daba un revés cuando empezaba a tener esperanzas?

El anuncio de Frannie se acogió con cierta frialdad.

–¿He dicho algo que no debía? –dijo ella un poco ofendida.

–En absoluto –se apresuró a asegurar Hawk–. Es que nos sorprende verte, el Wyoming profundo no es el destino que va más contigo.

Frannie se rio.

–Desde luego que no, pero cuando me llamaste y me dijiste que la niñera se había ido, dejándote solo al cargo de tus hijos y la empresa, lo dejé todo y vine a echarle una mano.

–Eres muy amable Frannie, pero...

Billy le cortó.

–Ya tenemos una niñera, ¡se llama Sally! –dijo señalándola a ella.

Sally se acercó y, tímidamente, se limpió las manos en los vaqueros cortados.

–¿De dónde has sacado una criatura tan encantadora? –pregunto Frannie.

En ese momento, Sally se encontraba tan encantadora como una serpiente a la que habían depellajado viva. Sin embargo, extendió la mano y recibió un apretón frío y viscoso que Sally interpretó como hostilidad.

–Es Sally McBride, la joven que he contratado para que cuide a los niños. Creía haberte mandado un correo electrónico contándotelo.

Sally se sintió humillada por la descripción, no pretendía que hubiese dicho que eran amantes ni nada parecido, pero podía haberse puesto junto a ella.

Frannie agitó una mano llena de joyas.

–Me temo que se me da igual de mal revisar el correo electrónico que el convencional.

Él sonrió con indulgencia, como si fuese una niña descuidada, pero adorable.

–Sally, es Frannie, la hermana de Lauren. Ha sido una bendición para todos. Dudo mucho que hubiese sido capaz de sobreponerme a la muerte de Lauren sin su ayuda.

Tenía una mirada de gratitud que no dejaba dudas de su sinceridad.

–Por si no te lo había dicho, Fran, nunca podré pagarte todo lo que has hecho por nosotros. Que lo hayas dejado todo para ocuparte de nosotros

significa más de lo que nunca podrás imaginarte.

–¡Calla! –dijo ella.

El sonrojo de sus nobles mejillas era revelador. Estaba claro que quería algo más que gratitud. Sally se preguntaba si Hawk sería consciente de la tensión sexual que flotaba en el ambiente como electricidad estática. El asombroso parecido entre Frannie y las fotografías que había visto de Lauren era desconcertante. Se preguntaba qué recuerdos le traería a Hawk la presencia de su cuñada. Qué sentimientos le provocaría.

¿Gratitud? ¿Culpa? ¿Pena?

–Que Sally nos cuide no quiere decir que no puedas quedarte... –dijo Sarah tirando de la manga de su tía.

–No sé, cariño –dijo ella agachándose para mirar a su sobrina a los ojos–. A lo mejor molesto.

Todo el mundo, menos Sally, parecía ofendido por la idea.

–Sabes que siempre eres bien recibida. Que no estés en el mercado de la servidumbre no quiere decir que no estemos encantados de verte –la tranquilizó Hawk.

–¿Entonces no os importa que me haya presentado sin ser invitada? –su voz era una brisa sensual.

–Claro que no. Hay sitio de sobra y puedes quedarte todo el tiempo que quieras. De verdad.

Una sonrisa perfecta sustituyó a las arrugas de preocupación que surcaban su delicada frente.

–Entonces estaré encantada de quedarme algún tiempo para conocer mejor a mis sobrinos favoritos.

Los niños gritaron de alegría. Estaban felices con la declaración de su tía y ella parecía aliviada de que sus obligaciones se limitaran a ser una buena tía. Sally no creía que esas uñas perfectas fueran a entrar en el fregadero o a modelar arcilla.

–¿Serías tan amable de llevar mis cosas al dormitorio que hay junto al de Hawk? –dijo girándose hacia Sally.

La sonrisa no llegó a arrugarle los ojos y permaneció congelada durante

veinte dolorosos segundos.

Sally ardía de indignación. Le acababan de recordar abiertamente que era mera servidumbre, así que adoptó una actitud servil y agarró una de las maletas.

–¿No preferiría que le acomodase en el cuarto de invitados que hay en el vestíbulo? –preguntó amablemente–. Tiene una vista preciosa del riachuelo y del bosque de álamos.

La sugerencia mereció una condescendiente mirada de Frannie y una vigorosa negación de los rizos dorados.

–Déjame que te ayude –se ofreció Hawk.

–No me hagas favores –replicó ella entre dientes.

Hawk se sorprendió del repentino rechazo. Parecía que tenía tan poca idea de haber ofendido sus sentimientos como de que Frannie se lo estaba comiendo con los ojos. Sally sintió una punzada de culpa. Nunca en su vida se había comportado descortésmente con un invitado. Muchas veces había dicho que cuanto menor es una casa, mayor es la hospitalidad. Ella siempre había cumplido con esa máxima en su cabaña. Por eso le había sorprendido darse cuenta de que quería arrojar a tía Frannie y su equipaje de maletas italianas hechas a mano por la ventana.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Hawk cuando Sally volvió a recoger las maletas que quedaban.

–Nada –contestó ella con un tono que indicaba lo contrario.

Hawk la agarró del brazo.

–¡Cómo que nada!

Sally se soltó, se puso en jarras y adoptó una postura belicosa.

–¡Quizá prefieras que meta las cosas de su alteza en tu cuarto para que te ahorres tener que dar diez pasos!

Sally comprendió que de no haber sido mujer la habrían machacado en ese instante.

–Un comentario tan vil es impropio de ti.

La voz era gélida y la mirada impenetrable. Ella había notado que desde que vio a su cuñada, Hawk había empezado a hablar más pomposamente. Él

estaba tan herido y perplejo por la explosión de Sally como lo estaba ella por la intromisión de Frannie.

–Quiero que sepas –continuó él– que esa mujer ha venido aquí para ayudar a esta familia. Estuvo día y noche junto a la cama de Lauren cuando estuvo hospitalizada y nos dio consuelo y ánimo a todos nosotros. Se ocupó del bienestar de Billy y Sarah y les ayudó a superar el momento más trágico que pueden vivir unos niños.

Ella comprendió el mensaje como nadie lo podría haber hecho. Recordaba cuánto habría necesitado un amigo o un familiar cuando murió su madre. Hawk no hizo caso de la expresión de dolor de Sally.

–Tu comentario no solo es impropio de una señora, también es completamente infundado. ¡Por el amor de Dios!, ¿qué opinión tienes de mí para sugerir que tendría una aventura con la hermana de mi difunta mujer?

Sally dio un paso atrás, nunca había visto tan furioso a Hawk. La culpa se adueñó de ella. Debía una disculpa a Hawk, pero no iba a reconocer que estaba equivocada. ¿No podía comprender lo doloroso que resulta que te arrinconen como un periódico del día anterior cuando llega la flamante edición recién salida de la imprenta? Parecía destinada a tener que soportar una y otra vez la presencia de esas rubias con ojos azules. Si nadie había pasado por alto sus pecas y pelo rojo, menos aún lo haría William Fawson Hawk III.

Sally intentó tragar el nudo que tenía en la garganta.

–Su servidumbre ha recibido una merecida reprimenda por su impropio comportamiento –dijo ella antes de pasar a la sinceridad–. No pretendía recordarte a tu mujer ni sugerir que tengas nada con ella. Seguro que es una persona encantadora.

A pesar de sus palabras, Sally tenía una antipatía inevitable hacia esa mujer. Le parecía que hablaba con suficiencia, tenía una actitud condescendiente y, a pesar de lo que dijera Hawk, le gustaba ser el centro de atención. Podía comprobar que Hawk estaba sinceramente perplejo por su cambio de humor y le habría gustado explicarle que eso era una guinda muy amarga para lo que había sido el día más feliz de su vida.

Había sido una ingenua. Los ricos se casan con los ricos y los pobres, si tenían suerte, podían servir la tarta. Aunque Hawk era inflexible sobre su falta

de interés en unirse sentimentalmente con su cuñada, ella podía ver el brillo en los ojos de Frannie y sabía que esa depredadora rubia no rechazaba la posibilidad.

–Esta podría ser una buena ocasión para revisar mis funciones –dijo Sally secamente intentando evitar que se le desbordaran las lágrimas–. ¿Debo ser la doncella personal de tía Frannie además de la niñera de Billy y Sarah?

Hawk estaba atónito. De repente, sus ojos habían perdido la mirada de furia. Se dibujó una sonrisa en su rostro y levantó la orgullosa barbilla de Sally con un delicado gesto de la mano.

–¿Se trata de eso? –preguntó aliviado–. No eres la sirvienta de nadie, Sally. Creí que sabías que eres parte de esta familia.

Las lágrimas se negaron a seguir las órdenes de Sally y se derramaron por las mejillas.

–Y como tal –le dijo mientras besaba las lágrimas–, espero que trates a Fran como lo harías a un familiar tuyo. Sé que puede ser un poco difícil de tratar en ocasiones, pero tiene un buen corazón.

–¿Cómo podría tratarla como a un familiar si no tengo ninguno? –preguntó ella pedantemente.

–¿Ninguno?

–Siempre he soñado con formar parte de una familia de verdad, no ser como un tronco que va flotando en adopción de casa en casa –sonrió ligeramente–. Quizá podamos aprender a tolerarnos si me la imagino como a un familiar excéntrico con aires de grandeza. Eso si me prometes que le explicarás que no he venido a este mundo para estar a su disposición.

Hawk sonrió y la abrazó.

–¡Prometido!

Hawk sintió el repentino deseo de proteger a ese espíritu rebelde de un mundo demasiado cruel. Ella estaba colgada de su cuello y apretaba sus curvas contra él. Hawk reaccionó, involuntariamente, de una forma netamente masculina que hizo que el deseo y la esperanza renacieran en el corazón de Sally.

–Hueles a verano –comentó él mientras le olía el pelo.

La fragancia de ámbar gris que se había puesto en las muñecas esa

mañana evocaba la orilla del mar en verano. Como lo hacían esos ojos verdes que brillaban al ver que él bajaba la cabeza. Sally, con un suspiro, separó los labios.

–¿Qué te retiene, Hawk? –se oyó decir a una meliflua voz que venía de la habitación de al lado.

Sally abrió los ojos de golpe al notar que Hawk se ponía rígido. Frannie no habría conseguido un resultado mejor si le hubiese tirado un cubo lleno de hielo.

–Ya voy –contestó Hawk contento por haber reestablecido la paz en su hogar. Dio a Sally un casto beso en la frente y se soltó del abrazo.

–No te preocupes. Te prometo que esta noche tendré una pequeña conversación con Frannie.

–Acostaré a los niños y tendrás dos ocasiones para hacerlo –se tragó el orgullo y sonrió.

–¿Ya tenemos que irnos a la cama? –preguntaron los niños unos minutos más tarde.

Sally zanjó el asunto con lo que consideraba un compromiso aceptable.

–Sí, tenéis que iros a la cama, pero mañana podéis despertar a la tía Frannie después de que hayáis descansado.

Esperaba que su alteza estuviese acostumbrada a despertarse poco después del amanecer. Los niños, satisfechos, le permitieron que les leyera un cuento y que rezara con ellos.

Cuando se acostó, estaba agotada. Hawk y Frannie seguían enfrascados en una conversación y en una botella de vino que había traído ella. La pequeña conversación duraba horas. Para Sally era una tortura tener que estar en la cama escuchando sus voces que a veces se interrumpían por unas carcajadas que hacían que quisiera enterrar la cabeza debajo de la almohada para alejar todos sus temores ancestrales.

Capítulo Diez

Le habría resultado más fácil quitarle el polvo a la Estatua de la Libertad que tratar con la tía Frannie. Después de un mes en Red Ranch, Sally se encontraba como en casa, pero la nueva invitada parecía dispuesta a que no se sintiese tan segura. Al parecer, su máximo interés era poner a Sally en su sitio, fuera detectando la más mínima mota de polvo, pidiéndole un trato especial con las comidas o cuestionando sus métodos con los niños.

–¿Serías tan amable de hacerme un café con crema de avellana? Descafeinado, claro, con una pizquita de nata batida encima –le pidió Frannie cuando se levantó.

Los niños habían despertado a su tía al alba. Sally sospechaba que no estaba acostumbrada a ver los rayos del sol antes de bien entrada la mañana, pero tampoco estaba enfadada con sus sobrinos por haberle interrumpido su descanso. En realidad, cuando una hora más tarde salió de su dormitorio parecía recién sacada de una revista de sociedad. El pelo rubio le caía como una cascada sobre los hombros. Sally se preguntaba si se lo había aclarado o era natural.

–Estaré encantada de traerte una taza de café que ha sobrado del desayuno –dijo Sally mientras dejaba el libro que estaba leyendo a los niños.

Entró en la cocina y volvió un minuto más tarde con un café, un cartón de leche y un bollo calentado en el microondas. Frannie arrugó la nariz como cuando Hissy Face mostraba su enfado.

–Gracias, querida –masculló.

Dio un pellizco al bollo e hizo un gesto despectivo al café.

–De nada.

Imaginársela como un pariente al que no veía hacía mucho tiempo no le impedía desear estrangular a esa mujer. Había cambiado el salto de cama de París por lo que Sally creía que se podría calificar como: ropa que te pones cuando no tienes nada mejor que hacer que vagar un rato. Estaba claro que esa mujer tenía una debilidad especial por la seda. Ese leve material amarillo le recordaba a las alas de las mariposas. Le habría encantado tocarlo con sus manos, pero temía que sus bastos dedos lo desgarraran. Sus atuendos era una

vergüenza en comparación. Además de los pantalones cortos, tenía camisetas y jerséis que había usado todos los días en lugar del uniforme que parecía esperar la invitada. También tenía dos vestidos para las ocasiones muy especiales. Para dormir, se ponía una camiseta muy grande.

Frannie dejó el desayuno y tomó el libro que estaba leyendo Sally.

–Si no te importa colgar mis cosas, yo seguiré por donde lo has dejado – dijo Frannie con un gesto despectivo de la mano enojada.

Le importaba, y mucho, pero no dijo nada que pudiera indicar cuánto le dolía ver a los niños subirse a ese regazo de seda. Lo que no se podía negar era que Frannie sentía un afecto sincero por ellos. Sally no podía privarles de eso.

Tardó más de una hora en doblar y colgar toda la maravillosa ropa que había llevado Frannie. No se podía imaginar dónde pensaría usar un vestido de noche plateado con lentejuelas en Backwater. La etiqueta indicaba que no lo había estrenado y que costaba más de lo que Sally podía soñar en gastarse en un armario completo.

Más tarde, preparó las comidas para el *picnic* con los niños con la esperanza de perder de vista un rato a su tía. Sally se quedó planchada cuando Frannie se ofreció para que «disfrutara de un rato sin nada que hacer», lo que quería decir que ocuparía su lugar. Parecía dispuesta a jugar y ensuciarse con los niños y se había cambiado las sedas por unos pantalones y un jersey de angora. Hawk fue con ellos al riachuelo mientras Sally se llevaba los emparedados a su cuarto, donde añadió una reina perversa a un cuadro que estaba pintando. No era casualidad que fuese rubia y esbelta.

La cena fue un asunto bastante complicado. Frannie insistió en que Sally pusiese la mesa del comedor en vez de cenar en la cocina como habían hecho hasta entonces. También estaba dispuesta a utilizar la porcelana que estaba, lamentablemente, guardada en una cómoda antigua y llena de polvo.

–¿Por qué guardarla para un día lluvioso? –preguntó agitando los brazos como si estuviese tirando confeti. Todos los días eran festivos si estaba tía Frannie–. Para nosotros, la presentación es tan importante como la comida en sí –le dijo a Sally.

–Mmm –respondió Sally dando por supuesto que el plural nosotros se refería a Hawk y ella–. Para mí, se trata de tener algo que comer.

Frannie la miró espantada. Durante toda la cena la tuvo de acá para allá, llevando y trayendo cosas que eran fundamentales para la presentación.

–¿Sabes lo que te digo, querido? –le dijo Frannie a Hawk–. Si no tienes cuidado, Billy y Sarah van a convertirse en unos bárbaros.

La palabra querido le atravesó el pecho como si le hubiesen clavado el cuchillo que Hawk estaba usando para cortar el asado. Ella jamás había tenido tantas ganas de arrancarle el corazón a alguien. En un principio había pensado hacer un guiso, pero Frannie se mostró tan horrorizada con la idea de tener que comer ese plato de campesinos que Sally accedió a preparar algo más adecuado.

–No es que este sitio me parezca aburrido. Tu casa es de lo más encantadora, Hawk, de verdad. Ahora que la he visto con mis propios ojos, sinceramente, entiendo que hayas decidido traer a tu familia a un lugar tan idílico. Solo me preocupa que en un sitio tan aislado los niños puedan perder esos conocimientos sociales que Lauren se esforzó tanto por inculcarles.

A Sally le chirriaban los dientes. ¿Quién era ella para decir que los niños pronto tendrían que ir al colegio y mezclarse con otros niños de otras clases sociales? Agradeció a Hawk que hiciese una observación parecida.

–¿Uno colegio público? –a Frannie casi se le cayó la copa de vino–. No es posible que hables en serio.

Hawk arqueó una ceja.

–¿Te tranquilizaría saber que yo me eduqué en un colegio público?

En vista de que solo recibió una delicada tos por respuesta, Hawk hizo lo posible por tranquilizarla.

–¿Te tranquilizaría saber que buscaré algún colegio privado?

Sally tenía la sensación que lo único que tranquilizaría a Frannie era un internado exclusivo que estuviese muy, muy lejos. Aunque estuviese furiosa por la conversación, también era consciente de que no era nadie para participar en ella.

–No hace falta que te recuerde que podrías vender la empresa, disfrutar del fruto de tu trabajo y vivir muy cómodamente sin los dolores de cabeza que supone tanto trabajo.

Hawk empezó a agitar la cabeza, pero Frannie lo detuvo con un gesto

antes de que empezara a darle las mismas explicaciones de siempre.

–Lo sé, lo sé, el trabajo da sentido a la vida y todo eso. Si estás dispuesto a quedarte aquí, tengo una propuesta. Me gustaría ser útil, poder pagar mi estancia con alguna pequeña contribución.

Sally contuvo la respiración. Ya era bastante complicado tratar a esa mujer en su papel de invitada. No quería ni pensar lo que sería compartir algún trabajo con ella.

–Me gustaría hacer una fiesta. Por lo que me han contado Billy y Sarah, no conocen a nadie de los alrededores, con la notable excepción de su niñera –se volvió hacia Sally con lo que parecía ser un interés sincero–. Los niños me han dicho que tu casa es encantadora, me tienes que llevar a conocerla.

Sally dudaba mucho que Frannie dejase entrar a sus animales de compañía en esa cabaña.

–En cualquier caso, si te empeñas en vivir en un sitio tan remoto, Hawk, deberías hacer un esfuerzo por conocer a algunas de las personas más influyentes de la zona. Estoy segura de que habrá algunos rancheros importantes u hombres de negocios que tengan hijos con los que se puedan tratar Billy y Sarah. Seguro que no eres el único millonario excéntrico que lleva su empresa desde aquí. Comprendo que el régimen fiscal de este estado es muy ventajoso. Quizá incluso podríamos encontrar algún cliente potencial oculto en el bosque. Sinceramente, a lo mejor puedo aportar algo mientras estoy aquí.

Hawk parecía poco interesado por la propuesta. Sin embargo, Sally estaba convencida de que no había llegado a donde estaba siendo tímido e introvertido.

–Quizá pueda presentarte un par de figuras del rodeo –ofreció secamente Sally.

–¿Lo harías? –dijo Frannie encantada e inconsciente de que le estaban tomando el pelo–. Sería fascinante. Quizá también pudiera venir alguno de tus amigos artistas.

–Esto no es precisamente el Greenwich Village –dijo Sally sin malicia–, pero seguro que puedo encontrar un puñado de artistas muertos de hambre que estarían encantados de comer gratis.

Se acordó enseguida de Phoebe. No solo se moría de ganas de conocer

al misterioso hombre para el que trabajaba, sino que además sería la alegría de la fiesta.

–No es necesario, Fran –intervino Hawk al ver la cara de horror de su cuñada ante la propuesta de Sally–. Te agradezco mucho tu interés, pero no creo...

No terminó la frase. La decepción que se dibujó en el rostro de Frannie fue suficiente para hacerle recapacitar.

–No creo que vayas a encontrar muchos pretendientes. Por aquí escasea la ostentación y sobran los pensadores independientes.

–Justo el tipo de hombre que me gusta –dijo Frannie entre gorgoritos–. La verdad es que me he aburrido de los niños que me rodeaban.

Hawk la miró inquisitivamente.

–¿Estás pensando en asentarte?

Frannie chascó los dedos delante de la cara de Hawk.

–Sin pensármelo dos veces, si encuentro el hombre adecuado.

Sally estuvo a punto de vomitar la poca comida que había tomado. Había que ser muy bruto para no captar el mensaje de Frannie. Estaba claro que lo que más deseaba era ocupar el lugar de su hermana. El único que no se enteró fue el propio Hawk.

–En ese caso, estaré encantado de que organices la fiesta que quieras. Estoy seguro de que a Sally no le importa ayudarte –sonrió como un rey que concede permiso a la corte para que haga un baile.

«Estoy segura de que te equivocas», se quedó con ganas de decir Sally, pero no era el momento ni el lugar de ponerse impertinente. Por eso Frannie había elegido una situación en la que estaban todos delante. Sally decidió que le comunicaría su opinión a Hawk en privado. Sin embargo, también estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para acelerar su marcha o para tenerla distraída en algo que no fuese volverle loca a ella.

Después de fregar un montón de platos y vasos, Sally dijo que se iba a la cama. Nadie intentó retenerla. Frannie estaba encantada de acostar a los niños y de poder pasar el resto del día con Hawk. Sally estaba profundamente decepcionada de que él no se molestara en darle un beso de buenas noches.

Si hubiese sido capaz de mantener los párpados abiertos, habría podido

verlo en el quicio de la puerta mientras la observaba con una gran ternura. Frannie sí lo pudo ver por casualidad.

Había tenido que emplear todo tipo de tretas femeninas para evitar que Hawk fuese a ayudar a la empleada. Uno de los motivos por los que se sentía tan inclinada hacia él era que conservaba intactos algunos gestos típicos de la clase media. Lauren, que era incapaz de distinguir un diamante en bruto, había hecho todo lo posible para que Hawk se convirtiese en algo que no era: un *dandy*. Si tenía la más mínima oportunidad, Frannie juraba no cometer el mismo error. Su hermana se había equivocado al rodearse de Romeos insustanciales que no se podían comparar con un hombre de verdad como Hawk. Tenía que reconocer que no te encontrabas todos los días con un millonario que tiene un cuerpo como para caerte de espaldas.

Eso estaba pensando cuando dio la vuelta a la esquina, vestida con su camisón más elegante, dispuesta a encontrarse con Hawk con cualquier pretexto y lo vio en la puerta de dormitorio de Sally como un adolescente embobado. Frannie comprendió que tenía que actuar rápidamente. No iba a permitir que se le adelantase una sirvienta sin educación. Hawk se había casado con su hermana mayor no solo porque fuese hermosa y la quisiese, sino porque también quería ascender en la escala social. Si había logrado tantas cosas con una mujer que no le quería, no se podía ni imaginar de lo que sería capaz con una mujer bien relacionada y que le apoyara a su lado. Pero estaba dispuesta a descubrirlo.

Capítulo Once

Al día siguiente Frannie recibió a Sally con una frialdad absoluta, por lo que supuso que Hawk le había dicho que dejase de darle órdenes. Solo pudo suponerlo, porque Frannie parecía más dispuesta que nunca a retener a Hawk. Sally se lo tomó como una bendición a medias. Por un lado, estaba tan concentrada en la fiesta que le dejaba mucho tiempo para estar con los niños. Por otro lado, estaba pegada a Hawk exigiéndole una atención constante. Ya no recordaba la última vez en la que estuvieron juntos.

Pudo captar una mirada que le lanzó Hawk cuando salía de la cocina después de haber recogido y fregado el desayuno. La miró por encima del periódico como pidiéndole que no lo abandonase mientras Frannie lo abrumaba con nuevas ideas. Al parecer, ella no era la única que no comprendía la importancia de la presentación en lo que se refería a la comida e invitaciones de una fiesta.

–Me llevo a los niños de pesca –dijo Sally con la esperanza de poder salir corriendo antes de que Frannie le pidiera un montón de recados–. ¿Os apetece venir?

Frannie se encogió de hombros.

–¡Me encantaría! –replicó Hawk.

Sus miradas se encontraron.

Sin intercambiar palabras, Sally sintió una sensación de añoranza que la dejó sin respiración. «Te echo de menos», parecía decir con la mirada. El corazón se le salía del pecho. Estaba deseando tentarle con una manta extendida debajo de las ramas de un sauce.

–Él no puede –dijo Frannie como si fuese su madre–. Tenemos que preparar muchas cosas. Estoy segura de que tú y los niños lo pasaréis de maravilla.

Era evidente que la había puesto en la misma categoría que una niñera poco mayor que los niños que cuidaba. Sally pudo reprimir el deseo de hacer que se tragara su comentario.

–Espero que podamos pescar lo suficiente como para poder preparar un

revoltijo para cenar –dijo Sally con una sonrisa.

Hawk se rio ante la expresión de horror de Frannie y le explicó que revoltijo era una palabra coloquial que no tenía nada que ver con una porquería.

Sally oyó la última frase de la explicación mientras salía para encontrarse con Billy que estaba haciendo agujeros con una pala para reunir las suficientes lombrices como para tener ocupados a los peces durante horas.

–Y no te olvides de que los cazafortunas pueden tener cualquier edad y forma –dijo Frannie un poco demasiado alto.

Si eso no le abría los ojos a Hawk, nada lo haría. Se metió el cuaderno de dibujo debajo del brazo y se fue con los niños a una poza que parecía muy prometedora.

Las nubes y una ligera brisa refrescaban bastante el día. Sally había tenido que conseguir comida por ese método muy a menudo y no tenía el más mínimo reparo en poner los cebos en los anzuelos. Se puso un niño a cada lado, abrió el cuaderno de dibujo y se concentró en dibujar un dragón volador azul cobalto que competía con dos mariposas por una rama de madreSelva.

Los ojos de Hawk se ensombrecieron al ver a esa hermosa joven que ayudaba a pescar a sus hijos. Pensó que podría ofrecerles su corazón como cebo ya que ella sola había sido capaz de hacer que Frannie se tambaleara. En ese momento estaba ocupada intentando desenganchar el anzuelo de Sarah de una rama que llegaba hasta el río. Le parecía un ángel con la cabellera cobriza iluminada por el sol. ¿Por qué le habría mandado Dios a un enviado? Por el momento se conformaría con disfrutar de los regalos divinos.

–¡Ha picado uno!, ¡ha picado uno! –gritaba Billy mientras recogía el sedal con toda su alma.

Un minuto más tarde sostenía entre sus manos una trucha que cualquier pescador con un poco de experiencia habría devuelto al río. Sin embargo, Hawk sospechaba que su hijo no iba a renunciar a su trofeo fácilmente.

–Bien hecho, hijo –dijo Hawk mientras se acercaba y dando un buen susto a Sally.

–Me alegro de que lo hayas conseguido –gritó Sally.

Al verle bajar la cuesta con unos vaqueros y una camiseta roja, Sally

pensó que parecía un auténtico lugareño. Parecía imposible que Hawk se sintiera tan cómodo en una sala de consejos como en ese paraje montañoso.

–No me lo habría perdido por nada del mundo. Me vine de Chicago, entre otras cosas, para disfrutar de momentos como este.

La miraba con cariño mientras bajaba de una rama y se ponía delante de él. Como un melocotón maduro pensó él al verla con los pantalones cortos que hacían maravillas con su figura redondeada. Hawk sintió una punzada de culpa por no haber prestado nunca atención a esa limitada y deplorable vestimenta, como decía Frannie, y se prometió resolverlo inmediatamente.

–Uh, uh –gritó Sarah al comprobar que la lombriz que acababa de sacar del frasco estaba fría y era viscosa.

Hawk y Sally se rieron del arrebato de feminidad que habría enorgullecido a tía Frannie.

–¿Puedes quedarte un rato? –le preguntó Sally con el corazón como un tren a vapor.

Era la primera oportunidad que tenían de estar juntos sin la supervisión de Frannie y el cuerpo de Sally empezaba a reaccionar como si estuviesen solos y desnudos. A pesar de lo inadecuado de sus pensamientos, no podía evitar mirar hacia la manta que se extendía a sus pies.

–No sabes cuánto me gustaría –dijo Hawk con un sombrío movimiento de la cabeza–, pero la verdad es que Frannie me ha enviado con una misión. No es una posición que me guste...

Sally entrecerró los ojos.

–¿He oído algo de una posición de misionero?

Sally se ruborizó al darse cuenta de lo que había dicho. La risa de Hawk se oyó en todo el valle.

–Esa sí que es una proposición interesante. Tengo que reconocer que ya no me sorprende nada de lo que salga de esos labios de muñeca. Creo que reventaré si no vuelvo a pintar contigo.

Sally juntó esos labios y le envió un beso. Aunque el corazón le latía como si le hubiesen inyectado adrenalina, suponía que él solo le tomaba el pelo. Sus labios, en el mejor de los casos, eran demasiado carnosos como para ser elegantes. Lo más que le habían dicho de ellos era que no los cerraba

nunca.

En ese momento era feliz por poder coquetear con Hawk. Desde la aparición de Frannie, había llegado a pensar si él se acordaría de que existía. Por desgracia, las circunstancias del momento no eran las ideales para escauceos románticos. Había que atender constantemente a los niños, que, además, estaban acosados por moscas del tamaño de un pulgar.

–Frannie quiere llevar a los niños al pueblo para comprarles ropa adecuada para la fiesta. Como es miércoles y tienes clase de arte, he pensado que, a lo mejor, querrías tener la tarde libre para ir de compras. Quiero que te compres alguna ropa bonita, a mi cuenta.

Hawk no sabía muy bien por qué esperaba que Sally protestara, pero se había dado cuenta de que apenas se había gastado en ella misma nada del cheque. ¿Estaría ahorrando para algo especial?

–Puedes comprarte ropa para estar con los niños y un vestido especial para la fiesta. Quiero que te sientas cómoda.

Sally no sabía que hacer cuando vio que sacaba la tarjeta de crédito del billetero. Se sentía emocionada porque le invitara a la fiesta en vez de relegarla al sótano con los niños. Se temía que si Frannie hubiese podido la habría sentado en la mesa de la cocina con Billy y Sarah durante toda la fiesta. Sin embargo, la propuesta indicaba que no le gustaba su vestimenta. Pensó rechazar la oferta apenada de que él se pudiese sentir avergonzado de que lo vieran con ella en público. ¿No sabía que era algo más que la ropa que llevaba puesta? Sin embargo, tampoco quería rechazar abiertamente su generosidad. Había aprendido a aceptar elegantemente los regalos que le caían del cielo. Una de sus fantasías infantiles era poder ir de compras si preocuparse por el dinero.

–Eres como un hada madrina sin afeitarse –dijo ella.

La sonrisa de Hawk la caló hasta los huesos. No estaba acostumbrada a que nadie fuese tan generoso con ella y no podía evitar el temor a que le estuviera tomando el pelo.

–¿Estás seguro?

–Completamente –contestó él mientras le entregaba la tarjeta de crédito.

Sally estuvo a punto de dar un brinco por la descarga de tensión sexual que notó al rozarle la mano. Se quedó boquiabierto por la sorpresa que le

produjo que un simple roce pudiera transmitir tanta intensidad.

–Y no quiero que vayas de compras a las tiendas de rebajas –dijo él muy seriamente.

Sally no tuvo el valor de decirle que en Lander no había tiendas de lujo. Sally sonrió al pensar en la cara de Frannie cuando se enterara. Frannie, naturalmente, podría recorrer doscientos veinticinco kilómetros para ir a Casper, pero era una empresa casi imposible a esa hora del día. Además, estaba segura de que no pasaría la noche fuera con los niños y así darles a Hawk y a ella la oportunidad de que tuvieran contactos ilícitos.

–Tampoco quiero que vengas a casa hasta que no te quepan más paquetes en el coche –remató él.

La cara de incredulidad de Sally conmovió profundamente a Hawk. Había estado casado con una mujer que nunca había reparado en gastos sin dar siquiera las gracias y lo que más deseaba era mimar a Sally. De repente sintió la necesidad de acompañar de compras a Sally y colmarla de regalos hasta que se sintiera como una reina. Sin embargo, le había dicho a Frannie que estaba esperando una conferencia muy importante y que no podría acompañarla a ella y los niños, y era casi imposible no cruzarse en un pueblo como Lander.

Sarah, que llevaba un buen rato sin ver un pez, tiró la caña y se dirigió a la cesta de comida.

–¡Tengo hambre! –se quejó.

–Yo también –dijo Hawk mirando directamente a los ojos de Sally para que no hubiera error en la interpretación.

Sally sintió que se le encogía el estómago.

–Podría darte algo de comer –replicó ella casi sin respirar.

Sally sabía que necesitaba alimento para el cuerpo y el alma. Le había echado de menos con locura durante dos días y quería recuperarlo de la forma más íntima. Como era imposible hacerlo en ese momento, decidió satisfacer su apetito físico, aunque no el carnal.

Hawk se tumbó sobre la manta mirando las nubes como si no lo hubiese vuelto a hacer desde que era un niño. Sus obligaciones de adulto habían hecho que olvidara la intensidad del cielo y la densidad de las nubes.

Los niños empezaron a gritar asombrados cuando se quitó los zapatos y anduvo descalzo por la orilla. No se podían creer que pudiera disfrutar con las mismas tonterías que ellos.

Comieron tallos de apio con mantequilla de cacahuets y pasas, una mezcla que a Sally le recordaba a unas hormigas sobre un tronco. Luego Hawk puso la cabeza sobre el regazo de Sally y ella le dio un racimo de uvas una a una.

–¡Yuhuuu! –gritó una enfurecida voz a lo lejos.

Frannie agitaba los brazos intentando llamar su atención. Iba vestida de una forma que resultaba bastante ridícula. Sally sabía bien, por propia experiencia, que los tacones altos no aguantaban bien el terreno rocoso. Su bolso y sombrero a juego le servirían de almohadones si se caía por la cuesta como un melocotón de seda.

–¡Hay que irse, niños! –gritó Frannie desde su atalaya rocosa.

Sally podía notar la mirada del águila clavada en ella.

–¡Ya vamos! –gritó Hawk.

Un profundo suspiro fue la muestra de lo poco que le apetecía abandonar ese refugio de paz y tranquilidad. Le pasó el borde de la mano por el rostro y le dejó su huella personal sobre la piel.

–Tenemos que hablar pronto –le dijo a Sally mientras se levantaba contra su voluntad.

Ella le tendió la mano para que le ayudara a levantarse. Recogieron las cañas, la comida que había sobrado y todos los restos. Billy se negó a soltar a su trofeo. Fue el primero en llegar.

–¡Mira! –exclamó con orgullo mientras agitaba el pez en la cara de Frannie–. Lo he pescado yo solo.

A Sally le pareció que Frannie no gritó ni riñó a Billy por su proverbial autocontrol.

–Es precioso, cariño –consiguió decir sin caerse de la piedra donde estaba sentada–. A lo mejor Sally puede guardarlo en la nevera para que se lo enseñes a todos tus amigos.

–O a lo mejor puedo cocinarlo con los que yo he pescado y hacer una comida de chuparse los dedos para mañana. –dijo Sally mientras subía la

pendiente con Hawk pegado a sus talones.

–¡Chupiii! –afirmó Sarah que iba montada en las espaldas de su padre.

Frannie lanzó una mirada asesina a Sally. Naturalmente, ella prefería comer pescado crudo preparado en *sushi* que el guiso que prepararía Sally. Frannie ya le había reprendido por hablar de una forma tan vulgar. Al parecer los ricos no comían, almorzaban. Para el caso era lo mismo. A ella le parecía que Frannie mantenía una figura tan esbelta y delicada a base de tomar pocas cosas que no fuesen galletitas saladas todo el día.

Cuando terminaron de subir la cuesta, Frannie saltó de su roca para colgarse del brazo de Hawk. Sally temió que tanta atención femenina pudiera derribarlo. Comprendió que no servía de nada darle vueltas a lo bien que encajaban el uno con el otro, ella tan elegante y frágil y él tan viril, y se puso a pensar en otras cosas más productivas.

Pensar en una tarde de compras sin límite era mucho más de lo que se podía imaginar. Era un acontecimiento tan apetecible que tenía que compartirlo. Phoebe tenía mucho gusto para la ropa y le había reñido mil veces por no arreglarse más.

–Chica, con el cuerpo que tienes, si te interesaras un poco por lo que te pones tendrías detrás de ti a todos los solteros del país –solía decirle.

Una hora más tarde, ella y Phoebe recorrían todas las tiendas en busca de lo último en ropa para fiestas. Su amiga se puso furiosa cuando Sally sugirió que podían pasarse por las secciones de restos del año pasado.

–Querida, cuando un hombre te da su tarjeta de crédito y te dice que te compres algo muy especial, no espera que te presentes con algo de la sección de restos de temporada.

Phoebe se hizo un rizo con el dedo. Era un gesto típico de ella cuando estaba nerviosa.

–¿Está segura de que me han invitado?

–Por enésima vez, su alteza me pidió que llevara a algún artista para darle un toque vanguardista a lo que, sin duda, será una fiesta llena de aburridos hombres de negocios, y no conozco a nadie mejor que tú.

Sally pensó que tenía que acordarse de mandar a Phoebe una de las rebuscadas invitaciones de Frannie para alejar cualquier duda de que estaba

invitada.

–Me parece que se refería más a Lyle Fenmore que a Phoebe Tyler – replicó Phoebe mencionando a uno de los artistas más conocidos del estado.

Al final, la posibilidad de conocer a un hombre fabuloso con fortuna superó cualquier indecisión y se dirigieron a la mejor tienda del pueblo.

–Con un poco de suerte, Shirley tendrá algún vestido que no parezca un traje de novia.

Shirley, efectivamente, les garantizó que habían acertado. Acababa de recibir un pedido que estaba colgando en ese momento. Comprar algo para Phoebe era muy fácil. El pelo rubio que le llegaba hasta la cintura y su figura esbelta reclamaban un vestido de satén negro con una abertura hasta la cadera. A Sally le preocupaba su decisión. El color era muy importante. Temía que su pelo rojizo desentonara con los vivos colores que le proponía Shirley. Si bien no tenía intención de competir con Frannie, no podía quitarse de la cabeza la imagen del vestido de lentejuelas plateadas. En comparación, ella parecería una salchicha se pusiese lo que se pusiese.

Phoebe y Shirley insistían en que lo último que podía hacer era disimular ese maravilloso y voluptuoso cuerpo. Después de muchas deliberaciones, Sally decidió fiarse de su instinto y eligió un vestido romántico de estilo campestre que encajaba con su personalidad. Los botones de perlas que corrían por ambos costados resaltaban su figura y un sencillo estampado de flores verde oscuro sugería una feminidad contra la que no podrían competir ni todas las lentejuelas del mundo.

Sally lo descolgó con las manos temblorosas.

No había forma de convencerla de lo maravillosa que estaba con ese vestido. Le habría encantado poder ser capaz de permitirse ser atrevida por una vez en su vida y vestirse con lentejuelas rojas, pero sabía que no estaría cómoda. Estaba aliviada por haber encontrado algo que no le abochornaba ni le hacía parecer algo que no era.

Suponía que su inseguridad se debía a su primer baile en el instituto. Era huérfana y no podía comprarse el traje más lujoso de la tienda. En lugar de eso, utilizó todo el dinero que había ahorrado en comprarse una tela y cosérselo ella misma. Le costó tanto trabajo que todavía podía recordar cómo era la tela.

Ella se encontraba muy mayor y casi guapa con aquel vestido, hasta que oyó que dos de las chicas que tenían más éxito hacían comentarios crueles en voz alta de pelo panocha con el vestido que se había hecho ella misma. Fingió no oírlas y durante todo el baile mantuvo la cabeza bien alta y se negó a quedarse sentada como otras compañeras. Cuando llegó a su miserable habitación de la casa de acogida, lloró toda la noche.

Al ver el coche lleno de ropa preciosa, esperó que hubiesen pasado esos tiempos de patita fea. Aunque tampoco se hacía ilusiones de haberse convertido en un cisne. Se conformaba con no tropezar y caerse delante de los invitados de Hawk. Tampoco podía evitar perderse en un sueño en el que su traje nuevo la convertiría por arte de magia en una princesa y que Hawk la miraría con otros ojos. Solo temía parecer una paleta fuera de lugar, como en el baile del instituto.

Esperaba poder bailar con Hawk alguna vez que se lo permitieran sus obligaciones con los invitados y los encargos de Frannie. Era maravillosa la idea de sentirse entre sus brazos y ser reconocida públicamente como una mujer. Por desgracia, la culpa y la ira pronto reemplazaron ese sentimiento de felicidad. Dado lo poco que le había costado a Hawk bailar con ella horizontalmente, estaba segura de que lo último que haría sería concederle un vals vertical.

¡Qué desastre de vida se había organizado! Sally se reprochaba haberse acostado tan fácilmente con un hombre que estaba tan lejos de su alcance. Había sido tan estúpido como enamorarse de él.

Capítulo Doce

Frannie estaba completamente horrorizada de la falta de variedad que había en las tiendas de un pueblo del interior de Estado Unidos. Como había previsto Sally, la quisquillosa invitada no encontró nada adecuado para la presentación en sociedad de sus sobrinos. La idea de conducir trescientos kilómetros hasta el centro comercial más cercano, en Casper, hizo que la pobre mujer casi se asfixiara con la tostada del desayuno.

–¡Debes estar de broma!

–Comprendo que viajar tanta distancia sin otro paisaje que unos arbustos tiene que ser horrible para una mujer urbana como tú –replicó Hawk solidariamente–. Te acompañaría encantado, pero tengo que ir a Chicago para resolver un problema que exige mi presencia.

Frannie se quedó pálida. Sally se preguntó si sería por tener que pasar tanto tiempo con ella y los niños, pero Hawk puso el dedo en la llaga.

–Prometo volver para el gran acontecimiento –le aseguró.

A continuación manifestó su gratitud por haber tenido la bendición de poder contar con dos adultos tan dignos de confianza a los que poder dejar sus hijos mientras él atendía sus negocios.

Frannie, apaciguada por esa declaración tan sincera, se ofreció a dejar a Hawk en el aeropuerto de camino a Casper. Sally se alegró de que nadie solicitara su compañía en esa expedición que prometía alcanzar dimensiones épicas y que exigiría pasar por lo menos una noche en algún hotel de lujo. La verdad era que la idea de pasar un par de días sin tener que ocuparse de nadie le resultaba muy apetecible. Podría aprovechar el tiempo en ocuparse de sus propios proyectos e incluso reuniría el valor para enviar su última historia al editor. El trabajo con los niños le había disparado la imaginación y se encontraba satisfecha de su trabajo más reciente. Tampoco le iba a pasar nada si le rechazaban otro trabajo.

Además, tendría tiempo de ir a la peluquería para que le peinaran y le cortaran el pelo. Quería impresionar a Hawk y se merecía ese despilfarro. Phoebe estaría satisfecha de los avances que hacía para llegar hasta el hombre que amaba.

Afortunadamente, por mucho que odiara a Frannie, los niños estarían bien en su compañía. Sally estaba convencida de que el afecto que sentía por sus sobrinos era tan sincero como el que sentía ella por Hawk. ¡Lo que ella habría dado por tener una tía tan parecida a un hada madrina! No se atrevería a entrometerse en esa unión tan especial que tenían los tres, sobre todo cuando habían perdido a su madre y esa mujer era uno de los pocos vínculos que les quedaban con su recuerdo.

Sally se tomaba peor la marcha de Hawk que la de Frannie. Cualquiera podría comprobar que Frannie tenía ocupado a Hawk cargando el coche para que no pudiera despedirse de ella en privado. Cuando terminó, Frannie lo empujó atropelladamente fuera, y Sally apenas tuvo la ocasión, siquiera, de despedir a los niños. Cuando oyó el motor del coche en marcha con todos ellos dentro sintió una melancolía enorme.

¿No habría buscado una excusa para verla a solas si le importara algo? Que silencio. Podía oír el latido del corazón y el tic tac del reloj de pie que estaba apoyado contra la pared. Estaba acostumbrada a vivir sola, pero en esa ocasión se sentía desconcertada. Se tumbó en el sofá de cuero del salón, abrazó un almohadón y se concedió un momento de autoindulgencia.

–Ya te echo de menos.

El sonido de esa voz era inconfundible y se cernía sobre ella como una red sin escapatoria. Levantó la cabeza y vio a Hawk en la puerta de entrada del salón. Sally estaba segura de que ni siquiera el almohadón que tenía contra el pecho podría evitar que se oyeran los latidos de su corazón. Hawk parecía tan fuerte e invencible apoyado en el quicio de la puerta que le recordó a Sansón en el templo.

–Te he echado de menos –replicó ella intencionadamente.

Se refería, naturalmente, a que no habían tenido ni un minuto para estar juntos desde que había llegado Frannie. Al manifestar su resentimiento pareció más tranquila de lo que realmente estaba.

–¿No pensarías que iba a marcharme sin despedirme de ti, verdad?

Se plantó delante de ella con dos zancadas. Sally estuvo de pie y en los brazos de Hawk antes de que ninguno de los dos supiera qué había pasado. Hawk apretaba los labios contra los de Sally con un anhelo primitivo. Estaba tan hambriento por sentir el cuerpo de ella como ella lo estaba por sentir el de

él. La estrechó contra sí como si nunca fuese a soltarla y ella se colgó de él como si dejarlo ir fuese un acto flagrante de autodestrucción. Hawk quiso demostrarle a Sally el efecto que tenía su cuerpo en el de él y le acarició todo el cuerpo hasta llegar al trasero y lo atrajo hacia sí.

Sally gimió. Había temido que por algún motivo se hubiese olvidado de ella. En la profundidad de los ojos grises como palomas de Hawk pudo comprobar todo lo contrario, ardían dos llamas de deseo que despejaban cualquier sombra de duda. En ese momento estaba convencida de que tenía toda su atención masculina.

–No quiero irme –dijo él.

–Entonces no te vayas.

–No me tientes.

Lo subrayó atrayéndola más contra sí. El sonido de esa voz profunda retumbó en Sally como unos tambores en la profundidad de la selva. ¡Qué ritmo salvaje en el interior de su alma! La fuerza mezclada con ternura de Hawk llevó a Sally a querer hacer algo bastante alejado de su naturaleza. Hizo que quisiera olvidar para siempre la independencia por la que tanto había luchado y depender de él para siempre.

Los bocinazos que se oyeron en el exterior hicieron que Sally saltara en los brazos de Hawk. Él lanzó un juramento en voz baja. Sally no tenía ninguna duda sobre quién era la responsable. Frannie podría culpar a los niños por su impaciencia, pero ella sabía perfectamente qué se proponía. En realidad, lo único que sorprendía a Sally era que hubiese permitido a Hawk volver a la casa sin seguirlo de cerca.

Hawk le dio un beso de despedida que la dejó con una sonrisa amarga. Un minuto antes había entrado en su boca como si quisiese arrancarle el alma. Ese beso antes de marcharse había sido todo lo contrario. El contacto de los labios fue tan leve que Sally legó a pensar que se lo había imaginado.

Cuando abrió los ojos, él se había ido. Se sintió incompleta, como si se hubiese llevado la mejor parte de ella con él.

–Te quiero...

El susurro retumbó en las paredes de la casa vacía y le resultó tan abrumador que Sally decidió refugiarse en lo que nunca le había fallado para aliviar su soledad: la pintura. Puso algo de música y se dejó arrastrar por ella

mientras montaba el caballete en el porche. La luz empezaba a adquirir los colores de la despedida y ella, por algún extraño motivo, se sintió rejuvenecida.

En el caballete había un poderoso cuadro que le sorprendió. Al concentrarse en el proceso creativo, había perdido cierta noción de la realidad y le parecía que el cuadro lo había pintado alguien completamente ajeno. Era un retrato de su amante en el que el cuerpo de este se fundía con el de una magnífica ave de presa. Como si se tratara de una crucifixión, los poderosos brazos del hombre separaban las alas del pájaro. Todo el cuerpo sudoroso estaba salpicado de heridas causadas por los depredadores. El cuadro tenía un efecto tan fuerte en el espectador que daban ganas de apartarse ante el temor de que le apesara una de esas terroríficas garras. Sally había sido capaz de captar al hombre, a la bestia y a su alma.

Era la obra más sensual que había creado. Sally deseaba juntar sus labios con los del cuadro, todavía húmedos. Estaba satisfecha por el resultado de su esfuerzo y se sirvió un vaso de vino mientras disfrutaba de la perezosa luz del atardecer. Era una obra tan especial que decidió que todavía no podía enseñársela a nadie. La experiencia le había enseñado que no era una juez muy objetiva de su propia obra, sobre todo cuando había transcurrido tan poco tiempo desde su finalización. Además, tampoco quería que Hawk supiera cómo le veía ella. Le daría demasiado poder.

Frannie, por su parte, descubriría enseguida que lo había pintado una mujer enamorada y al observar la pasión de las pinceladas querría comprarlo, sin tener en cuenta el precio. Sally sonrió mientras retiraba cuidadosamente el cuadro del caballete. No había dinero en el mundo para que ella se deshiciese de ese retrato. Lo colgaría encima del cabecero de su vieja cama de la cabaña, donde el recuerdo del olor y la imagen de ese hombre no le robaría ni un segundo de sueño.

Frannie volvió de Casper la tarde del día siguiente. Llegó cargada de paquetes y ansiosa de empezar con los planes de la fiesta que se aproximaba. Por una vez, parecía contenta de permitir a Sally que se ocupase de los niños mientras ella concentraba su considerable energía en torturar a la floristería, al servicio de comidas, al personal de limpieza, a los camareros, a los músicos y a cualquiera que hubiese contratado para la fiesta que estaba programada para el domingo siguiente. Cuando Hawk llamó para decir que se demoraría un par de días, Frannie primero frunció los labios de consternación y luego sonrió

ante la promesa de que volvería a finales de la semana. Estaba tan ocupada con los preparativos que apenas pedía a Sally que atendiese sus necesidades. Era como un torbellino y estaba en su medio como directora social. Sally no podía evitar cierta admiración por su capacidad de organización.

A ella, a Sally, le gustaba más nadar y pescar en las pozas que había debajo de los manzanos. Se sentía más cómoda con su novela, sus pinces y una cesta llena de comida que se puede comer con los dedos. Cuanto más se preocupaba Frannie por dar importancia a los detalles más nimios, menos le apetecía a ella acudir a la fiesta. No quería ponerse en evidencia, y mucho menos a él, en un acontecimiento que era tan importante para que lo aceptaran en la comunidad. Ella había vivido toda su vida en ese lugar y sabía la importancia que daban algunos a la posición política e histórica de sus residentes. Aunque fuese una ayuda, el dinero por sí mismo no podía comprar el acceso al círculo más selecto de la zona.

Lo que en un principio fue una diversión, empezó a parecerse a una prueba de fuego. Sally le daba vueltas a si podría presentarse con su precioso vestido nuevo, impresionar a Hawk con su repentina naturalidad para los actos sociales, bailar un par de veces con él y no cometer ninguna trasgresión social al conversar con algún embajador o algo parecido. Le alegraba pensar que Phoebe estaría allí para apoyarla. Frannie no se llevaría una rabieta cuando la espléndida rubia presentase la invitación que le había mandado ella. Esperaba que Frannie no se fijase entre tantos invitados, y eso que Phoebe no era de las que pasan desapercibidas. Ella sabía a ciencia cierta que su querida amiga tenía esperanzas de encontrar un hombre guapo y rico que le conviniese.

Frannie se puso histérica cuando llegó el día y Hawk no había dado señales de vida. Evidentemente, esa fiesta significaba mucho para ella. Parecía satisfacer sus esperanzas de la forma más tangible. Todo el mundo se mantuvo prudentemente alejado de ella. Sally acostó a Billy y Sarah para que descansaran un rato antes de la fiesta y ella se dispuso para hacer algo distinto con su pelo. El corte que le habían hecho enmarcaba su rostro muy delicadamente, pero para esa noche quería no parecer la buena chica que vive en la puerta de al lado, sino la mujer madura que era. Arrugó la nariz al ver las pecas y se levantó la espesa melena para que se pudiera ver su cara. La peluquera le había enseñado cómo hacerse un peinado sofisticado. También le había vendido un peine con perlas falsas incrustadas. Una vez peinada, se

soltó media docena de mechones y se los rizó, dándole un aire muy romántico. Esperaba que el efecto fuese mucho mayor cuando se quitase la camiseta y los vaqueros.

Sacó el vestido del armario y retiró el envoltorio de papel. Se vistió con todo cuidado y cerró todos y cada uno de los botones de perla que tenía en los costados. El estampado verde resaltaba el color de sus ojos y el volante de encaje era un detalle romántico que hacía que el vestido fuese especial.

Se empolvó ligeramente las pecas con la esperanza de que pudiera disimularlas, intentó alargarse las pestañas y se pintó los labios de rosa pálido. Cuando terminó se miró en el espejo de cuerpo entero como habría hecho de niña si alguien le hubiese comprado preciosos vestidos para las fiestas de cumpleaños a las que nunca le invitaron.

Se miró como si el reflejo que veía fuese una desconocida. ¡Caray, estaba muy guapa! Esa figura que siempre le había parecido rechoncha no lo era cuando estaba cubierta por un vestido diseñado para favorecer las curvas de una mujer. Los ojos verdes estaban radiantes de emoción. El traje no sería el más caro e impresionante de la fiesta, pero a ella le encantaba. Desde luego, era muy distinto al que llevaba el primer día que conoció a Hawk.

Se perfumó un poco las muñecas y se encontró preparada para enfrentarse al mundo. Despertó a los niños y les pidió que se vistieran. Sarah no podía contener los nervios, pero Billy ponía pegas. Sally lo comprendió cuando vio la ropa que le había elegido su tía. Parecía un pequeño paje. Llevaba unos pantalones de terciopelo azul por debajo de las rodillas y un pañuelo de encaje que asomaba por un bolsillo. Iba a juego con su hermana y hacían una pareja encantadora. Sin embargo, el pobre Billy pensaba que tendría que pelearse con todos los niños de los alrededores cuando le vieran con esas ropas de nena, como él decía. Aunque Sally pensaba que tenía razón, no pensaba plantear el asunto a su tía.

Todo el mundo respiró aliviado cuando se oyó la puerta de la entrada.

—¡Papá! —gritaron los niños mientras salían volando de sus habitaciones y se deslizaban por la barandilla.

Sally salió detrás. Se quedó en lo alto de la escalera para ver cómo se abrazaban los tres. Parecía como si no se hubiesen visto desde hacía años. La escena emocionó a Sally. Estaba segura de que ese hombre había ganado más de lo que se podía medir en cifras al renunciar a tantas cosas y trasladarse

hasta allí por sus hijos. Se preguntaba si su mujer habría valorado el tesoro que tenía con el padre de sus hijos y lamentaba que se perdiera escenas como esa.

Hawk levantó la cabeza y vio a Sally. Le pareció un ángel con perlas y encaje, si es que eso era posible. Era uno de esos momentos en los que se congela el tiempo y las miradas se immortalizan. Sally pudo ver cómo se le abrían los ojos por la sorpresa y sintió una oleada de calor al comprender que le gustaba lo que veía. La preocupación inicial que le había notado cuando entró por la puerta se había transformado en una indiscutible aceptación masculina. Se sentía como Scarlett O'Hara en lo alto de las escaleras.

–Estás impresionante –fue todo lo que dijo.

Sally, por una vez en la vida, le creyó. Las palabras hicieron que se dibujara una sonrisa en el rostro de Sally que iluminó esa parte del universo. Hawk extendió los brazos. Sally sintió la necesidad de correr y arrojarse en ellos como habían hecho Billy y Sarah. Después de tanto tiempo de angustia y soledad, aquello parecía demasiado hermoso para ser real. La casa parecía un castillo de cuento de hadas perfumado por las flores que había por todos lados.

Sally se quedó inmóvil paladeando con deleite cada segundo. Miró detenidamente el rostro de Hawk y comprobó que seguía siendo tan guapo como lo recordaba. Se fijó en el bolsillo de la chaqueta y notó que tenía un bulto que coincidía exactamente con la forma y tamaño de la caja de un anillo. Se quedó sin respiración y tuvo que agarrarse a la barandilla. Se apresuró a convencerse de que estaba equivocada. Sería el último modelo de microchip.

Los niños no percibían la carga sexual de la mirada que se cruzaban los dos adultos. Sin embargo, otro par de ojos sí la percibía. Al oír la puerta, Frannie había salido de su cuarto, pero permaneció un rato oculta para observar la escena con la sangre helada.

–¡Hawk, querido! –dijo por fin rompiendo el embrujo con una sonrisa forzada.

Abrazó a su cuñado y le dio un par de besos mientras le reñía por haber llegado en el último momento. Echó una ojeada a su reloj con diamantes incrustados y le apremió para que se pusiese el esmoquin antes de que llegaran los invitados.

–Niños –dijo con una voz aterciopelada que no admitía discusión–, id al porche y tomaros algún canapé, pero tened cuidado de no mancharos el traje. Tenemos que hacernos una foto familiar y no quiero que os ensuciéis antes de que immortalicemos esta noche.

Salieron corriendo de la habitación.

–Espera, quisiera hablar un momento contigo –le dijo Frannie a Sally mientras se disponía a bajar para acompañar a Billy y Sarah.

Frannie se aseguró de que la puerta del dormitorio de Hawk estaba cerrada y subió las escaleras. Parecía tintinear como una estrella con el vestido plateado que Sally ya conocía. Una abertura en el costado revelaba una pierna delgada y bien formada. El pelo era tan radiante como el vestido y llevaba un peinado sofisticado pero natural. A su lado, Sally volvió a sentirse como la paleta de la fiesta del instituto. Reprimió las ganas de salir corriendo mientras Frannie la miraba de arriba abajo con esos gélidos ojos azules.

–Querida, me temo que ha habido un lamentable error.

Sally notó que empezaba a perder el pulso. Las palabras podían parecer amables, pero el brillo de los ojos era aterrador.

–A juzgar por tu encantadora indumentaria, creo que habías pensado que estabas invitada a esta fiesta. Lo lamento. Creí que se sobreentendía que deberías cuidar de los niños y mantenerte lo más al margen posible.

–Lo haré encantada –replicó ella intentando digerir la decepción.

La mirada de Hawk unos minutos antes serviría para darle fuerzas durante toda su vida.

Frannie, indiferente a la promesa de Sally, eligió las palabras con el mismo cuidado con que un gato atrapa un pájaro en el aire.

–Mi querida niña, he visto cómo mirabas a Hawk hace un momento. Esa cara enamorada ha hecho que me sintiera tremendamente culpable por no haber hablado contigo antes. Sabes, si hubiera sabido tus sentimientos, te podría haber ahorrado mucho sufrimiento.

–¿A qué te refieres? –preguntó Sally.

No tenía ganas de andarse con rodeos.

–Me espanta tener que decírtelo así, pero esta fiesta es un poco especial, es una fiesta de compromiso.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Sally la miraba boquiabierta y Frannie se vio obligada a explicárselo un poco más.

–Mi querida niña, Hawk y yo vamos a casarnos.

Capítulo Trece

–**E**nhorabuena –tartamudeó Sally.

Las palabras le retumbaron en la cabeza como si vinieran de algún lugar vacío y muy lejano. Como si vinieran del corazón.

Así que no se había equivocado con el bulto del bolsillo de Hawk. Solo se había equivocado con la destinataria del contenido. Ya no hacía falta que se reprochara albergar la ingenua esperanza de que un hombre como Hawk le propusiera matrimonio rodilla en suelo. Después de todo, tenía a Frannie para poner las cosas en su sitio con la punta envenenada de su espada.

–Al parecer te ha sorprendido. Cualquiera se puede dar cuenta de que estás enamorada de Hawk y, si bien no puedo culparte por ello, tampoco puedo creerme que pensaras por un segundo que podrías conseguir algo que no fuese romperte el corazón.

Sally se mordió el labio para no llorar. «¿Por qué no?», quiso gritar, «¿por qué es tan raro que Hawk se pudiese enamorar de mí?», pero se limitó a asentir con la cabeza con la esperanza de que su mudo consentimiento fuera suficiente para que la preciosa novia de Hawk se callase y dejase de torturarla.

–No quiero herirte, Sally, de verdad que no.

Por un instante, los ojos de gato siamés se suavizaron lo suficiente como para que Sally casi la creyese. Tuvo incluso la sangre fría de parecer arrepentida de lo que estaba a punto de hacer. Frannie respiró hondo y se recordó que machacar a alguien que no era consciente de su belleza formaba parte de la vieja máxima de que todo vale en el amor y en la guerra.

–Seguramente podrá comprender que un hombre como Hawk necesita a su lado a alguien con una posición social parecida a la suya, no solo por la educación de sus hijos, sino porque también le ayuda a avanzar política y económicamente. Alguien que esté a su altura cultural e intelectual. Yo sé mejor que nadie lo difícil que será llenar el hueco dejado por Lauren, pero también te aseguro que no hay nadie mejor que yo para hacerlo; como madre y como esposa. Hawk y yo compartimos algo más que un pasado, tenemos una forma de ver el mundo muy parecida. Por mucho que quieras pensar lo

contrario, el mundo no está hecho de hadas madrinas y finales felices en los que uno pasa de la pobreza a la riqueza y es admitida por toda la sociedad. No me agrada ser la que acabe con tus fantasías, Sally, pero este no es el cuento de Cenicienta.

A Sally le hirió que le hablara como a una colegiala enamoradiza. Frannie permanecía imperturbable y tan fría como la bebida que sostenía en la mano. La belleza de esa mujer no se veía afectada por su brutalidad. Sally no sabía si dejarlo todo claro y explicarle a esa altiva diva que había compartido con su prometido algo más que unas miradas. Que seguro que como la esposa que iba a ser debía conocer su afición por pintar en cuerpos desnudos.

A pesar de ser una idea muy tentadora, Sally no era capaz de ser tan cruel y la rechazó inmediatamente. Al fin y al cabo, Frannie no había aparecido en escena cuando Hawk y ella consumaron la pasión. No era como si hubiese estado engañando a Frannie con ella. Hawk tampoco le había dado ningún indicio de que quisiese llevar la relación más allá del revolcón que ella había provocado tan vergonzosamente. Nunca había mencionado la palabra matrimonio. En realidad, había pensado que nunca se volvería a casar.

Al parecer, solo necesitaba la persona correcta para cambiar de idea. Otra mujer hermosa que pensaba y actuaba como su querida Lauren.

No le serviría de nada hacer daño a Frannie. Sally suponía que en el mundo de los ricos y famosos se aceptaban las aventuras sexuales como parte de algún juego ritual entre un grupo de hombres y mujeres saciados.

Sally dio un respingo cuando Frannie le apoyó la mano en el hombro.

–Espero que te des cuenta de la situación tan embarazosa que es para todos. Sobre todo para mí y para ti. Está claro que Hawk está muy agradecido por la ayuda que le has prestado cuando la necesitaba y que los niños te aprecian bastante, pero no creo que sea apropiado animar a seguir con el empleo a una joven que está encaprichada de mi novio, ¿no te parece?

Sally estaba de acuerdo. No podía soportar la idea de trabajar como la sirvienta personal de la mujer de Hawk. Por no decir nada de lo insoportable que le resultaría estar tan cerca de él y no poder ni mirarle. Sería un verdadero infierno.

Tenía la garganta bloqueada por las lágrimas que no quería que viera Frannie. Sally asintió débilmente con la cabeza.

–Estupendo, me alegro de que entiendas por qué ya no se necesitan tus servicios. No quiero que te preocupes por el dinero, haré lo posible para que se te abone un año de trabajo.

Sally no podía ni agradecerle lo que parecía una oferta muy generosa. En el mundo de Frannie, el dinero podía solucionar cualquier problema de conciencia. Era una pena que no pudiera recomponer también su corazón.

–Dado lo doloroso que es para ambas, creo que lo mejor sería que la rescisión fuese efectiva desde este momento. De esa forma te evitarás el anuncio público del compromiso y Hawk no se distraerá por tu... –estuvo a punto de decir belleza– presencia.

Puso una expresión de auténtica condolencia y comprensión.

–¿Confías en mí para que le explique a Hawk el verdadero motivo de tu marcha?

Sally no podía reprocharle que no quisiera que la niñera les estropease ese momento tan especial. Además, tampoco quería tener a Hawk delante.

–Te lo agradecería –consiguió decir antes de bajar corriendo las escaleras y salir al jardín.

Hawk solo pudo ver algo como una chispa verde que esquivaba a los invitados que empezaban a llegar. Reconoció el vestido de Sally y la llamó para saber qué ocurría. Sally ni siquiera se volvió al oír su nombre. Cruzó el camino y se introdujo en el bosque con los zapatos de tacón puestos. Una rama se quedó el recuerdo de un trozo de encaje.

Frannie, que había salido detrás de él, le sujetó del codo.

–No puedes ser maleducado, querido. Sería un desplante para tus invitados si salieses corriendo antes de saludarlos.

La mirada de Hawk expresaba con toda claridad que en ese momento le importaba muy poco la etiqueta social. La decisión de los ojos de Hawk hizo que Frannie suspirara como si sufriese mucho y que diera una patada en el suelo.

–Deberías saber que esa criatura tan rebelde acaba de informarme de que se va. Te lo explicaré todo más tarde, pero ahora te agradecería que te comportaras civilizadamente con toda esta gente que he invitado en tu nombre. Aunque no te lo parezca, he trabajado mucho para sacar esta fiesta

adelante y me sentiría muy ofendida si me abandonas para salir detrás de la empleada.

Hawk iba a reprocharle el término que acaba de usar para referirse a la persona que amaba cuando se presentaron el gobernador y su esposa. Se formó una fila detrás de ellos y Hawk esbozó una sonrisa de compromiso.

–Hablaemos luego –le dijo a la mujer que tenía a su lado.

Frannie sonrió tan radiantemente como el vestido que llevaba y pasó una mano por el bulto que había en el bolsillo de su esmoquin.

–Eso espero –dijo con un tono lleno de esperanza.

Sally intentaba avanzar entre los matorrales cuando la orquesta atacó la primera pieza. Todavía tenía demasiado cercano el recuerdo de cuando hizo ese mismo camino con los hijos de Hawk. Se había despeinado y, otra vez, los zapatos habían quedado inservibles. Un espino le arrancó el volante de encaje, pero no se detuvo para recuperarlo. Las lágrimas que se había tragado orgullosamente en presencia de Frannie corrían libremente por su rostro como perlas iluminadas por la luna. Se paró un momento para recuperar el aliento y pudo oír la música que llegaba del rancho. Se quitó el pasador de perlas falsas y lo arrojó tan lejos como pudo.

¡Ojalá pudiese deshacerse tan fácilmente de los recuerdos!

Cuando llegó a su oscura cabaña, Sally estaba hecha un completo desastre. Se le había corrido el maquillaje, el vestido era un harapo y el pelo le caía por la cara como una espesa maraña de rizos. Encendió la lámpara de queroseno y tomó el retrato de Hawk. Otra mujer habría agarrado un cuchillo para rajarlo por la mitad, como él había roto su corazón. Sin embargo, ella, al mirarlo, sentía oleadas de vergüenza.

¿Por qué ella nunca era suficiente para que la quisieran? El recuerdo de los días pasados la llenó de dolor. Nada había cambiado en su vida desde la infancia, nadie la quería para nada que no fuese comprar sus servicios. Nada había cambiado desde el baile del instituto. No, nada había cambiado, solo los nombres y las caras de quienes la despreciaban y se aprovechaban de ella.

¿No era injusto incluir a Hawk en esta categoría? Ella le había dado su amor sin esperar nada a cambio, y eso era lo que había recibido. Sin embargo, ¿era lo que se merecía?

Quería pensar que no. Quería aferrarse desesperadamente a la idea de

que cualquier amor, independientemente del precio que había que pagar por él, era preferible a una vida en la que no se podía confiar en otra persona. Necesitaba creer que el amor te ponía a prueba y te hacía mejor por haber corrido un riesgo, sin tener en cuenta el resultado. Por eso acarició el retrato en vez de apuñalarlo. Luego se acostó y lloró mecida por el aullido solitario de un coyote.

Hawk estaba contento de que Hissy Face le acompañara en esa expedición por los alrededores. Era mucho pedir que el gato recordara el camino a casa a su dueña, pero no se había apartado ni un segundo de los pies de Hawk. Era como si supiera que la añoraba.

Hawk no había estado nunca en la casa de Sally y casi pasa de largo. La diminuta cabaña estaba oculta entre los árboles y pasaba desapercibida. El tenue resplandor de una vela le permitió intuir el camino que le llevaría hasta ella. Hawk, con un trozo de encaje en una mano y una linterna en la otra, no podía creerse que ese cobertizo era la casa de campo mágica que tanto alababan sus hijos.

Hissy Face saltó al alfeizar de la ventana y lanzó un maullido largo y lastimero. La actitud del gato convenció a Hawk de que eso era lo que buscaba. Levantó la mano y llamó a la puerta con tanta fuerza que estuvo a punto de tirar la estructura.

–¿Quién es? –gritó Sally, desconcertada.

–Soy yo.

–¡Lárgate!

Hawk no se paró a discutir. Apoyó el hombro en la puerta y empujó con todas sus fuerzas. Sally no se había preocupado por poner cierres de seguridad y la puerta se abrió sin ofrecer resistencia. Sally se incorporó en la cama con un edredón tapándole el cuerpo.

–¿Qué quieres?

Hawk no respondió. Buscaba un interruptor para encender la luz. Después de tropezar con varias cosas, comprendió que no había electricidad. También comprendió, a la luz de la lámpara de queroseno que había encima de la mesa, que tampoco había teléfono y que el único agua disponible era la que manaba de una pequeña fuente que había cerca de la cabaña. Agitó la cabeza con incredulidad. No era posible que Sally hubiese vivido allí hasta

que fue a su casa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba avergonzado de haber pensado alguna vez que era una cazafortunas. Solo se había fijado en cómo miraba ella su rancho, como si fuese un palacio; en que nunca gastaba nada en sí misma; en que consideraba los baños calientes y el aire acondicionado como si fuesen lujos desconocidos. Se avergonzaba de no haber sido capaz de interpretar todos los mensajes que le había enviado.

Era asombroso que Sally hubiese sido capaz de hacer de aquello un rincón acogedor. Hawk había estado demasiado absorto en sus propios problemas y no había dado importancia al verdadero talento de Sally. Al ver los cuadros que colgaban por todos lados, comprendió el error que había cometido. Demostraban que su interés por el arte no era una diversión, como lo era para muchas amigas de Lauren que no tenían nada que hacer.

Si bien los enanitos y hadas llamaban la atención del niño que había en él, el hombre reaccionaba visceralmente ante la más impresionante representación de un halcón que había visto jamás. Era imposible no reconocerse en esas audaces pinceladas. Si esa era la forma en que ella lo veía, sería un estúpido si la dejaba escapar.

Sally se puso rígida. No se sentía capaz de mencionar la boda directamente y miró significativamente al agujero donde estaba la puerta.

–Si buscas una niñera para que cuide de tus hijos mientras estás de luna de miel, has llamado a la puerta equivocada.

Sally se sentía en desventaja con un pijama de algodón mientras él estaba magnífico con el esmoquin y una camisa blanca resplandeciente.

–Me temo que voy a necesitar tu ayuda en ese aspecto si la boda sale como está planeada –dijo él dócilmente.

Sally no podía creerse lo que estaba oyendo. Sally sacó el orgullo, como siempre que se sentía herida.

–Permíteme que sea la primera en darte la enhorabuena. Pero me temo que no voy a estar disponible.

Hawk se sentó en el borde de la cama y Sally se apartó de él todo lo que permitía la vieja cama. Se pegó todo lo que pudo a la pared de troncos y se subió la manta hasta la barbilla. Hawk movió la cabeza de lado a lado.

–Eso es un jarro de agua fría para mis planes –dijo él tomándola de las manos.

Sally se juró que le daría una bofetada si decía que podían seguir siendo amigos. No le había imaginado capaz de una crueldad tan inconsciente. Ella apartó las manos como con un resorte.

Él pareció dolido por la reacción.

–Verás. Mi cuñada se ha ofrecido para cubrir la plaza de niñera. Ahora solo necesito alguien que esté dispuesta a cubrir la de novia.

Sally lo miraba como si se hubiese vuelto loco. Sin embargo, lo comprendió todo. Era por caridad, lo supuso a juzgar por la cara de espanto que había puesto cuando comprobó el lugar donde vivía. Quizá pensase que estaba embarazada y que había salido corriendo para no enfrentarse a él. También existía la malintencionada posibilidad de que Frannie le hubiese dado calabazas y él se hubiese acordado de ella como segunda posibilidad para dar una madre suplente a sus hijos.

–No estás obligado a hacerme ninguna proposición por lástima –dijo fríamente–. Es decir, si lo que acabo de oír es una proposición. Además, creía que Frannie y tú...

–Somos buenos amigos –terminó él–. Al parecer Frannie creía que yo podía sentir otra cosa por ella, pero cuando le dije que te amaba a ti, me sugirió que fuese a buscarte.

Esas palabras hicieron que renaciera el corazón que Sally había dado por muerto unas horas antes. ¡Hawk la amaba! Lo había dicho en voz alta. Sally no podía creérselo. Como tampoco podía creer que Frannie sintiera por ella algo que no fuese desprecio. Sin embargo, sintió pena por la elegante mujer que tenía todo lo que se podía comprar con dinero, excepto el deseo de su corazón.

–¿Y qué pasa con ella? –preguntó Sally sin siquiera darse cuenta.

–Me imagino que mientras hablamos, Phoebe y ella estarán echando el ojo a todos los solteros de la fiesta. Por cierto, tu amiga tiene una lengua envenenada que utilizó para ponerme verde antes de echarme de mi casa con la promesa de que ella se ocuparía de los invitados durante el resto de la velada.

Sally sonrió al imaginarse la escena. Esperaba que algún día Phoebe

encontrara el príncipe encantado que se merecía.

Sally dio un salto cuando Haissy Face se unió a ellos en la cama como reclamando reconocimiento por haber juntado a esos amantes descarriados.

–¿Entonces no me pides que me case contigo porque necesitas una acción de caridad para desgravar impuestos? Porque te diré que soy perfectamente capaz de cuidarme sola. Lo he hecho toda mi vida.

Tomó una carta de la repisa que había encima de ellos.

–Es de un editor –dijo con orgullo.

La carta, que había llegado ese día a primera hora, no había servido de mucho consuelo para el corazón destrozado de Sally, pero ante la proposición de Hawk servía como algo a lo que agarrarse si él lo hacía por algo que no fuese amor.

–Quiere comprar uno de mis libros para niños. Con el adelanto que me ofrece puedo empezar estudiar con dedicación plena el próximo trimestre.

Hawk no se preocupó por abrir la carta. Aunque su sonrisa la habría iluminado lo suficiente como para leerla sin problemas.

–Es maravilloso –dijo él, sinceramente feliz por el éxito–, pero no tienes que demostrarme que puedes vivir perfectamente si mí, soy yo el que no puede vivir sin ti.

Hincó una rodilla en el suelo junto a la cama y sacó una cajita del bolsillo.

–¿Te casarías conmigo, Sally?

Sally tomó la caja de terciopelo entre las manos y sintió un calor que se apoderaba de todo su cuerpo. Respiró hondo y todavía quiso tentar al destino. Si aceptaba sería con sus condiciones. Quería que el cuento completo.

–Solo si no lo haces por darle una madre suplente a tus hijos ni por encontrar una mujer que sustituya a Lauren.

Hawk estaba atónito ante la idea de que Sally tuviese que estar convencida de que sus intenciones eran sinceras.

–Sally, querida. Hay algo que debes saber. No sé lo que piensas exactamente de mi matrimonio, pero la verdad es que Lauren solo se casó conmigo por mi dinero porque su familia estaba pasando una situación

económica muy apurada.

Hawk dejó pasar un tiempo. No porque quisiera dejar que esa información calara en ella, sino porque acababa de asimilar lo que estaba a punto de compartir.

–Lauren estaba con su amante cuando tuvo el accidente que acabó con su vida.

–¡Hawk...! –exclamó Sally con una compasión que eliminaba cualquier reparo que hubiese tenido.

Ella siempre había pensado que él evitaba el asunto de su mujer para proteger la santidad del matrimonio, no porque le recordara una traición tan imperdonable. Qué humillante tuvo que ser compartir esa situación con ella.

–Naturalmente, nunca se lo diré a los niños –dijo bruscamente–. Creo que no sirve de nada empañar la memoria de su madre. Sin embargo, quiero que sepas que tú eres para ellos la madre que Lauren nunca fue y mucho más mujer de lo que ella pudo llegar a ser.

–Te quiero –dijo ella pensando que Lauren había sido una estúpida –. Tú no eres tu dinero y tu posición. Eres tú y, sí, me casaré contigo.

Daba igual que la puerta estuviera tumbada y que el viento entrase y silbase a su alrededor, ellos se abrigaban el uno al otro. Era el momento de demostrarse que dos corazones se curan si laten juntos.

Sally, que se había quedado satisfecha porque su vida realmente había sido un cuento de hadas, supo lo que era estar enamorada del hombre más maravilloso del mundo. Tambaleándose de rodillas sobre el colchón de plumas alargó los dedos hacia los botones del esmoquin. Un minuto después la chaqueta estaba tirada en una esquina con la camisa, la pajarita, los pantalones y los calzoncillos.

Una vez desnudo entre sus brazos, le susurró algo.

–Solo hay una cosa que sigue preocupándome.

Hawk se crispó.

–Me olvidé en tu casa las pinturas para pintar con los dedos.

Hawk se rio entre gruñidos.

–No te preocupes –dijo él mientras le acariciaba el cuello justo donde la

volvía loca—. Te las traeré en bandeja de plata.

Sally suspiró mientras él le recorría todo el cuerpo con los dedos y la lengua. Ningún lienzo podría retener los colores que explotaron en Sally mientras Hawk le hacía el amor como cualquier mujer desea en sus sueños más excitantes. La ternura de Hawk era la perdición de Sally. El río de su amor fluía lánguido y profundo. Hawk besó los mechones de pelo de Sally, sus párpados, su nariz, su cuello y su brazo hasta llegar a las yemas de los dedos. Ella le rogó que se detuviese y le permitiese corresponder a los besos, pero él quiso que permaneciese quieta y siguió el recorrido por los pechos desbordantes y sensibles, deleitándose con el sabor salado de los pezones.

—¡Qué sabrosos! —susurró.

A ella le dolían las entrañas de deseo. Levantó la soberbia cabeza de él y la unió a la suya como dos instrumentos que tocan la misma pieza basada en el placer.

Primero lo besó lentamente, saboreando el anhelo de los labios, luego profundizó e intentó alcanzar el núcleo donde poder compartir físicamente la esencia de ambos.

La trémula luz dio vida al cuadro del pájaro místico. Sally sintió que se elevaba cada vez más alto, como transportada por las poderosas alas de un ave de presa imponente. Intentaba seguir el compás de los rítmicos y frenéticos movimientos de su pareja. Juntos alcanzaron la cumbre previa al éxtasis. Fue como una caída libre desde cientos de metros de altitud. Justo antes de golpear contra la superficie plateada de unas aguas inmóviles, ocurrió algo que solo pudo ser obra de la magia. Hawk rugió como respuesta a la entrega total de ella y, entre temblores, derramó todo lo que le pertenecía mientras extendía las alas y remontaba el vuelo llevándosela de nuevo hacia el sol.

A partir de ese instante, el futuro estaría compuesto de risas, niños y magia. Un futuro en el que cada uno se comería las perdices que se merecía porque solo los corazones que no temen nada son capaces de hacer que los sueños se conviertan en realidad y duren toda la vida.